

Pablo Lerman

*Rezarán por vos en
Casablanca*

(novela)

Originalmente editada por el Grupo Editor Latinoamericano
Colección Escritura de hoy
Primera Edición 1995, Buenos Aires
ISBN 950-694-392-3
Hecho el depósito que dispone la Ley 11723
Derechos reservados
**Permitida su reproducción total o parcial a condición
de que se mencione expresamente el nombre del autor**

- ¿Hace mucho estuviste en Casablanca?

Él se recostó sobre su lado derecho y la observó deteniéndose en sus ojos. Grises. No. Hubiera sido ideal. Suena bien lo de ojos grises. Pero éstos eran marrones. Agradeció esa mirada con una sonrisa y acomodó las sábanas estirándose.

-¿Hace mucho estuviste en Casablanca?, repitió ella.

- Una eternidad. Si fuera sincero, tendría que reconocer que mi estadía allí fue una ficción. No pasé de su aeropuerto.

Ella rió.

Hacía frío en Casablanca. Me contaba que era África, deletreando el nombre del continente como un conjuro. África. Casablanca ¿Qué te recuerda?

Lluvia, un piano, un avión y un hombre en la pista de un aeródromo, enfundado en un perramus blanco. Pero lo único cierto era el frío hostil de la noche y el lugar, incómodo como un cepo... Estaba en el salón destinado a pasajeros en tránsito, golpeando los pies contra las baldosas mientras pasaban las horas.

Era imposible salir de allí ni siquiera para tomar un café. Una barrera custodiada por policías nos aislaba del mundo. El color plomo de sus uniformes, surcado de correaes negros y hebillas cromadas, los hacía horribles.

Había internado dirigirme a un bar que se divisaba al otro lado de la barrera. Pero, con un gesto, uno de los policías lo impidió.

Entonces, África o Casablanca son un uniforme oscuro con un hombre pequeño en su interior. Y un frío de no creerlo. Solo el retrato de Hassan II indicaba que aquello era Marruecos. Podría haber sido también Marte.

Pero era Casablanca. Sin champaña, sin alemanes ni franceses, ni espías ni camellos. Ningún negro tocó el piano. Nadie pidió revolver un recuerdo ni explicó el valor de un beso.

"You must remember this/ a kiss is just a kiss." ¡Oh! Please, Sam. Forget it.

- ¿Para qué decir Casablanca, entonces?, se quejó.

- Para vos sigue siendo importante.

- Fue allí, después de todo.

- ¿Cuánto tiempo estuviste?

- Cinco o seis horas, esperando el avión a Río. Allí tomé otro a Montevideo y un último hasta aquí. Recordadas hoy, fueron un soplo.

Volvieron al silencio, mirando el cielorraso.

- ¿Y?

- No recuerdo a qué hora avisaron que el avión estaba en la pista. Alguien abrió una puerta y se coló un frío húmedo. Caminando, llegamos al pie de la máquina. Allí estaban

los equipajes que debíamos identificar. Era una medida de seguridad, para evitar que se colaran bultos sin dueño o bombas. Reconocí mi valija, que señalé al guarda. Teóricamente, después la subirían a la bodega. Pero fue la última vez que la vi...Contenía pocas cosas... Un pantalón, dos camisas, un impermeable de corderoy, una muñeca de trapo y los malditos papeles. Cuando en Río de Janeiro no apareció, me quise cortar la cara de desesperación. Además de la ropa había perdido el texto.

- ¿No tenías copia?

- Ninguna. Se trataba de un original. Eran unas cincuenta carillas, a dos espacios.

A veces imaginé el desaliento del ladrón cuando violó la cerradura de la valija. La ropa le debió servir. También el par de botas salteñas, de descarne. Pero los papeles ¿qué podrían decirle? He fantaseado que giraban en el viento del desierto, repartiéndose sobre la geografía africana. Suena hasta presuntuoso: no es perder algo así nomás en cualquier sitio. Se trató de que me robaron la valija conteniendo una muñeca de trapo y un puñado de papeles donde había empezado una historia, nada más y nada menos que en Casablanca.

- ¿Nunca intentaste reconstruirla?

- No. Esas carillas me habían costado muchísimo. Trabajé en ellas como un preso, hilando fantasías que me asustaban de sólo nombrarlas. En cierta manera, el robo también fue un alivio.

-¿Y cómo es eso?

- Como suena. La ratería evitó seguir sufriendo y me permitió imaginar que esos escritos podrían ser valiosos. Los tornó incomparables y me salvó de interrumpirlos. No sabía como seguir.

El texto era el borrón de un relato incierto. El papel en blanco me atraía hasta darme repulsión. Cada línea la viví como un paso sin retorno. En aquellos momentos era una tormenta. Insoportable.

- ¿De qué se trataba?

Él sonrió con aire bobo.

- Había un desaparecido y gente buscándolo.

- ¿Una policial?

- Se trataba de una historia donde el que hizo aparecer al personaje jamás era individualizado. Intervenían los que habían rodeado a la víctima. Los que, de alguna manera, tuvieron trato con ella. Por trabajo, por relación familiar o amorosa, por lo que fuere.

- ¿Y por qué esos miedos?

- Porque del texto iba surgiendo que ninguno era inocente, repitió. O sea: todos habían actuado de tal forma que la desaparición de Abel los involucraba.

- ¿El personaje se llamaba Abel?

- Se iba a llamar. Acordate de que no llegó a crecer. Lo chuparon con la valija y lo tiraron en el desierto o terminó en un brasero.

- Es un destino, ¿no? Lo que no entiendo es por qué identificaste al personaje con vos.

Abel sonrió.

De alguna manera se trataba de mí. Compartía con ese Abel la sensación de la víctima. De ahí lo del miedo. ¿Hasta que punto yo no era él? ¿Hasta que punto los otros personajes no eran los de mi realidad? Por eso, agradezco al ladrón habérmelo sacado de encima. Lástima el perramus y la muñeca.

- Le di mi nombre y estaba dispuesto a darle mas cosas. Me dije que era Abel por la existencia de caínes. Por lo menos, fue una primera explicación. Después, no hicieron falta otras. El robo limpió el horizonte y el texto quedó inconcluso, perdido en la noche africana, con el dudoso prestigio que eso puede implicar para mi anecdotario.

En esa época, cada palabra en el papel era un sello que me delataba. Era en plena matanza y había un manto de silencio tapándonos. Cada uno era un extraño y el otro podía ser cualquier cosa. Vivíamos replegados, simulando o sintiendo indiferencia hacia todo lo de afuera, que parecía ser un dato casi meteorológico.

Escribía de noche, y el picar de las teclas retumbaba en el silencio del consorcio. Yo temía que cada palabra me condenase ¿Cómo hablar de desaparecidos cuando no existían oficialmente? ¿De dónde yo había sacado esa categoría? Vigilaba esas palabras desde el ojo de la represión. Ellos interrumpían derrumbando mi puerta, para terminar inclinándose sobre los textos y comprobar que yo sabía.

¿Qué era saber en ese entonces? Era la intuición del infierno, que me llevaba a preguntarme hasta el desgarrar en cuántas agendas estaría mi número de teléfono. Era interrogarme también sobre la suerte de los posibles propietarios de esas agendas. ¿Dónde estarían? ¿Cómo estarían? ¿Estarían? Era repasar mi trayectoria, tratando de buscar en qué cosa o por qué vía, yo podría haber ofendido o irritado a la muerte. A partir de esa ignorancia, todo era posible. Hoy, reaparece como memoria del miedo, cuando las sirenas de los coches verdes se han callado.

Habían comenzado a vestirse. Cada uno recogió las ropas como quien junta sus pedazos.

- Lástima que no continuaste. Hoy la tendrías terminada.

- ¿Y eso qué hubiera significado?, preguntó, poniéndose una media.

- Supongo que algo gratificante.

- Vos sos algo gratificante.

Ella terminó de cepillarse el pelo, guardó sus cosméticos y salieron a la calle. Garuaba.

Cruzaron por una plaza para acortar camino. Una estatua adornaba su centro. Pasaron sin mirarla. En la esquina se dieron un beso fugaz y la vio alejarse sin volver la cabeza.

Esa mujer era larguísima y flaca, como aquella muñeca de trapo que llevaba en la valija. Se la había regalado Victoria, que para eso lo condujo hasta su cuarto con aire de conspiración.

- Tengo algo para vos, tío. Abrilo en tu hotel, pidió, entregándole un paquete. Para que no te olvides de mí, le susurró al oído.

- Siempre me acuerdo de vos, Vicki.

- Cuando me extrañes, agarrá mi regalo. Te consolará.

- Alguna vez nos encontraremos en casa, fantaseó Abel.

Victoria negó.

- Yo no vuelvo. Argentina es un lugar donde las nubes están cargadas de cosas.

Él había reído.

- ¿Qué tienen esas nubes?

- No lo sé. Fantasmas, quizás. Yo no vuelvo más allí.

Había desenvuelto el paquete en el cuarto del hotel. En un arranque, la llamó por teléfono.

- Tengo la muñeca, Vicki. Es hermosa.

- ¿Qué nombre le vas a poner?

- No se me ocurre. Ya lo pensaré.

La plegó, guardándola como un trofeo. Cuando se convenció de que la valija ya no iba a aparecer, lamentó su pérdida. ¿Quién exorcizaría las nubes del sur, ahora que le había sido robada?

- ¿Viajaba con una muñeca?, preguntó el agente de Royal Air Maroc al recibir la denuncia.

- Entre otras cosas.

El otro lo había estudiado como a un bicho.

- ¿Era valiosa?

- Sí.

Habían tardado en entenderse. El marroquí tenía un excelente francés y un pésimo castellano. Él gesticulaba para darle énfasis a su chapurreo.

¿Qué podía contarse? ¿Qué su sobrina la había hecho para él, después de años de ausencia y exilio? Imposible. No alcanzaban ni su francés ni sus ganas.

La muñeca se había quedado en Casablanca junto a sus papeles, y la distancia y el tiempo le habían embotado la bronca por su pérdida.

Sacudió la cabeza y comprobó que era hora de ir a trabajar.

Llegó a la redacción caminando. La reunión semanal de los prosecretarios había terminado. Se quedó conversando pavadas con los pocos compañeros desparramados en la sala mientras aguardaba el retorno de su jefe.

Cacho volvió al tiempo. Lo repasó con la vista y pareció no gustarle lo que veía.

- Otra vez tarde, reprochó con un gruñido.

- De nuevo y como siempre, a sus gratas órdenes.

- No es posible que pueda contar con vos ¿En qué andas?

- En nada. Pasa que ayer cerré la sección a las tres de la mañana. Tengo derecho a dormir. ¿O no?

- Depende con quién. ¿Cómo te va?

- Ahí, dijo, encogiéndose de hombros. Nada del otro mundo. Voy a necesitar un aumento.

- Yo también.

- En serio. Lo que saco no me alcanza. Tenés que conseguírmelo.

- Será difícil, anticipó Cacho. Podría proponerte para un ascenso, eso sí puede andar.

- No me interesa. Sólo necesito más plata.

- Bueno, dejámelo. Hablaré con Lorenzo el viernes y veo qué pasa. ¿Te cuento?

Estuvieron un rato inclinados sobre el temario, conversando de ilustraciones, copetes, reportajes y gráficos.

- El martes a la noche tiene que estar listo todo, avisó Cacho. Hasta entonces, buscá la información. Pero lo terminás ese día.

- ¿Nada más? ¿No querés que también me baje los pantalones?

- Ahorráme ese mal momento. Si alcanza el tiempo y te dan bola, velo al Ministro. Y fotos. Quiero muchas. Te hago la orden, indicó escribiéndola -. Arreglá los detalles con Anselmo. Chau.

Fue hacia la Coordinación. Anselmo estaba hablando por teléfono y tuvo que esperarlo.

- ¿Cómo andas, campeón?, festejó Anselmo. ¿Qué te trae por aquí?

- Voy a necesitar un fotógrafo. Te avisaré donde me encontrará cuando combine las entrevistas. Te dejo la autorización.

- No. Pedímelo apenas sepas para cuándo. Así en el aire, ¿qué carajo hago?
- Lo que quieras, pero no me hagas volver. Prefiero manejarme por teléfono.
- Está bien, asintió Anselmo, pinchando la orden en un panel. Llamáme y te lo mando, pero no de apuro ¿estamos? ¡Ah, muy buena tu última nota!
- ¿Te gustó?
- Para nada. Pero me gustó el estilo. Bien escrita, con punch. Tendrías que hacer algo en serio. Te estás desperdiciando.
- No más que cualquiera de aquí, recordó Abel . ¿Qué sería algo serio?
- Algún texto que puedas firmarlo sin ponerte colorado.
- Eso no existe. Si pongo lo que creo, me echan.
- Tendrías que hacerlo. A riesgo de que te rajen. Un buen periodista debe tener la oportunidad de decir la verdad. Y si no la tiene, la inventa.
- Esa película la tengo vista. Decíme, maestro de juventudes, ¿vos que hiciste hasta hoy al respecto?

Anselmo rió, alzando los ojos.

- Soy un viejo perro de redacción que se gana su hueso sin tocar una máquina, se excusó. Pero una vez lo hice. Y fue una hermosura, aunque haya sucedido cuando me volví loco.

- ¿Cómo fue?

- Yo era secretario de una redacción de una revista deportiva. Trabajaba como una mula, dándole la forma a cuánto chivo o basura me pedían. Un día me harté. Pasó de casualidad... Me había levantado tarde. Mi mujer había salido. Me vestí despacito, me afeité con cuidado y desayuné fuerte. Salí hecho un pichón. Llegué a la editorial, armé el temario del número siguiente como yo quería y lo subí. A la tarde, el jefe me llamó para decirme que no lo aprobaba. Discutimos. Él se calentó y, en un arranque, tiró el sumario y la pauta de diagrama al canasto... Yo había empezado bien el día. Estaba contento y, de pronto, venía ese marrano a patearme el tablero. Me dio rabia y vi todo rojo. Le encajé un uppercut que lo volteó. A raíz de eso me echaron. Mis abogados armaron un despelote tan grande, que al final tuvieron que indemnizarme. Porque eso me pasó de colifa, cuando me broté, ¿sabés, no? Estuve en un neuropsiquiátrico. Con electroshocks, contó señalándose unas marcas en el frontal. Esto es de esa época. Vivía a píldora y electricidad. Doce me dieron esos malditos. Decían que estaba psicótico. Podía ser cierto, pero no es excusa para demoler a un tipo. Tres años estuve sin trabajar, hasta que entré aquí gracias a los amigos, con la máquina prohibida y para coordinar la producción.

Quedaron mirándose.

- ¿Jodido, no?, murmuró Abel.

- Lo duro fue tener el brote, no dar el puñetazo. Todavía creo que fue lo más lindo de mi carrera. Mirá si me gustó, que a veces sueño que estoy en su despacho y él vuelve a tirar mi sumario, diciendo que es una mierda. Y yo me acerco y, después de mirarlo a los ojos, saco el puño y se lo incrusto en la cara. El golpe va en cámara lenta. Los cuerpos se mueven muy despacio. Como bailando. Siento mis nudillos en su mentón y ruidos de huesos. Grita, cae y yo río. Como un salvaje o como un pibe. Parado, con las piernas abiertas. Ante él, que está en el piso, mientras alrededor se alborotan los limpiaculos...Y yo río, recordando las veces que me tuve que doblar. 'Sí, señor Director. Ya veo, señor Director. Como usted diga'. Esa vuelta no dije que sí. Le rompí la cara. Lástima que tardé años y haya tenido los electroshocks. Por eso te digo que no esperes a volverte loco para hacer lo que quieras.

- Podrías ser todo un consejero, dijo Abel, levantándose. Pero no creo que te dé el pedigree.

- Ni a vos los cojones, tarado. Aprendé de lo que te cuento. O te vendés en serio, o hacés algo en lo que creas. El camino del medio no existe. Que no firmes tus notas no te salva. Siguen siendo tuyas.

- No. Redacto lo que me piden y cobro por hacerlo.

- Hay más. O les das el culo o se lo tomarán de prepo. O si no, te cagarán de hambre y no tendrás lugar en este circo. Pensálo.

- Por ahora, estoy cómodo.

- Esto no se montó para que estés bien. Es un negocio y tiene que ver con los mangos y la manija. Aunque te dediques a redactar crucigramas. Entrás en el juego o te vas.

- Puede ser , comentó Abel despidiéndose.

- Lo que contás de tu vida me cansa - confió ella-. Siempre disconforme, como si anduvieras por el aire.

Él la miró sorprendido.

- ¿Qué te pasa hoy?

- Me aburre tu rutina. Da la impresión de que tus rezongos son cuentos. Te sirven para no comprometerte. Hasta yo debo resbalarte.

- Sabés que no es así.

- ¿De dónde lo sé?

Él no contestó. Estaban cenando en un restaurante del centro, decorado como tasca madrileña. La madera, el mimbre de las canastas de pan, las tablas de quesos, las vigas del techo y unos toneles vacíos daban una calidez que contrastaba con la intemperie. Seguía garuando y la llovizna llevaba días. Se había instalado y parecía dispuesta a no irse. Entonces la madera ayudaba a olvidarla, transmitiendo al conjunto un efecto atemporal, suspendido en el espacio como los jamones.

- ¿No se te ocurre nada que decirme?

- ¿Qué? ¿Querés que te pida en matrimonio?

- No estaría mal. Te arriesgarías un poco.

- ¿Querés casarte conmigo?

- Mientras seas un flan, no.

- ¿En que te diferencias de mí? ¿Dónde está tu compromiso?

Ella lo pensó un momento.

- A mí manera, me juego. Por eso estoy aquí.

- También podría decirte que estás conmigo haciendo tiempo, en vez de enfrentar los problemas con tu pareja.

- Mirá, nene: no te metas con mis líos de pareja. Son cosa mía. Pero tenés en cuenta que para encontrarme con vos, tengo que andar inventando historias. ¿Vos a quién abandonás? ¿Qué culpa digerís cuando te acostás a dormir? Ninguna. Así que más respeto. Cuando te digo lo que te digo, lo hago desde el afecto, porque me encantaría verte más lanzado. Tanto palabrerío suena a pose.

Él volvió al silencio, un poco incomodo.

- Lo que me encantó de la historia de tu Abel fue descubrir que llevás adentro algo que no tendrías que dejarlo ir. En tu lugar, la reconstruiría, dijo ella, hurgando la calle a través de la ventana.

- No vale la pena. Además, habría que rehacerla desde el comienzo.

¿Quiero eso? Implicaría volver sobre pasos que no se dieron, revisar pesadillas archivadas. Revivir muerto. Peor que eso: recrear la sensación de muerte. De poder resucitar difuntos, tendría una simbología redentora. ¡Levántate y anda! No seamos ingenuos. Los muertos no andan. Tampoco hablan.

¿Cuál es, entonces, el sentido de recrear una historia desaparecida con una valija? Un relato semejante que convoca a gentes anteriores, que estuvieron o pudieron estar, ¿hubiera madurado? ¿Cómo pera? ¿Como uva o como flor? ¿Podría haber sido un fruto jugoso esa historia perdida? Vamos, contestá si podés.

No. Sería un esfuerzo estéril, como las arenas del desierto donde el ladrón desparramó el contenido de la valija, odiándose por el espejismo sufrido. Su flamante aspecto lo ensoñó con la promesa de un festival de camisas, algún aparato electrónico y pañuelos de cuello. Se jugó para conseguirla y sólo halló trapos, unas botas gastadas, una muñeca absurda y papeles escritos en una lengua extraña.

¿Pudo captar el sentido de esas frases? ¿Le transmitieron sus significados? ¿Contaron? ¿Hablaron de los papeles al Ladrón de Casablanca?

De haberlos entendido, ¿se dio cuenta del miedo que rezumaban? El terror ¿pudo sentirlo? ¿Con respeto? ¿Con burla despectiva?

¿Y tanto contenían esos papeles? ¿O atribuirles tanto es un sueño pretencioso?

Quizá supo que había saqueado a otro hijo de la desesperanza. Se habrá encogido de hombros. Él se había arriesgado para capturar la valija, obteniendo una recompensa mísera. Lo más probable es que no haya comprendido lo que decían. Tampoco debió importarle. Basura sudaca. Entonces, ¿a qué reconstruir la historia del otro Abel?

- No creo que tenga ganas, confió. Hoy me preocupa escribir una nota para lograr un aumento de sueldo.

- ¿Sobre qué?

- Mercado de capitales. Tengo que hacer una nota cosmética e interesante y que, además, parezca original. Para conseguir un aumento que me permita vivir hasta fin de mes, por lo menos uno.

- ¿Por qué escribís eso si no te gusta?

- Porque me pagan.

- ¿Y no te molesta?

- Hace tanto, que ya me acostumbré. Pero tengo que pagar las cuentas.

- Y aparte de la plata, ¿hay otro motivo?
 - Es lo único que sé hacer. Y también me gusta hacerlo, supongo.
 - ¿No sería mejor saberlo que suponerlo?
- En ese momento la odió.

Nunca terminó de imaginarlo. Era poco más que un nombre. Debía ser joven. No habría alcanzado los treinta al momento en que lo agarraban.

Había pensado mucho en él. Y ese pensar en otro que llevaba su nombre era materia de confusión. Yo no soy él, se decía pensando con su génesis. Es otro, distinto. Su historia era un acto individual no realizado.

- La historia empezaba con una visita del padre de Abel al lugar donde había trabajado, aclaró. La sede de una empresa mediana. En esa época, todavía existían.

Habían pasado años desde su desaparición. La vuelta del padre preguntando por sus últimos días caía en la empresa como una bomba.

Lo recibía el hijo del dueño, antiguo compañero del colegio de Abel, que le había conseguido el puesto. Llamémosle Luis. Luis Ricardo Arrighi. Ex condiscípulo de Abel, hijo de su ex patrón o él mismo ex patrón, cuenta el encuentro en primera persona. La situación no le gusta. Digamos que le teme.

- ¿Qué? ¿Por qué?

- ¡Ah! Eso jamás lo supe, sonrió Abel. Habría que preguntárselo a Abdallah.

- ¿Y ese quién es?, se sorprendió ella, divertida.

- El Ladrón de Casablanca. Necesita un nombre. Abdallah me parece bueno.

- Mejor es Abdul Assam.

- Gutiérrez.

- ¿Cómo?

- Abdul Assam Gutiérrez. Es hijo de madre bereber y legionario español. Vive cerca del zoco y trabaja en la limpieza de aviones. Completa sus ingresos robando equipajes. Sueña con irse a París.

- Eso, se entusiasmó ella. Además, recibe un sobre de la policía, por vigilar el movimiento de pasajeros.

- Y otro sobre del Mossad, para que delate a los agentes palestinos en tránsito por Casablanca.

- Y otro de la CIA, para que les cuente lo que informa al Mossad y a la cana.

- ¡Eso! Abdul Gutiérrez, en realidad, es un empresario del soplido.

Era hermoso fantasear al calor de la madera mientras la llovizna seguía cayendo. Era divertido reconstruir las posibilidades, las variantes más absurdas.

Había llegado en su destartalado 3CV hasta las cercanías de la casona. Apagó el motor y los faros y tomó la valija, sin echar llave al vehículo. Corrió hundiéndose en la arena, bordeó el médano y se precipitó hacia la puerta de servicio. Se secó el sudor del bigote con la punta del kefiye y dio tres golpes rápidos y otros tres lentos.

- *¿Quién es?, preguntó una voz cascada, al tiempo se prendía una luz.*

- *¡Abdul, abre!*

Alguien lo escrutó a través de los postigos.

- *Ya va, hombre. Ya va.*

Unos pasos se arrastraron sobre el piso. Abdul pateaba de impaciencia.

- *¡Vamos, vamos!, apuró.*

Se escuchó el descorrer de los cerrojos, y la puerta se le franqueó.

- *¿Nadie te siguió?, preguntó la voz saliendo de las sombras.*

- *Nadie.*

- *¿Seguro? ¿Hiciste el rodeo?*

- *Sí, mintió Abdul, entrando. Hace frío aquí.*

- *No mandan combustible. Ni siquiera un poco de mierda de camello. ¿Qué conseguiste?*

- *No sé. Después te cuento. Ahora debo ir al baño.*

Tiró la valija sobre la mesa y se internó por un pasillo.

- *No la abras, Suleiman. Aguarda a mi regreso.*

- *¿No te fías de mí?*

- *Para nada, gritó Abdul desde el baño.*

- *No se le dice eso a un camarada.*

- *La última vez te robaste el dinero grande y me dejaste las monedas, reprochó Abdul. Eso tampoco se le hace a un camarada. ¿O creíste que no me di cuenta?, comentó con ferocidad, apareciendo en el marco de la puerta abrochándose los pantalones.*

- *¡Aláh te castigue por tus pensamientos! ¡Es mentira!*

- *No lo es, Sule. Anduviste esa semana fumando hashish del bueno ¿De dónde sacaste la plata?*

Suleiman guardó un prudente silencio mientras dejaba que Abdul forzara los cierres de la valija. Su compañero se movió con eficacia y, en segundos, las trabas mecánicas saltaron.

- *Veamos si el Altísimo nos fue propicio, murmuró Abdul levantando la tapa. El contenido quedó ante sus ojos.*

Los dos miraron con curiosidad. Abdul comenzó a tirar prendas al piso, con furia.

- *¿Qué mierda es esto?, gritó, sacudiendo una absurda muñeca de trapo.*

Suleiman no contestó mientras movía su cabeza con aire desolado.

- Con trabajos así no saldremos de pobres, Abdul. Triste es reconocerlo, pero has saqueado a otro miserable.

- Los pobres no cruzan el océano con este cargamento de basura. Aquí debe haber trampa.

Palpó la muñeca y comenzó a tajarla con un cuchillo, sacando de su interior copos de algodón.

- Creo que es una muñeca concluyó Suleiman con un bostezo. Mejor sigo durmiendo. Esto no vale nada.

- Dejé el equipaje de un sirio por éste, que parecía más jugoso, se lamentó Abdul Assam. ¿Y para qué? Ni una moneda, ni siquiera buena ropa. ¡Por lo menos una afeitadora eléctrica! ¡Culpa de las tarjetas de crédito! Con ellas, viaja cualquiera.

Sacó un manojito de papeles de la valija y, tras repasarlos un instante los apartó con brusquedad.

- Servirán para calentarme las manos.

Ella rió con tono agudo.

- ¿No puedo leerlos? Al ser un Gutiérrez, entendería el español.

- No creo que le interesara en ese momento. Así que ya ves cómo debieron terminar los temores de Luis Arrighi.

- ¿Qué temería en concreto?

- Me rondaba la idea de que era uno de los responsables de la desaparición de Abel, explicó. Por eso, en el primer capítulo, cuando su secretaria le anunciara que el padre de Abel quería verlo, su mueca fue de disgusto. Tomaría el teléfono y discaría un número para hablar con el mayor Ochoa.

- Tengo un familiar de aquél en la recepción. ¿Qué hago? ¿Lo recibo? Del otro lado de la línea le dirían que lo atendiera, y volvió a preguntar, ansioso ¿No habrá problemas, verdad? Usted prometió que nunca los habría.

- Quédese tranquilo, indicará el Mayor. Atienda al hombre y vea hasta dónde sabe. Si hay peligro, me llama. Si no, olvídese.

Arrighi paseará por el despacho hasta decidirse. "Hágalo pasar", ordenará por el interno.

Al abrirse la puerta de su oficina, entraría un tipo pelado y robusto, enfundado en un traje de confección. Arrighi se habría atrincherado tras su escritorio.

El otro ingresó como pidiendo disculpas.

- Siento molestarlo, se excusó. Pero tenía que verlo. Soy el padre de Abel. Usted lo trató, ¿no es cierto? Fueron amigos, creo.

- Nos conocíamos desde que éramos pibes, del colegio.

- ¿Nunca supo que paso con él, señor Arrighi?

Él se encogió de hombros con pesadumbre.

- Nada que usted no sepa.

- No sé demasiado. Vivo en el exterior. De cuando en cuando una carta, nada más. Y después, el silencio y nadie que pueda explicarlo. Hubo quien dijo que lo habrían secuestrado en la calle. Pero no es seguro. Nadie sabe por que lo habrían agarrado. Tampoco quiénes. Vine a revolver las cosas. Quizá pueda encontrarlo, ¿no cree?

- No lo sé. Me parece difícil.

- Dice bien, reconoció el otro. ¿Quién lo sabe? En realidad, ¿qué puedo encontrar? Usted y yo lo sabemos, aunque nadie lo diga. Pero por lo menos, busco una explicación.

- ¿Y por qué le interesa ahora?

- Tal vez por remordimiento, suspiró el hombre con tristeza. A veces siento que tendría que haber hecho algo.

- ¿Cómo qué?

- No sé. Ir a un juez, a la policía. Pedir que investiguen. No hice nada. Cuando me lo contaron preferí no creerlo. No puede ser, me dije. ¿Quién secuestraría a Abel? Si no está es porque debió irse de viaje a cualquier lado. A lo mejor con una mujer. Me di cuenta demasiado tarde. Abel estaba desaparecido y nadie podía explicarlo. En el medio pasaron otras cosas. Y ahora vine. Pero es difícil reconstruir los hechos. Pensé que usted me podría orientar. Supongo que no le molesta.

- No, pero me extraña. Han pasado años.

El padre de Abel miro Arrighi, sopesándolo.

- Seis van a ser dentro de dos meses.

- ¿Por qué tardó tanto?

- No sé, susurró el padre de Abel-. Afuera tengo otra familia. Mujer, hijos. Y la distancia también influye. O el desconocimiento. Pero no fue por eso.

- ¿Por qué fue?

El hombre pareció querer hablar, pero se contuvo.

- No tiene sentido remover algunas cosas, murmuró. Digamos que tardé. Abel tenía una novia, me he enterado. ¿Seguían juntos cuando pasó aquello?

- ¿Se refiere a Cristina?

- No sé el nombre. Tengo entendido que hacía estadísticas o algo así.

- Sí, Cristina Navarro. Era socióloga o estudiaba para eso. Nunca supe que rompieran, pero tampoco la vi después.

- Cristina Navarro... Es algo más, ¿ve? ¿Sabe dónde la puedo encontrar?

- *Para nada. Lo siento, pero no lo sé.*

El padre de Abel se incorporó de su butaca y tendió la mano.

- *Muchas gracias. Aunque no lo crea, sus informes son muy útiles.*

- *Celebro haberlo ayudado, dijo Arrighi, estrechándose. Si sabe de algo cuénteme. Quizá sirva para recordar mas cosas.*

La reunión terminaba allí. El padre de Abel se iba, y Luis Ricardo Arrighi volvía a su teléfono.

- *Lo está buscando, pero no sabe nada. Se me escapo el nombre de la chica. ¿No se complicará nada por eso, no?*

- *Así, más o menos, concluía el primer capítulo, rememoró Abel. Arrighi se enojaba con la visita y de la bronca rompía una reproducción colgada en la pared, rompiendo el vidrio, que caía en mil pedazos sobre la moquette. ¿Qué te parece?*

- *Interesante, sentenció ella. Me gusta mucho más que el cuento de Abdul Assam Gutiérrez. Tiene más espesor. Más suspenso. Hay un aire de conspiración que me atrapa.*

- *Precisamente, la historia intentaba descubrirla.*

- ¿Cómo se llamaba Abel? De apellido, digo.

Él se levantó la vista, hasta aquel momento puesta en los pinchitos a la barcelonesa.

- Primero pensé en llamarlo Morel. Pero sonaba como el culo: Abel Morel. Lo descarté. Entonces, barajé apellidarlo Rosenberg, por un flaco que había en la redacción. Me caía muy bien. Me preocupaba que con ese apellido, el personaje resultaba semita.

- ¿Y por qué te preocupaba?

- La historia que estaba cocinando venía sórdida. Entonces, así saliera la mitad de lo que podría imaginarla, que Abel fuese judío me iba a achicar el universo de la narración.

- Eso es prejuicioso.

- Cierto. Pero sucede que estamos en una sociedad a la que no le gustan los prejuicios, pero los judíos, los turcos, los gallegos, los tanos y tantos otros tampoco le caen bien. Sentí que si dejaba a Abel como Rosenberg, muchos sentirían alivio. Cosa de rusos, dirían. A pesar de eso, lo mantuve como Rosenberg, pero con la idea de que era un apellido provisorio.

- Tendrías que dejárselo. Suena bien. ¿Rosenberg no significa Montaña Rosa?

- Puede ser. No conozco alemán.

- Si lo llamaras Maidana, siguiendo tu criterio, sería sospechado de ser del interior. Un cabecita. Y si se apellidara Spicciafuocco, no le iría mejor. Dejálo así. Abel Montaña Rosa, Abel Rosenberg. Me cae.

Él rió, mientras terminaba de tragar un trozo de carne asada.

- Eso fue antes y lejos. Está perdido. ¿Para qué revivirlo ahora?

- Para resucitarte, tonto... Para escribir algo por lo que no te paguen un peso y te haga sentir que no sos un vegetal, ¿entendés? Revivílo para mí, aunque sea poco.

- *Rosenberg -dijo. Natalio Rosenberg, el padre de Abel. ¿Se acuerda de él, no?*

- *Cómo olvidarlo. El flaco Rosenberg.*

- *¿Se acuerda de él?, repitió ansioso.*

- *Por supuesto. Discúlpeme si no lo relacioné antes. pedí tendiéndole la mano por encima el escritorio. Sucede que para mí siempre fue Abel.*

- Claro, concedió Rosenberg. Dígame, Arrighi. ¿Sabe que le pasó? ¿Tiene alguna idea de lo que pudo ser de él? La verdad.

Detrás de Rosenberg, en la pared, hay una reproducción de Modigliani. Se trata de una mujer desnuda que está con los ojos cerrados y la mejilla sobre un hombro, como descansando después del amor. Recorro sus grandes pechos, me detengo en su ombligo, en la curva de su nariz, en sus párpados bajos. ¿Qué fue de la vida de Abel? Podría hablarlo con esa mujer que se exhibe desde la pared y no con Rosenberg, por más distinto que sea del otro, del flaco Abel. O mejor, quisiera que nadie sacara el tema y yo pudiera seguir contemplando la reproducción de esa mujer que pintó Modigliani.

- Desde hace muchísimo que no sé qué fue de él.

El hombre gordo se hunde en la butaca y con sus manos parece acariciar sus rodillas. Sacude la cabeza. Me mira. No dice nada. Se contenta con fijar sus ojos en mí, y siento que tengo que disculparme.

- No supe nada de él. Incluso desconocía que tuviera padre. Es decir, me turbo, no sé si me explico, ¿eh? Abel nunca me habló de usted.

El otro Rosenberg pone cara de incredulidad.

- Es cierto, definiendo. Nada más natural que tuviera un padre. Y, sin embargo, jamás lo mencionó. Creo que una vez dijo que había visto a su papá a los ocho años, aprovechando una visita casual. Estábamos en el colegio y Abel comentó que usted vivía lejos, con otros hijos, con otra mujer. Lo dijo a la ligera, mirando a cualquier parte. Después echó a correr. ¿Usted vivió en el extranjero, no?

El otro se apaga un poco más.

- Estoy separado de su madre desde que él tenía cinco años, cuenta en un susurro. Después, me radiqué en los Estados Unidos. Allí formé una familia. ¿Trabajó aquí, verdad?

- Sí.

- ¿Desde hace mucho que no sabe de él?

- Desde que supimos del secuestro.

- ¿Y no supo nada de él en este tiempo?

- No. Ni noticias.

Prefiero no mirarlo. Me empieza a molestar con sus preguntas. El hombre se pasó el índice por el cuello de la camisa, separándolo de la piel.

- ¿Nunca se preocupó por averiguar?

- ¿Qué cosa?

- Sobre Abel.

Me encojo de hombros.

-Al principio hice preguntas por ahí, pero nadie sabía nada. Con los años, habíamos perdido el trato entre nosotros, ¿sabe? A lo último, sólo era una relación laboral. Después pasó el tiempo y me olvidé.

- ¿A quién preguntó?

- Abel salía con una tal Cristina. Fui a verla, pero no supo dar una sola respuesta sensata. Le dejé algún dinero y le pedí que si tenía noticias me las trajera. Nunca apareció.

- ¿Cuándo la vio?

- A los pocos días del secuestro.

Estábamos incómodos, conversando entre pausas. Habíamos bajado el tono llegando al murmullo. Yo deseaba que se fuera. Él no sabía qué más preguntar, qué más hacer, y esa impotencia se revertía en el ritmo moroso de la charla.

- ¿Usted supo algo en ese tiempo?, le pregunto.

- Nada.

- ¿Y qué supone?

Rosenberg pareció meditar y, mientras sus manos se removían inquietas, contestó con vos hueca:

- Que está muerto. No fue un caso aislado, ¿no? A todos ellos los han matado.

Ya estábamos de pie. Los dos serios, graves.

- Si cree que está muerto, ¿qué busca? ¿Saber cómo murió? ¿Quién lo mató? ¿Qué quiere, Rosenberg?

El hombre me miró mientras se abotonaba el saco con gesto mecánico.

- Busco..., dijo interrumpiéndose. Movi6 la cabeza y murmuró: olvídalo, son cosas más.

- En este tiempo, ¿hizo algo por saber qué pasó?

El hombre achicó los ojos.

- Creo que no lo suficiente.

- ¿Y por qué no?

- Eso no le interesa, descartó, poniendo una mano sobre el picaporte. Son cosas más.

- Tiene razón. Discúlpeme.

Entonces se detuvo con la puerta entreabierta.

- Dígame, Arrighi, ¿usted lo quería?

- Le tenía aprecio.

Hablábamos de Abel en pasado.

- Pregunté si lo quería.

Me resulto difícil sostenerle la mirada.

- Si sabe algo, avíseme, le pedí.

No sé si me escuchó. Había salido con pasos cortos. Yo me quedé mirando la puerta y de ella pasé a los pechos que pintó Modigliani, y de su contorno salté a los muebles del despacho, queriendo verificar que todo continuaba en el lugar de siempre y que, realmente, no debía importarme los asuntos de los Rosenberg. Eran cosas de ellos.

Se levantó pasado el mediodía. Mientras se afeitaba, recordó el encuentro de la víspera. Los comentarios de ella sobre su vida le resultaron agrios, y gracioso su interés por las historias de Casablanca.

- Dejálo tranquilo a Rosenberg, pidió al acercarla hasta la esquina de su casa en un taxi . Desapareció. Dormí en paz que mañana será otro día.

- Me fastidia que escapes a todo, Abel. Así perdés hasta los sueños. No la tendrías que dejar. Aunque sea para saber más sobre vos. Yo te puedo ayudar, ¿querés?

- Para nada. ¿A quién le interesa un desaparecido? Hasta mañana, hermosa. Mejor escapo, no sea cosa que tu marido me huela.

No esperó a que abriera la puerta del edificio y, sumergiéndose en el asiento indicó su dirección al conductor.

Mañana es otro día, se dijo, y éste había llegado. Tenía que ver a sus informantes y buscar antecedentes. Aún era temprano. Hasta que no terminara la rueda bursátil era inútil asomarse.

Se duchó, ordenó la cama estirando las sábanas y ventiló el departamento mientras tomaba un mate. Ya vestido, se dirigió al microcentro.

Empezar cada nota le costaba. Tenía que esforzarse para entrar en tema. No era un experto ni mucho menos. Se sentía un francotirador improvisado, emboscado en la tarea de redactar notas y comentarios económicos por esas burlas del destino y la necesidad.

Allí iba, entonces, paseando distraído, para hacer tiempo hasta que sus operadores financieros retornaran a sus cubiles.

Decidió tomar un café y entró en la confitería. Estaba yendo hacia la barra cuando escuchó que lo llamaban desde una mesa.

- ¡Aquí, Ferrari!

Con desagrado reconoció a Enrique Fantin, un insoportable que creía estar en la elite de los bien informados. Periodista de columna propia, tenía también un micro en la televisión que lo había sacado del anonimato.

Tomó su pocillo y se acercó haciendo equilibrio.

- ¿Qué tal, Fantin? ¿Cómo andan las cosas?

- Ya ves, almorzando a estas horas de la tarde, se justificó teatralmente el otro, señalando las migas de un sándwich como mostrando los restos de su sacrificio. ¿Qué estás haciendo por aquí?

- Tengo que ver a un conocido apenas termine la rueda.

- ¿Y desde cuándo te ocupás de la Bolsa?

- Desde que a Cacho se le ocurrió.

- ¿Cuál es el último berretín de tu jefe?

- Mercado de capitales.

- Es tema para un libro.

- Tengo que hablar con uno de mis contactos, a ver qué me aconseja.

- ¿Es bueno tu informante?

- De lo mejor. Lo que él no sepa, no lo sabe nadie. García es perro viejo en esto.

- ¿Alberto García?, se interesó Fantin.

- ¡Aja! ¿Lo conocés?

- De nombre. No es un tipo fácil. Nunca pude llegar a él. ¡Y mirá que traté!

Terminaron sus cafés en silencio.

- Si lo ves, murmuró Fantin, averiguá qué anda haciendo con Papelera del Sur.

- ¿Qué hay con eso?

- Está comprando sus acciones, empujando la suba, y nadie entiende. Si te enterás de algo, ¿me avisás?

- Después de que yo lo publique.

Fantin se rió.

-¡Buen guanaco que sos!

Guanaco.

Arrighi decía guanaco en los papeles que Abdul Gutiérrez robó al amparo de la neblina. Decía guanaco, recuerdo, tratando de alejar la imagen de Rosenberg, el viejo. O podía ser también la del joven. Demasiadas montañas rosas en una tarde para soportarlas sin un insulto. Entonces decía guanaco.

Ahí va ese guanaco, decía Arrighi desde Marruecos. Lo veo irse por la vereda. Parece deslizarse, como un guanaco. Mejor dicho, como una babosa, dejando un hilito brillante. Me siento en el sillón con la imagen de su cara gorda preguntándome si quería a Abel. ¡Cómo si importase! Hubiera preferido que se quedara en la comodidad de su departamento yanqui. Ahora no me lo puedo sacar de la cabeza. Ahí está el recuerdo rondándome. La visión vuelve y se aleja. Abel sonriendo. Gritando. Llorando.

Abel muriendo.

Debió apagarse de improviso y se le helaron el grito y la puteada. Tal vez miró a los hombres inclinarse sobre él. Y murió, contemplando las manchas de la humedad del cielorraso, el revoque de las paredes o la oscuridad que comenzaba a robarle los minutos.

Abel muriendo.

Tal vez sintió la cosquilla del estetoscopio buscándole un latido. Habrá sido ésa su primera experiencia de espectro. Aunque los espectros no existen. Abel es prueba. De lo contrario, hubiera venido a reclamar la parte de vida que le robaron sobre un elástico de cama o me hubiera perseguido con sólo mirarme desde la pared.

No. Los espectros no existen. Lástima que tienen padres. Espectrales como sólo ellos pueden serlo. Peor quizá. Fantasmales como los ojos de Rosenberg, heridos por el sol mientras se aleja como un guanaco.

Abel podría querer mirarme a través de los ojos guanacos de su padre. Tendría otra mirada. La de un muerto. Ya no tiene vida y, por eso, nada le importa. Ahora su muerte es cosa de nadie ¿O es mía, acaso?

El Modigliani de la pared tiene los ojos cerrados. Ahora no me parece una mujer después del amor. Más se asemeja a una hembra que baja la vista por vergüenza. Pero no por ella ni por su desnudez. Se tapanía los pechos, en tal caso. No lo hace. Tiene los brazos quietos. Puedo pensar que esa mujer que baja la vista por vergüenza, la tiene por mí. De mí. Puedo imaginarlo.

- *Es tarde para tenerla, le explico. Es demasiado tarde, grito.*

Ella no dice nada. Sigue con sus ojos bajos, o tal vez los esté entornando para no verme. Me acerco a ella y recorro su contorno con el dedo índice. Es tarde, susurro. Lo hecho, hecho está. No tiene remedio.

Ella no levanta la vista. Está ahí imperturbable y cerrada, excluyéndome con su mutismo. O con su desprecio. Calla y sigue con los ojos hacia el suelo. Le presiono un pecho con el dedo. Sigue callada.

- *Es tarde, insisto, sacudiéndola de un hombro.*

Ella no me mira. Me toma la muñeca y desprende de mi mano. Mi brazo cae. Entonces, girando sobre la alfombra se va.

La veo irse. No se agita, no habla, no llora. Sencillamente, se va. Caminando con pasos leves hacia el cuadro.

- *Ya es tarde. No puedo hacer nada, grito.*

Mi voz parece no alcanzarla.

Los espectros no existen, pero hubieras visto esos ojos. No eran como los de Abel. ¡Oh, eran peores! Me miraban sabiendo que se había hecho tarde para todos.

Cuando Ochoa llamó tuve miedo.

- *Accidente, anunció opaco. Corazón débil. Un edema. Accidente, en fin.*

(El estetoscopio le estuvo rastreando el latido. "¡Flojo! ¡Son unos flojos!", exclamó el hombre de la camisa rayada. "¿No le decía que estos tipos son una pura caquita, che?". El hombre parecía nervioso o enojado. "¡Flojo!", repitió escupiéndole la cara. "¡Y querían jugar a la guerra!")

- *Accidente, dijo Ochoa-. Sabe cómo son estas cosas, Arrighi.*

- *No lo sabía. ¿Cómo suponer tanta mala leche, tanta torpeza?*

- *Pues tendría que haberlo imaginado, insistió Ochoa. Es una variable que puede darse.*

Me miraba por encima del escritorio y se lo notaba tenso. Tenía las manos a medio cerrar y creí que me golpearía si continuaba negando.

- *Accidente, créamelo. Fue sorpresivo. Yo sé que a usted también lo tomó de sorpresa ¿Quién lo hubiera dicho, no? Tan joven, tan sano. Y ya ve, le falló el bobo.*

El hombre de la camisa rayada pudo intuirlo un segundo antes, en cuanto escuchó el ronquido. Dejó los electrodos y comenzó a cachetearlo con bronca.

- *¡No! ¡Vos no te me vas, pibe!*

- *Pero él se fue. El médico estaba allí. Siempre tenemos uno por si pasa algo. Llegó tarde. Fue un accidente, le digo. No le cuento el problema que tuvimos para sacárnoslos de encima.*

- *Sus métodos son una porquería. ¿Y ahora? ¿Qué hacemos? ¿Qué hago?*

- *Callar. Olvidar. Eso es todo.*

- *No queríamos esto. Deseábamos la fábrica libre de activistas. Pero no de esta forma. Nos enchastra. ¡Es una torpeza lo que hizo!*

No puedo mirarlo. Él sigue con su whisky.

- *Son los riesgos. Y no lo hice yo, viejo. Lo hicimos, acuérdesese. Ahora tienen su fábrica limpia. ¿O no es así?*

- *No sé que decirle.*

- *Es la guerra, Arrighi. Ellos o nosotros, no hay alternativa.*

- *Siempre queda la de hacer las cosas prolijas. Además, Abel, ¿estaba mezclado con esto?*

- *Nunca tendremos la plena seguridad. De los otros cinco, tres lo trataban. Su nombre estaba en la agenda de la que le hablé. Si le hace mejor, piense que tenía que ver.*

- *Ustedes son unos bestias.*

- *En esto estamos juntos, recordó Ochoa, casi con mimo. ¿O para qué nos mandaron la lista, eh?*

- *Ya es tarde, querida. Ochoa me lo ratificó: "Callar. Olvidar. Un accidente."*

Ella da media vuelta y comienza a irse.

- *Yo no busqué esto, digo presionándole una teta-. No sabía que estos hijos de puta eran tan inútiles, tan mierdas. Lo hice por nosotros, por todos nosotros.*

No me mira. Este cuadro no es el de una mujer descansando después del amor. Sigue sin mirarme. Nunca más volverá a hacerlo.

- *Créeme, le pido. Fue necesario. No me oye. No me cree.*

- *Tenés que creerme - grito enojado.*

No contesta.

Entonces la pateo. Justo entre los pechos. La pateo y aúllo.

- *¡Creéme!*

El cuadro cae con estruendo, roto el vidrio por el puntapié.

Por el intercomunicador sale la voz metalizada de la secretaria:

- *¿Decía, señor?*

- *Guanaco.*

Conoció a García en ocasión de un cóctel, de esos que estilan los gerentes de Relaciones Públicas. El Cacho lo había mandado para que se alimentara.

- Tomás un poco, comés lo que te dejen, hacés rostro y quedás libre, indicó pasando por alto su gesto de fastidio. Vaya, m´hijito y cumpla su deber, lo apuró con una palmada paternal. Este oficio es un sacerdocio, usted lo sabe.

- Sobre todo por lo de cerdocio.

Pero había ido. Con su mejor cara, se dejó llevar por pasillos decorados con bustos de fundadores y capitanes de empresa, cuyos nombres recordaban pequeñas plaquetas de bronce, para ilustración de las generaciones venideras.

Ellos guardaban los recodos de ese piso, de estilo posiblemente inglés y sin duda caro, por donde transitaban con sus escarpines charolados pisando las mismas o iguales alfombras rojas. *Sic transit gloria mundi*.

Puertas lustrosas daban a los pasillos. Todas cerradas. Tras ellas, se podía suponer el desarrollo de importantes planes de industria, a una secretaria comiendo un sándwich o a un ordenanza cabeceando un sueño.

Se dejó llevar hacia el salón donde se daba el cóctel, comprobando con alivio que no era el primer periodista que asomaba. Colegas de otros medios ya se habían ubicado cerca de las mesas cubiertas de canapés y sandwichitos. Saludó a los conocidos y, tomando la copa que le ofreció un mozo, se ubicó junto a un ventanal. Fue entonces que conoció a García, aunque en ese momento no supo quién era. Parecía un mirón, un colado u otro aburrido asistente de compromiso.

Los dos habían elegido instalarse junto al mismo ventanal, que compartieron en silencio. Ajenos a las conversaciones de los demás, se entretuvieron en la contemplación de las arañas de cristal que iluminaban el salón, al que daban un aspecto de corte europea en versión de película nacional del medio siglo.

No pudo evitar un bostezo, que coincidió con otro de García. Eso los unió. Dos desconocidos hermanados en el simple gesto de un bostezo. Al advertirlo, se sonrieron. Ahí fue que García le habló.

-Esto es imbankable, ¿no le parece?

- ¡Ajá!, sonrió Abel. Cuando es parte del trabajo, no queda más remedio que soportarlo.

- Es cierto, pero no es mi caso. Yo podría haberlo evitado. Y sin embargo, estoy durmiéndome de pie como un idiota para poder decir mañana que cumplí con mis compromisos sociales. Es lo más estúpido que hice en lo que va del año.

- Tampoco es mi caso. Yo casi siempre hago cosas estúpidas, por lo que una más sólo me hace número, se disculpó Abel. Tengo experiencia. Pasa que me aburro. Aún falta algún discurso.

El otro lo miró con más atención.

- ¿A qué se dedica?

- Soy periodista. ¿Y usted?

- También engaño a la gente. Pero lo mío debe ser más rentable.

A él el comentario le causó una sensación extraña, mezcla de gracia y vergüenza.

- ¿A qué se dedica? ¿De qué trabaja?

El otro se le acercó, acodándose en la ventana.

- Soy agente de Bolsa, dijo apurando su copa. La colocó cuidadosamente sobre una bandeja que apareció sobre la palma enguantada de un mozo. Soy también financista. ¡Qué sé yo cuántos nombres pueden darse a lo que hago!, rió. En una palabra, soy un vendedor de espejitos.

- No debe ser malo, especuló Abel. Sus ventajas tendrá.

- Las tiene. Vivo muy bien. Es lo que se ve y lo que a la gilada le gusta. Cree que uno es Aladino. ¡Fantasías orientales! En realidad, soy Alí Babá.

- ¿Encontró el tesoro de los cuarenta ladrones?

- Eso era antes, mi joven amigo. Ahora son más. Ahí tiene, señaló a la concurrencia. No es toda la banda ni todos los que están la integran, pero sí hay aquí una parte de ella.

- ¿Y usted les roba?

- Hago algo mejor: les administro sus botines y les cobro por hacerlo. Invierto sus ganancias en operaciones bursátiles y en aventuras empresarias. Es decir, estoy en una etapa más especializada del hurto. En el fondo es lo mismo.

- Pareciera que eso lo entretiene. Me llama la atención su crudeza. Supongo que surge de tener los bolsillos repletos.

- ¿De dónde saca eso?

- Yo no podría darme esos gustos, se lamentó Abel. Si dijera públicamente lo que pienso de mi trabajo o de la función del periodismo, quedaría en la calle.

El hombre lo miró y Abel aprovechó también para observarlo. Era corpulento, canoso y vestía con descuido una ropa carísima. Se lo notaba achispado.

- Pasa que usted aún no es un ladrón como yo, murmuró García sin sacarle los ojos de encima. No entró en el juego grande y lo mira de afuera, como la mayoría. Yo estoy en

él y lo conozco. Por eso, ya no me divierte y puedo decir lo que quiero. Nadie me va a contradecir. Saben que digo la verdad y, lo que es más cómico, podría probarla. Por otra parte, no la pregonó en cualquier lugar. Aquí puedo, afuera no. En fin, piense que si no se puede dar ese lujo, tampoco pagó su precio como yo, así que no se haga ningún reproche.

Abel se fastidió con los comentarios.

- Creo que exagera. Si sólo administra, ¿cómo hace para robar? ¿Saquea a sus administrados?

- No, con ellos comparto el botín honradamente. El robo, mi amigo, está en la operatoria. Yo soy un experto, un técnico. Ellos, señaló con un cabezazo hacia el salón, sólo tienen su apetito. Yo soy uno de los que les indican cómo dar el golpe, de qué manera se optimizan los recursos y las ganancias, como dicen ustedes.

- No termino de entenderlo.

- Algún día, si anda suelto, véngase a tomar un café y le cuento. Pregunte por Alberto García, que soy yo.

Así habían empezado la relación. Era un trato desigual, en el cual García hablaba y Abel oía su interminable relato de marranadas y chismes que corrían por el ambiente bursátil.

- ¿Por qué me cuenta esto?, preguntó Abel una tarde.

El otro quedó pensando.

- ¿Por qué?, repitió. No sé. Supongo que por el placer de confesar cosas que no se le pueden decir a nadie.

- Entonces, ¿por qué a mí? ¿Yo soy nadie?

- No dije tanto. Vos no sos ni cómplice ni juez de instrucción. Sos un moralista, y me divierte escandalizarte. O porque me caíste bien con tu bostezo en la Cámara. Además, seamos francos: lo que yo pueda decir no te sirve de mucho, ¿no es así?

- Podría publicarlo.

García se había reído con ganas.

- ¿Y quién te editaría una línea? Nadie, absolutamente nadie. Y si lo hiciera, ¿quién lo creería? ¿Cómo lo probaría? Sería pura difamación. Y lo más importante: ¿cuánto duraría el que contase sin permiso algo de lo que sabés ahora? ¡Olvidálo, mi viejo! Yo lo puedo contar, porque sos inofensivo. Es más lo que te sirve ser mi amigo que mi delator.

- Me hace sentir un forro.

- Sos demasiado joven y zozco. O tan vivo que elegiste el papel de idiota. Decíme, Ferrari: ¿de veras te crees distinto de un forro? Lo pregunto con respeto, no quiero personalizar. En serio: ¿vos creés que los periodistas, en nuestro país, pueden ser algo más que forros?

Abel había guardado silencio mientras buscaba una respuesta.

- Hay periodistas honestos.

- No digo que no. Lo que quiero indicar es que el periodismo, y en él la revista donde trabajás, es parte del poder. Vos serás lo que quieras, pero de hecho sos un forro de él. Lo ayudás en su expresión sin compartir sus ventajas.

- Planteadas así las cosas, soy un forro.

- Un forro que se aburre, se regocijó García. Uno que bosteza. Eso nos une, Ferrari. Mientras bostecemos en los cócteles, nos vamos a entender. Cuando tomes en serio lo tuyo, se acabará mi franqueza. Mientras tanto, queda claro nuestro juego. Yo cuento todo lo que se me ocurra, que será más que lo que querrías saber. Tomás lo que te sirva y no nos perjudique. Lo demás lo callás. Y te advierto: estás ante un mentiroso profesional. No creas todo lo que te diga, porque podés equivocarte. Tené presente que cuando te informe de algo que a vos te sirva para tu trabajo, será porque también me sirve en el mío. ¿Estamos?

- Estamos, aceptó Abel.

Ella había preguntado por Cristina. ¿Cómo era, qué hacía, dónde estaba?

- Era otro nombre de la historia, explicó él. La compañera, la novia o lo que fuere de Abel Rosenberg.

Cristina era una de las montañas rosas que había trepado Rosenberg. Ella se había dejado escalar acomodando sus pliegues, montaña rosa en la montaña.

Estudiaba. Posiblemente sociología. O ciencias de la educación. Qué sé yo. Cualquier cosa estudiaba la Cristina, hasta que el viento de la montaña rosa le revolvió el cabello y su destino. Nunca terminó su carrera. Era entonces una ex universitaria que trabajaba en un empleo cualquiera y mal pago. Quedó en Casablanca, consumiéndose bajo los ojos ladinos de Abdul Gutiérrez. Tenía pesadillas.

Al principio fue una impresión chiquitita, que creció con persistencia, hasta que no tuvo más remedio que reconocerlo: la seguían.

El gordo estaba tras sus pasos sin intentar disimularlo. Lo había visto por primera vez al subir al colectivo y se había olvidado de él. Un pasajero más, pensó, tal vez un poco insolente, si tenía en cuenta el descaro con que la observaba.

Había subido detrás de ella en Retiro. Le parecía recordar su voz al pedir boleto. Ella se había corrido al interior del colectivo, sintiendo que el hombre la miraba con expresión extraña. Como si sus ojos pequeños estuvieran vacíos. La veía como quien registra un dato del paisaje. Encogiéndose de hombros se olvidó de él.

Volvió a tenerlo en cuenta al bajar, cuando notó que también descendía. Lo vio detrás suyo, ajustándose la corbata ante una vidriera y no terminó de creer en la casualidad. Caminó apurada hasta su casa y ese día no hubo más. Fantasías, concluyó. Debo dominarme.

Era difícil hacerlo, sin embargo. La visión del gordo le convocó demonios dormidos. Esa noche los volvió a soñar.

Corría por un pasillo de cemento mal iluminado por luces empotradas, y sus pasos resonaban en el hormigón. El eco se alzaba sobre un chirriar de puertas y cerrojos.

De cuando en cuando espiaba por encima del hombro. Sólo veía el pasillo perdiéndose entre luces y ruidos, y a lo lejos, muy lejos, una figura que podía ser

humana. Por la distancia, era sólo un puntito flotando en la carrera. Apuraba el paso, seguida por aquella esfera que le acicateaba el esfuerzo.

A veces se detenía exhausta, sintiendo la respiración agitada y golpes de puertas y cerrojos en alguna parte. Reaccionaba y proseguía la carrera, desesperándose ante el pasillo inacabable, con el puntito negro manteniendo la persecución.

¡Clap, clap! ¡Clap, clap! ¡Clap, clap! Los zuecos de madera hacían retumbar el cemento, dándole cadencia a su marcha. ¡Oh, este pasillo no tiene fin!

Rebotaba contra las paredes y trastabillando, dolorida por los roces, corría hasta derrumbarse, bañada en sudor. Arañó las paredes buscando un asidero y sólo consiguió romperse las uñas, volviendo a caer. Era entonces que los sintió llegar como presencias sin rostro. Los sabía allí, detrás, delante o encima suyo. Su respiración era un ronquido al que se ató para seguir viviendo. Mientras lo escuche, estaré. Mientras resople, quedará la esperanza. Tratava de hacerse más pequeña, cerrando los ojos.

- Aquí está. ¿Qué hacemos, señor? ¿La apretamos un poquito?

- No, dejémosla, contestaba otra voz con energía de mando. Por ésta, tenés suerte, che, decía tocándole la nalga con la punta del zapato, con un golpecito confianzudo. Mejor que no haya una próxima vez, chiquita.

Ella se aplastaba contra el pavimento, empujándolo con el vientre.

Abría los ojos al sentir que la habían dejado sola, y se encontraba llorando en su cama, empapada de transpiración.

Las primeras veces aullaba de pavor hasta que aparecía su madre.

- No es nada, chiquita. Sólo una pesadilla.

Ella se sacudía epilépticamente.

- ¡No me llames chiquita!

De mañana, emergía a la calle temerosa de toparse con algún vecino que la hubiera oído.

Pero nunca nadie la paró, o la miró, o le sonrió o le habló de forma tal que ella pudiera inferir que sabía.

Después de años de aquello, había vuelto al equilibrio de la rutina y a vivir sola. Se había olvidado de los sedantes y de las píldoras para dormir.

Pero la noche que siguió al descubrimiento del hombre gordo volvió a correr por el pasillo hasta desfallecer de angustia.

Se despidió de Fantin y con pasos morosos caminó hacia las oficinas de García, ubicadas en un piso alto del microcentro. Desde sus despachos se veía una panorámica del puerto y el río atrás. En los días claros, el perfil de la costa uruguaya borroneaba el horizonte.

- Por favor, avise al señor García que está Abel Ferrari, de la revista *Tiempo*.

- Tendrá que aguardar a que termine una reunión, informó la secretaria.

- Espero, anunció dejándose caer en un sillón.

Debió pasar media hora antes de que lo atendiera.

- ¿Que tal, Ferrari? ¡Gusto de verte! ¿Café?

- Ya tomé, gracias. Vengo a buscar material.

- ¿Qué tipo de material?

- Tengo que redactar una nota sobre el mercado de capitales. Necesitaría datos, estadísticas, cifras, alguna anécdota. En fin, algo.

- ¿Mercado de capitales? , se asombró el otro. ¿Aquí? ¡Si no existe!

- En tal caso, tendrá que existir para la semana que viene.

- ¡Lo que hay es un mercado de la perinola, ese si que lo tenemos! ¿Qué crees que es la Bolsa? ¿Cómo es posible que en un país que va a la quiebra las acciones suban? Pero no hagamos filosofía. Te conseguiré algo para que salgas del paso.

Por el interno pidió unas estadísticas a su secretaria.

- Sáqueles fotocopias y tráigalas. Vas a tener que esperar un poquito. ¿Podes o te las mando a la redacción?

- Las espero. ¿Cómo anda todo?

- Como siempre. Vendo cuando los papeles están altos, los compro cuando están bajos, los vuelvo a vender cuando suben, los recompro cuando bajaron, y así vivimos.

- ¿Qué pasa con Papelera, Alberto?

El otro puso cara de asombro.

- No sé, hombre ¿Pasa algo? ¿Qué escuchaste?

- Se rumorea que su grupo está empujando sus acciones a la suba. Nadie entiende.

- ¿Eso se dice? ¿Y quién lo dice?

- Los chicos del periodismo.

- Si lo dicen ustedes, será verdad ¿no?, se burló.

- ¿Es cierto?, retrucó con igual tono. ¿En un país en quiebra suben las acciones?

El otro pareció sopesar la respuesta. Finalmente, se decidió.

- Es verdad, Abel. Estamos comprando a lo loco. Y seguiremos.

- ¿Y se puede contar eso?

- Sería bueno que lo hicieras. ¡Si, señor!, rió. ¡Sería formidable! ¡Hacélo correr, como si fuera un favor personal hacia mí! Incluso ínflalo, que nadie lo negará.

- ¿Para ayudarlo a qué?

García lo miró con ojitos chispeantes y no contestó.

- ¿Una nueva trampa, Alberto?

Rieron.

- Sos mal pensado, protestó García. No te imaginas el activo que tiene esa empresa. Esta mal administrada, pero sus acciones deberían valer muchísimo mas. Las pincharon a propósito. Compró las que puedo, porque valdrán más. Y muy pronto. Un consejo: si tenes un mango, comprá.

- No tengo, confesó Abel. ¿Para que quiere que corra el dato? Si todos salen a comprar, empujaran la cotización para arriba. Le arruinarán el negocio.

- Digamos que es un negocio tan grande que me excede. No me preocupa compartir lo que no puedo apropiarme . Es una hipótesis. ¿Vale?

- Para Disney, si.

García volvió a encararlo. Tenía bolsas bajo los ojos y se lo notaba excitado.

- Esto es un secreto, susurró. No se lo podes decir ni a tu almohada. Esos papeles salen hoy un tercio de lo que valen. Las han dejado caer, te lo repito. Por incapacidad o por especulación, no lo tengo en claro. Pero tendrían que valer más. El negocio es tan grande que hay para todos. Por eso no me importa que suban. Pronto la empresa presentara el balance, y viene con mucha ganancia. Hay que comprar antes de que se publiquen los resultados del ejercicio. Eso es todo. La pura verdad. Hay más, prosiguió. El Banco Interamericano de Desarrollo esta por darle crédito de varios millones de dólares para la ampliación de un obrador en Misiones. El dato es top secret y viene de Washington. Se dará a conocer apenas se publique el balance. Es, también, una maniobra política. El ministro en persona esta interesado en el crédito. El Banco de la Nación dará el aval. ¿Qué te parece? Es buena merca, ¿no?

-¿Y cuándo saldrá ese balance?

- En una o dos semanas. No tengo la fecha a mano, pero ya fue llamada la asamblea de accionistas para aprobarlo. Pronto publicarán los edictos.

Abel miraba el río tras los cristales del ventanal, gris por el reflejo de las nubes. El ocre de las grúas contrastaba contra el cielo. Un barco era remolcado a aguas abiertas, mientras otros se oxidaban a lo largo de la dársena.

- Estoy tan seguro de que se trata de un negoción, lo interrumpió la voz de García, que haré que compren a tu nombre unos miles de acciones.

- ¿Es un soborno?

- Si compramos ministros, ¿por qué no un periodista?

- Esas no son nuestras reglas del juego.

- Por eso no es un soborno, se defendió García. Pasa que estoy harto de verte siempre con el mismo saco. Entonces, quiero financiarte la compra de unas acciones. Esto no es un regalo: Cuando las vendas, te llevás la ganancia y me devolvés lo que puse. Y si no hay ganancia, significará que no supe leer bien los informes o que habré mentido, por lo que absorberé la pérdida y tan amigos. ¿Estamos?

Abel titubeó. Iba a decir que no, pero entro la secretaria trayendo un sobre repleto de papeles.

- Las fotocopias, explicó a García.

- Todas tuyas, dijo el otro, teniéndoselas. En la biblioteca de la Bolsa encontrarás más material. Que te salga un buen artículo, Ferrari. Y acordate lo que te dije. Es un negocio limpio y sin trampa. Plata en buena ley. Te suscribo diez mil acciones.

- No me convence.

- No estoy comprando tu conciencia. No la necesito y tampoco vale tanto. Podés hacer lo que quieras con lo que te conté. No variará el trato. Mira si estoy seguro,

- ¿Quiere decir que habrá ganancia así yo cuente las razones de la suba?

- Aun así. No vas a escandalizar a nadie. Pero, por razones de discreción, delicadeza o alta política, prefería que no las dijeras.

- Aceptaría a condición de tener total libertad de hacer lo que quiera.

- No lo arruines. Si contás todo, si dejás trascender la causa real de la suba, las acciones subirán como un cohete pero se achicarán los márgenes de ganancia. No seas lírico. Que todos crean que es una especulación financiera y apuesten a ciegas.

-¿Y que carajo me importan esos márgenes de ganancia?, se interrogó Abel. ¿Cuál es el margen de mi beneficio? ¿En qué consistirá mi parte, realmente?

García lo estudiaba con aire entretenido.

- ¿Sabés lo que pasa con vos, Ferrari? Tenés demasiados melindres. No podés caminar entre la mierda sin que se te pegué el olor. Si fueras más vivo, podríamos hacer mejores trueques.

- ¿Por ejemplo?

- No sé. Podríamos cambiar acción psicológica por datos. Echás a correr una bola. Por decir algo, ¿no? Yo piloteo tus ahorros en la rueda. Y si no los tenés, consigo quien te los aporte. Yo ganaré con el ambiente que ayudarías a crear y vos con los rendimientos. Es un decir, no te lo estoy ofreciendo, no sea cosa que te ofendas, ¿eh? Pero se puede hacer, tu revista llega a un público que nos interesa. Si quisieras, se podría.

- Cuando me ponga en venta, le aviso. Ahora si le acepto un café.

- Mejor un whisky, ofreció García, pidiéndolo por teléfono. Te estás equivocando, Ferrari. Te estás engañando, que es peor. Vos ya te vendiste. Pero lo hiciste barato y por necesidad, cosa que no digan que fue por dinero y te remuerda la conciencia. Yo te propongo que saques mejor cotización por el esfuerzo.

- Dejemos eso, desechó Abel, tomando el vaso.

- Hací lo que quieras. Pero no me perjudiques.

- Usted es contradictorio, señaló Abel. Me incita a que largue un dato, pero también pide que me calle. ¿En qué quedamos?

- Me encantaría que publiques que estamos comprando. Y que lo seguiremos haciendo. Eso convocará jugadores y dará más consistencia a la empresa; lo que fortalecerá las posibilidades de que le den el préstamo. Lo que no me gustaría nada es que cuentes los motivos de nuestra compra. Esos los tenés que callar. No estoy solo en este negocio, y hay gente que se pondría mal si lee lo que te dije en confianza. El mercado debe creer que es otra timba de tantas. Eso lo incitará a participar, pero le pondrá también un freno a su riesgo.

- No termino de creerle. No se si haré algo con esto. Me huele mal. Además, cada vez que me dio un dato cambio algún matiz.

- Hijo, se justificó García con voz piadosa, yo te avisé de entrada que soy un mentiroso. Además no me importa lo que creas. No sos el único periodista al que le pasamos datos. Sí sos el único que no los aprovecha.

- Creo que me limitaré a la nota que me pidieron.

- Harás muy bien, Ferrari. Y para estar tranquilo con tu conciencia, dirás que el mercado de capitales es aquí, en realidad, una enorme ruleta, ¿no?

- No puedo decir eso. Usted lo sabe.

- Pues si vas a engañar a tus lectores, hacélo de manera que te quede algo más que el sueldito de mierda que te pagan. Igual no ganarás el cielo.

Abel terminó con el contenido del vaso y tomando el sobre de las fotocopias se levantó.

- Gracias. Pero quiero sentirme limpio.

- Como quieras, lo palmeó el otro. Con eso no mejorarás las cosas. Pero si te conforma, seguí. Eso sí: no te metas en líos. Olvidáte lo que te conté.

- Okey, sonrió desde la puerta.

Estaba cerrándola cuando García lo llamó.

- ¡Eh, Abel!

La entreabrió para verlo, parado de pie en su escritorio.

- Acordate. Diez mil ordinarias a 1,20.

- Haga lo que quiera. Eso no me compromete.
- Lo veremos, rió García mientras él se iba.

-¿Por qué Cristina tenía esos sueños?, había preguntado ella.

- Porque siempre andaba con el terror encima.

- Pero, ¿por qué?

- Por la historia que tenía en la historia. El suyo no era un papel fácil. Pero yo, con todas sus locuras, la quería. A pesar de sus obsesiones y costumbres. Era una extraña. Sola y poco dada. Cumplía con su trabajo y después se encerraba en su casa. Se bañaba mucho y seguido. Bajo el agua se sentía otra. Mejor.

Voy a la ducha como a un ritual. Desnuda bajo el agua, siento que recupero mi cuerpo y puedo recorrerlo como a un campo amigo.

Me abrazo bajo la lluvia y cierro los ojos, sintiendo que el agua me va limpiando de impurezas y de sabores agresivos. Me relaja, abriendo cada poro, y escucho su rumor con los párpados apretados.

En el baño vuelvo a encontrarme. De ahí esa obsesión con la que me busco. Me contemplo parte a parte. Hago jugar mis dedos por la piel y a veces me muerdo un brazo para ver como la marca de los dientes se va esfumando bajo el agua hasta desaparecer.

No tengo marcas. Carezco de señas particulares. Pero, aun así, insisto en patrullar el cuerpo con ojo atento. Temo que, si abandono esa rutina, algo cambie, apareciendo eczemas o escaras que conformarían el rastro de un pasado que no fue mío. No me pertenece, y debo evitar que me confunda. Es el de otro. Aun así, temo que me envuelva, que me sumerja en el miedo y me pierda en sus recovecos.

Entonces siento que el agua me redime, pese a que tiene también su contrapartida. Cada vez que me meto en la bañera, no puedo evitar que me asalte la memoria de Veinticinco. Sus gritos. Su carne golpeada y su doble manera de sentirse / de vivirse / que tiene / que tenía/ pendular / pendular, oscilando entre el asco y la lástima.

El tiempo te curara, me dijeron. Cuando muera curará del todo, Veinticinco. Nada quedará de su dolor ni de su culpa, si es que tuvo alguna que no lavó el dolor. Por eso, digo que no existe. Sólo es una cifra perdida en las matemáticas.

Jamás le vi la cara, pero el psiquiatra me dijo que podría ser como la de Cristo. Siento que fue para consuelo. Podría tener la cara de Pilatos, la de Judas, la de un centurión o la de un fariseo. Él prefirió decir la de Cristo. Total, bajo esa máscara o esa venda o esa cortina que el médico intuyó a través del relato, Veinticinco pudo tener el

rostro que le quisieran imaginar, cubierto por una máscara griega, con la boca abierta y las comisuras hacia abajo. Y detrás el médico, o Cristo, o yo misma. Cualquiera. Cualquiera. Sí, podría ser. De todos modos son suposiciones.

En concreto, nunca pude verlo. Su recuerdo esta envuelto en sombras. Podría haber sido Cristo en sombras. Pero, cuando me meto bajo la ducha, lo que revivo junto a la reconquista de mi cuerpo es la odiosa sensación de su vigencia.

Casi puedo palparlo, hasta que el agua lo va diluyendo como si fuera jabón.

No quiero a Veinticinco. Titubeo en confesar que lo odio y me repugna. No quiero que vuelva ni en sueños. Aunque a veces recuerdo que no tuvo culpa. Me digo que fue fruto de su nacimiento, de la vida que le dieron, de la agonía que le arrojaron por condena. Pero, a pesar de la comprensión que puedo tenerle, le temo. Se que es él quien me despierta a los alaridos, o me arrastra por sus miserias.

Lo odio. Le temo. Aunque pudiera llegar a tener la cara de Cristo o la mirada comprensiva del médico aquel. Me tortura saber que estamos ligados a un pacto de silencio. Convivimos dentro de un mismo cuerpo que tengo que peleárselo centímetro a centímetro.

Por eso debo mantenerme vigilante, para que no retorne. Por eso tengo que mantener el cuerpo limpio, para que no me contamine.

Engendro del infierno. Lo odio así tenga el rostro de Cristo. Nunca habrá piedad para él.

- No entiendo nada, se quejó ella. ¿Qué es eso de Veinticinco? ¿Qué tiene que ver con la historia de Montaña Rosa?

- Ya lo sabrás. Se aclara cuando la encuentra el padre, el viejo Rosenberg.

- ¿Dónde? ¿Cómo?

Quando algo le interesa, le brillan los ojos como carbones encendidos. Como cabrones incendiados. La nariz se le abre como a gata al acecho. Es preciosa cuando se excita, así sea de curiosidad. Entonces alargó el relato, recreando los textos para que no se pierda la memoria y, también, para que ella se entregue al juego.

Entonces, estiro y estiro.

Al día siguiente volvió. El gordo tenía un aire de aburrimiento profundo. Estaba al volante de un Fiat azul, con su cara girada hacia la puerta de la casa. Apenas lo descubrió, miró a todos lados. Pero no había nadie en quien confiar. El sifonero, el diarero, los porteros lavando sus veredas, eran un paisaje indiferente que repetían sus trabajos con parsimonia.

El gordo, después de un instante de duda, abrió la puerta del coche y quedó esperando una pausa en el tránsito para cruzar.

Lo vio venir y, cuando él estaba en la mitad de la calle, comenzó a correr como loca, mientras el hombre alzaba una mano pidiéndole que se detuviera.

-¡Eh, aguardeme!

Antes de doblar la esquina, tuvo tiempo de verlo en la mitad de la calle, inmóvil de desaliento.

Viajó como pudo, y llegó a la oficina fuera de sí. Saludó al ascensorista con una mueca boba y se apoyó en la pared metálica de la caja, estudiando su imagen en el espejo.

- Se me han ido los colores, dijo, pellizcándose las mejillas. Se recostó contra la pared de chapa cerrando los ojos.

Los cierro y esto no existe. Desaparecen el gordo, la angustia, las pesadillas y hasta la humedad. Los días nublados y las peperonias, que no me gustan. Tendría que agregar que también se esfuman las deudas, la necesidad de trabajar, el tedio. Queda lo esencial y lo deseado. ¡Oh, maravilla!

Bajó en su piso y comprobó que la oficina no había desaparecido, como era su deseo. Infirió que con el gordo habría sucedido igual y tuvo un reflejo de alarma.

-¿De qué te preocupás?, quiso tranquilizarla una compañera. ¿Qué podés temer de un tipo sólo porque te siguió? ¡Vamos!

La próxima vez... Mejor que no haya una próxima vez, chiquita...

-¡Por favor!, insistió la otra. ¡Esas cosas están en tu cabeza loca!

Ella miraba desde la distancia de su silencio.

- No están en mí, se contestó. Siguen afuera.

Cuando la arrojaron de la camioneta sintió que el golpe del cuerpo contra los adoquines era la señal que indicaba su pasaje de un mundo a otro. Había sido en una madrugada de septiembre, y empezaba a amanecer.

Quedó un instante aturdida. Después, se había sentado, asustada por el silencio que dejó el vehículo al desaparecer luego de una brusca acelerada.

A manotazos se arrancó la venda de los ojos, sorprendiéndose por la luz y tomó conciencia del porrazo sufrido. Los ramalazos de dolor le sacaron muecas. Dolía, pero era la vida que regresaba.

La habían dejado en un parque. No conseguía ubicarse, parpadeando con la cara pegada al cordón de la vereda. Miraba una y otra vez al césped desparejo y las colinas del lugar, los caminitos, el arenero donde más tarde jugarían los chicos. Los bebederos, las hamacas y los toboganes. No terminaba de entender.

Se fue incorporando, temerosa, y dejó que los olores la penetraran transmitiéndole la frescura del rocío. Alzó la cabeza, y oyó los gorriones en las copas de los árboles. Recién entonces reparó en los colectivos que pasaban por la avenida.

La hora hacía acentuar la claridad y dio unos pasos, afirmando los talones para después desplazar el cuerpo, sintiéndose respirar por todos sus poros, con los ojos encandilados y las manos extendidas hacia ese césped que era una llamada, mientras los pajaritos estallaban en los árboles con su jolgorio. ¡Oh, Dios!

Llegó hasta el pasto y sacándose los zuecos dejó que el rocío le refrescara los pies. Se derrumbó sobre sus rodillas y, arrancando manojos de césped, empezó a frotarse el cuerpo, alegre de estar viva y libre, sin vendas ni guardianes, de cara al sol.

Restregaba los pastitos sacándoles su jugo. Como salvaje, se llenó la boca de manojos, masticándolos, mezclando su jugo con su jugo, como hembra hambrienta.

Sintiéndose viva. Se lo ratificaba gesto a gesto, acariciando su cuerpo, buscando que su dolor hablase de su libertad, recobrada con la misma sorpresa y sinrazón con la que había extraviado. Una excitación dolorosa la sacudía, haciéndola revolcar sobre la gramilla. Se peinó con los dedos. Se repasó las cejas con saliva. Se tomó de las rodillas con los brazos, acunándose como una recién nacida. En verdad que lo era.

- Mi Abel, mi Abelito, comenzó a recitar en voz alta y plañidera. ¿Dónde estarás? Y ¿cómo estarás?

Volvió a derrumbarse arrancando más pasto, que estrujó entre sus manos y descomponiendo su rostro prorrumpió en llanto.

Con los ojos nublados, entreveía los toboganes pintados de rojo y amarillo y su presencia le resultaba una realidad embaucadora.

Lloraba dándose puñetazos en la boca, entrecortando el llanto a cada golpe, sintiendo las hojitas de césped asomando entre sus dedos. Como un fogonazo, le apareció el recuerdo del Parque Centenario, tal como fue en sus años chicos, con sus juegos rodeados de carteles que avisaban que el General había establecido que los únicos privilegiados eran los niños y los mayores debían cuidarlos.

La próxima...Mejor que no haya una próxima vez, chiquita...

¡Oh, vamos! ¡Esas cosas solo están en tu cabeza loca!

Entre hipidos miraba el parque a la claridad creciente del día, recordando las voces de los hombres, los gritos y las órdenes que restallaban como látigos. Le habían puesto una venda que nunca le quitaron, le dijeron que ahí era Veinticinco y jamás la llamaron por otro nombre.

Tanto escuchó ese número que acabó por incorporarlo, dándose cuenta de que, en las sombras, ella era solamente Veinticinco. Una cifra que se suma y se resta, se la eleva a la potencia, se le extrae la raíz o se la reduce a quebrados. O, en último caso, se la borra.

Dejó a García y regresó a la revista. Repasaba la charla, el tono entre burlón y confidente del otro, y sentía bronca.

- Tendría que haberlo mandado al carajo, murmuró.

Borrarle esa sonrisa. Hacerle sentir que él también era un tipo. Más aún: mejor tipo. Era evidente que García quería que publicara que había capitales dispuestos a comprar hasta la última acción de Papelera, ocultando la explicación del negocio. Sin embargo, no terminaba de entenderlo. ¿Era tan secreto que nadie lo había visto todavía?

Entró en la editorial y se encaminó directamente a la oficina de Cacho. Éste estaba hablando por teléfono y tuvo que aguardar a que se desocupara. Se sentó dando vuelta la silla y ahí quedó, con las manos apoyadas sobre el respaldo, abiertas las piernas.

- ¿Te cuento algo?, ofreció con brusquedad.

- ¿De qué se trata?

- Estuve con Alberto García. ¿Lo ubicás?

- Sí, por supuesto. Todo un capo.

- Escuchá entonces, pidió, contándolos sintéticamente la entrevista.

El Cacho lo miró, rascándose detrás de la oreja con un lápiz.

- Puede ser una flor de primicia, dijo. ¿A vos qué te parece?

- No me convence. Si fuera verdad, no le interesaría que nadie se enterase.

Menos un periodista que no controla

- ¿Y qué propones?

- Que me dejes investigar el asunto. Algo vamos a sacar en limpio, pero habrá que moverse. Liberáme de buscar la información para la nota, así me pongo a trabajar en esto.

Cacho quedó pensándolo.

- Escribirías el artículo sobre el Mercado, de todas formas -avisó.

- En eso no hay problema. Pero que el material lo busquen otros. Quiero tiempo para dedicarme al asunto. Además, tomá, nos puede servir, explicó dándole las fotocopias que García le había facilitado. Son estadísticas de inversión.

Cacho empezó a hojearlas cuando le pasaron una llamada. Se colgó el auricular al oído, sosteniéndolo con el hombro. Sin dejar de estudiar el material, atendió a su esposa.

- Sí, querida, estoy trabajando. Mucho. No. No puedo. Hoy no. Sí. Llámalo. Sí. Chau, un beso. ¡Estas minas! Creen que uno tendría que estar siempre disponible. ¿A vos qué te parece?

Abel se encogió de hombros.

- ¿Qué me preguntás a mí?

- Cierto, reparó el Cacho. Dichoso que no tenés mujer. ¿O ya sí?

- No, sigo igual. Solito.

- ¡Usted es un sabio, Ferrari!, exclamó Cacho. ¡Vaya e investigueme la Papelera! ¡Y no venga con las manos vacías! ¿Estamos?

- Estamos, se alegró Abel, levantándose. Pero no aseguro resultado.

- Confío en tu olfato.

Entró en la cuadra de la redacción. Era un gran ambiente obtenido a demoler tabiques, uniendo dos o tres piezas. Una mesa repleta de teléfonos y máquinas de escribir ocupaba el mayor espacio. El resto estaba destinado a los escritorios de los redactores y, al fondo, una mampara de vidrio demarcaba la cueva de Diagramación.

Abel llegó hasta su escritorio y buscó en el cajón un paquete de cigarrillos. Se sentó y, levantando el auricular, pidió a la operadora que llamara a Fantin.

- ¡Salud, guanaco!, lo saludó aquél. ¿Tenés algo bueno?

- Creo que es carne podrida, avisó Abel. ¿Qué sabes de Papelera?

- ¿A cambio de qué?

- Te cuento lo que me dijo García.

- Sea. En una hora. En el "Bidou".

-¿Para cuándo querés el fotógrafo, campeón?, le gritó Anselmo cuando se iba.

-No lo usaré, viejo. Estoy en otra.

Tomó un taxi y fue a la Bolsa. Ya no llovía, pero el cielo estaba gris. Una sensación de humedad se le filtró en los huesos. Se abandonó en su asiento, mirando por la ventanilla. El chofer hizo dos intentos de trabar conversación, que él desechó. Entró en el edificio de la Bolsa y fue a la biblioteca. Allí, pidió ver el estatuto y los últimos balances de Papelera. Le entregaron una gruesa carpeta y se sentó a estudiarla.

¿Cómo saber qué es lo buscado?, se preguntaba, anotando la fecha de constitución de la empresa, su capital social y otros datos que leyó hasta confirmar que de ellos no iba a sacar nada en limpio.

Comprobó, sin embargo, que el último ejercicio había cerrado hacía tres meses. Le pareció que podía servir el detalle. Pasó a los balances. Las cifras desfilaron ante sus ojos. Es un trabajo para quien lo entienda, murmuró.

Buscó el último balance y descubrió que faltaba, junto a los dos anteriores, que tampoco estaban. Cerró la carpeta y fue hacia el bibliotecario.

- Está incompleta, observó. Faltan los últimos tres balances.

- ¡Imposible! Tienen que estar

- ¿Pueden no haberlos presentado?

- El último puede que no se haya presentado, si todavía no hubo asamblea. Pero los otros dos tienen que haberlos mandado. Es una empresa que cotiza. Por reglamento, la Bolsa las obliga a entregar los balances al cierre de cada ejercicio.

- ¿Y si no lo hacen?

- Nadie deja de enviarlos. Los podrán dibujar, pero los presentan.

- Entonces, ¿dónde están los que faltan?

- No sé. Tendrían que estar.

- ¿Los pueden haber sacado de aquí?

- ¡Hombre! Como poder, se puede. Pero no está permitido.

- ¿Nunca faltó un balance en un legajo?

- Por supuesto que sí. A veces, los inversores los roban. Para estudiarlos en sus casas, ¿sabe? Es una salvajada, pero sucede. Es lo que debe haber pasado. Vuelva en un par de semanas, que estarán repuestos.

- Demasiado tiempo. ¿No pueden haber más copias en la Bolsa?

- Sí. En la Gerencia Técnica los tienen todos.

Subió hasta el segundo piso, donde funcionaba esa Gerencia, un tanto intrigado. Lo detuvo una recepcionista.

- ¿Qué desea?

- Vengo de la biblioteca, explicó. Busqué los últimos balances de una cotizante y no estaban. Me dijeron que ustedes tienen copia. Quisiera verlos.

- Aquí no se atiende al público. No será posible.

- ¿Quién es el gerente?

- El doctor Carrasco, dijo la recepcionista, como si le estuvieran arrancando una confesión.

- ¿Podría verlo?, preguntó Abel, con voz dulce. Dígale que lo busca Ferrari, de la revista de *Tiempo*.

- ¿Es para una entrevista?

- Usted anúncieme. Tengo que pedirle unos datos.

La mujer cuchicheó por un interno mientras lo contemplaba dubitativa.

- El doctor Carrasco pide mil disculpas, pero está muy ocupado, anunció con aire de triunfo. Lo recibirá el subgerente, el señor Otero.

Abel agradeció y se sentó a esperar.

Otero no estaba apurado. Los minutos se diluían mientras la recepcionista le lanzaba rápidas miradas de control .

- ¿No sería tan amable de recordarle al señor Otero que lo estoy aguardando?

La mujer marcó los límites de sus posibilidades.

- Yo sólo atiendo la recepción. Ya está anunciado. Espere.

En eso sonó el interno, y Otero debió indicar que pasara.

- Por esa puerta, le sonrió.

Otero se presentó tendiéndole la mano

- Usted dirá.

- Tengo interés en los balances de una empresa. Los tres últimos. No están en la biblioteca y me dijeron que aquí guardan copia de todos.

- Sí, pero no para consulta del público. Aunque no hay problema en que los vea. Si aguarda un momento, los hacemos traer. ¿De qué empresa se trata?

- Papelera del Sur

Otero tomó el teléfono y Abel se imaginó a la recepcionista atendiendo el llamado desde su escritorio.

- Tráigame los últimos tres balances de Papelera del Sur, Adela.

- ¿Qué le interesa de Papelera?, preguntó Otero mientras esperaban.

- Mi jefe me encargó que averiguara los resultados de los últimos años, explicó Abel, poniendo cara de rutina. No sé para que los querrá

Otero acepto la explicación como buena.

- Está sondando algún rumor sobre esa empresa. Le ruego que no mencione que le hemos proporcionado los datos. Nos interesa estar al margen de cualquier cosa que pase en la rueda.

Quedaron aguardando hasta que sonó el teléfono. Atendió Otero. Estuvo un instante escuchando para concluir con un ¡Está bien!, muchas gracias! Colgó y mirándolo le dijo:

-No le podré dar esa información, señor Ferrari. Tampoco tenemos las copias que usted pide.

-¿Y cómo es que no las tiene?

- Un socio las retiró y todavía no las ha devuelto. Le pido mil disculpas.

- No se preocupe. ¿Es común ese pedido?

- No es habitual, pero tampoco una excepción, dijo Otero. Las pidió por la misma razón que usted. Faltan en la biblioteca.

- Perdone la indiscreción, se excusó. El socio que retiró los balances, ¿quién es?

- No creo que deba decirlo, señaló Otero.
 - A que fue Alberto García, apostó Abel.
 - No sé de dónde lo saca, pero es usted quien lo afirma, no yo.
 - ¿Habrá otras copias en la Bolsa?
 - Vuelva en unos días que las tendremos devueltas. Y completaremos el legajo de la biblioteca. Espero que esto no sea noticia, confió Otero con una sonrisa forzada, despidiéndose.
 - No parece interesante para nadie.
- Pasó junto a la recepcionista y se despidió hasta la próxima.

Abdul Assam se inclina sobre los papeles robados y deletrea las palabras. Los sonidos le traen el recuerdo lejano del padre, quien le enseñó a entender los ruidos restallantes del español.

-Aprende tú, rapaz, ordenaba el viejo Gutiérrez. Que el castellano es el idioma de los machos.

De la memoria volvía la imagen del macho castellano, cansado y de licencia, recostándose sobre las más cansadas espaldas de su madre.

Harto de tragar arenas y fríos del Sahara, Gutiérrez elegía llegar hasta la tienda de esa mujer azul que un día le dio un hijo. Arribaba donde ella, se subía a ella hasta quedar rendido, y a la tardecita tocaba pasodobles y sevillanas en la guitarra. Abdul lo acompañaba batiendo las palmas, fascinado por las historias de guerra y viajes que desgranaba su padre ante el fuego miserable del brasero. El cabo Gutiérrez tejía las urdimbres de sus aventuras mientras limpiaba las armas, o prefería torturarlo con el aprendizaje de su idioma. Así anduvo a través de los años, yendo y viniendo, cada vez más cansado, cada vez más cabo y más Gutiérrez todavía, hasta que una bala lo tendió en el suelo saharauí.

Entonces, mientras Suleiman ronca en la oscuridad, Abdul se inclina sobre los papeles y trata de leer, convocando a su niñez en la empresa. Y lee. Tropezando, lee en el idioma de su padre un fragmento de una guerra o de una aventura:

Veníamos escapando. Resulta difícil expresar lo que eso significa. Aún así, podría relatar cada precaución, cada sobresalto y cada gesto, haciendo la crónica más o menos prolija de lo que implica sentirse con una jauría detrás. Que no tiene forma ni rostro. Que entonces puede tenerlos mil, estar en todos lados sin pasar por ninguno.

No estábamos preparados para hacer de perseguidos. Nos costaba imaginar cómo serían nuestros cazadores. Podrían ser ese taxista y su pasajero discutiendo junto a la vereda, el diarero, aquel hombre sombrío recostado contra la esquina o esa viejita que regresaba de la feria. Lo único cierto era esa conciencia de sabernos presas a cobrar.

Puedo recrearlo casi todo. Aun así, jamás podría darle al recuerdo el tono exacto. Éramos, simplemente, dos tipos con pánico. Lo nuestro se reducía a deambular sin rumbo con el equipaje escaso en un bolso. Aturdidos. Solos.

Veníamos escapando y parecía que desde siempre. Huíamos, apretándonos uno al otro para darnos calor, confianza y un poquito de amparo.

La geografía de los barrios se había convertido en un reservorio de amenazas y de sombras enloquecidas. Un habitante ubicuo nos acompañaba señalándonos el camino. Lo sentíamos en cada sobresalto, en ese mirarnos de reojo para comprobar si seguíamos estando, en los pulsos nerviosos. Lo teníamos adentro y hablaba con nuestras voces. Era el miedo, enquistado en lo más profundo. Lo paseábamos como a un hijo recién parido.

La ciudad se volvió un vaciadero de muerte. La recorríamos pegados a los murallones, descubriendo la basura amontonada en los potreros o en alguna esquina, y nos perdíamos tras el tropecito atorrante de los gatos en busca de un refugio.

Llovía. Llovía constantemente, empapándonos de miedo y garúa. Los colores callejeros se tornaban lúgubres bajo el agua. De los charcos subían olores de humedad, vahos de desesperanza. Veníamos escapando, y parecía un plan de vida.

Escrutábamos cada recoveco con el aliento contenido, al acecho de cualquier amenaza. Sentíamos que la lluvia nos aplastaba y también protegía al permitir mimetizarnos entre paraguas, impermeables y marquesinas chorreantes.

Veíamos rostros herméticos cruzarse con nosotros. Caras grises, gestos tristes. Eran todos extraños. Eran todos ajenos.

Nuestro miedo nos individualizaba. Fugitivos, nos había sacado del anonimato y estábamos allí, lanzados a su reconquista. Éramos solos. Éramos dos.

La gente pasaba a nuestro lado y parecía no vernos. Éramos débiles, pero teníamos la impresión de que nadie podía reparar en tanta fragilidad. Tal vez reflejábamos fortaleza por el hecho de estar juntos.

Marchábamos tristes y no hubo persona que nos sonriera. La amabilidad del mundo parecía haber sido lavada por la lluvia. Como si por las alcantarillas se hubieran ido las risas, el calor y cualquier sentimiento.

Suponíamos que ahí, en esa calle o en cualquier otra, debería haber más fugitivos con el miedo aupado en los hombros, sin ver otra cosa que una promesa de muerte. Escudriñábamos las caras, buscando perseguidos, perseguidores. Teníamos la impresión de que la indiferencia que nos rodeaba era ficticia. Que todos estábamos actuando un mismo drama sin conocer al resto del elenco. Incluso creíamos que nosotros deberíamos estar asustando a más de uno. Teníamos en cuenta que estábamos solos. Éramos dos.

La primera noche fuimos a lo de un conocido de Abel a pedirle refugio. Cuando llegamos a la casa, no salió. En su lugar, apareció su mujer con su bebé en brazos, para decir que no nos podían alojar. Carecían de comodidades, explicó, y el nene no estaba

bien. Cuando cerró la puerta, debió sentir alivio. Como quien ha visto los ojos de un difunto y se desespera por borrar esa mirada.

Seguimos escapando. Hacia cualquier parte. Mejor dicho, hacia ninguna. Esa noche, dormimos en un albergue transitorio.

Nos acostamos exhaustos, escuchando boleros en la penumbra. La ciudad había desaparecido y estábamos en esa pieza, flotando, sin apuro. Dejamos las ropas secándose frente al acondicionador de aire y nos tocamos con la alegría de encontrar al otro hospitalario y entero, bruñido a la luz de los veladores. "Aquí estamos bien", dijo Abel con un bostezo. Nuestros cuerpos descansaban, estábamos juntos y respirando, y era suficiente. "Aquí estamos tranquilos", dijo Abel, abrazándome. Reíamos como chicos, y mezclábamos los dedos en los del otro, los hacíamos caminar sobre los cuerpos como hombrecitos de insólita cabeza, contentos de haber burlado al cansancio y al miedo, aunque fuera por unas horas. Piel con piel y despacio, nos quedamos dormidos unas horas. Piel con piel y despacio, nos quedamos dormidos hasta que el zumbido del teléfono interno avisó que ya era de día.

Seguía lloviendo. Ese segundo día fuimos al departamento de un amigo. Era pequeño, pero cálido, y la lluvia no nos tocaba.

-Tendrán que irse del país, dijo Jorge mientras tendía un mate.

Abel negó con la cabeza. No me quiero ir. Además, no puedo. No tengo plata, contactos ni documentos. Nada.

-No seas ingenuo. Tenés que irte. Como sea.

Una semana estuvimos con Jorge. Al despedirnos, nos abrazó y nos besó las mejillas. Nunca había visto a dos hombres besándose. Me impresionaron.

- ¡Váyanse! Salgan del país.

- No puedo, se lamentaba Abel. No se ni cómo hacerlo. Además, no quiero.

- No seas boludo. Andáte como puedas.

Abel consiguió otra casa. Esa noche me pidió que me fuera lo de mi mamá. "Solo me moveré mejor", dijo.

Tenía los ojos y la boca tironeados por la tensión. Cuando intentaba sonreír, descubría sus dientes apretados. ¡Mi querido Abel! "Andá a lo de tu vieja", insistió. Yo sentía un nudo en la garganta y me estrechaba a su cuerpo, olfateando su olor a sudor y tabaco negro.

- Vayamos juntos, pedí.

- Mañana lo vemos, propuso suavemente. Trataré de conseguir dinero y documentos. Pero ahora, andá a lo de tu vieja. Yo te llamo. Andáte, repitió con un beso. Le hice caso. Seguíamos solos, escapando.

Él se fue hasta una pieza prestada, por Mataderos. Abrió la puerta y atravesó el patio. La casa era un depósito. Cuartos y cuartos repletos de cajones llenos de mercaderías. Le habían dejado una manta y un porrón de ginebra, contó. Se tendió en el piso para conciliar un sueño frágil, mirando de cuando en cuando a través de los vidrios de la ventana con el terror de encontrar sombras que, desde la medianera, se abalanzaban sobre él.

- Me cagué de miedo, confió al día siguiente. Me encogía bajo la manta, intentando borrar la visión de la pared y, sin embargo, esas malditas sombras seguían sobre mí.

Se durmió con ayuda de la ginebra, para despertarse una y otra vez con los aullidos de los gatos, que peleaban su lujuria arañándole los nervios.

“Cuando esto termine”, aventuraba, “¿cómo seremos? ¿Seremos más puros, más sórdidos, más humanos? ¿Perdonaremos y seremos perdonados? ¿Presentaremos la otra mejilla? ¿Seguiremos temblando a la noche al escuchar una sirena? Olvidar, ¿olvidaremos?”

“Cuando esto termine”, decía, “quiero que tengamos un hijo.” ¡Mi querido! Yo no sabía que aquél era el último día. De haberlo supuesto le hubiera prometido ese hijo imposible. Le hubiera tomado, tentando engendrar una descendencia que desgarrara las sombras, aunque fuera por un segundo. Le hubiera contado de nuestro perdón, de la mejilla que presentaríamos, de la memoria y la templanza. ¿Qué cosa no hubiera hecho, de haber sabido que era la última vez? Aquel día yo era más pura y menos resignada. Tenía, todavía, lugar para la inocencia. ¡Pobre Abel! ¡Ladraba contra el infortunio!

“¡A mí! ¿Por qué a mí, querés decirme?”

Yo no podía responderle. Solo deseaba escapar.

Por él seguía. “¡A mí! ¿Por que a mí?”

Seguía lloviendo. Llovió muchísimo aquel agosto del 76´. Quien lo vivió o lo murió como nosotros, debe acordarse.

Se dirigió hacia el Bidou por la Avenida de Mayo. Seguía garuando, y de inmediato estableció la relación con sus papeles robados. También llovía en la historia, y era un agosto como hoy, en esta misma ciudad.

Llovía en los papeles, mientras ellos escapaban y también ahora, en que iba al encuentro de Fantin. ¿Cuántas veces llovieron los agostos sobre la ciudad? ¿Cuántas veces las nubes pobladas de fantasmas - al decir de Vicki - largaron su carga sobre estas piedras? Miró el cielo y lo vio cubierto, cerrado a todo lo que no fuera la mirada que su sobrina le echó antes de cruzar el océano.

En esa última visión, seguramente fugaz, la piba pudo ver lo que él no. Vio o intuyó, ¿quién podría afirmarlo? Con sus ojos de costurera de muñecas, descubrió que las cosas cotidianas pueden encerrar realidades distintas. ¿Son más reales los fantasmas que las nubes que los contienen? ¿O viceversa? ¿Es más real la saga de Abel Montaña Rosa que la travesía del otro Abel, el Ferrari, por la Avenida de Mayo, los dos bajo la garúa que humedece tanto el miedo como el tedio?

La avenida es sólida. Alberga edificios de estilo y otros no tanto. Sin embargo, para él había una ausencia en la calle. Un agujero por donde había escapado una parte sustancial de la realidad. Un hueco por donde se había filtrado la muñeca que le robaron, o los balances que no estaban, o los zapatos de Abel Rosenberg.

Las respuestas debían estar en las nubes que sobrevolaban la ciudad. Y quizás muchas de ellas eran terribles. Espejos de las preguntas. Mi rostro bajo la nube, ¿cómo luce sobre ella? ¿Será acaso lo mismo? Y siendo el mismo, ¿será igual?

Pasó antes un solar derruido. Muñones de pared, escombros, perfiles de hierro a la intemperie. Trozos. Allí había funcionado un centro de cómputos bancarios, que el fuego devoró comiéndose un teatro lindero. Nadie pudo o quiso explicar el porqué del incendio, pero quedó su señal en el lote vacío, como una cesura solo explicable desde las nubes.

- Fue una bomba, le contó García. La colocaron para que borrara los registros bancarios. Cosa de peces gordos. No conviene meterse.

Él lo miro sorprendido

- ¿Quién pensó en meterse?

García había sonreído

- Te aviso, nada más. Podrías tentarte. No me gustaría que te dañaras.

- ¿Usted tuvo que ver en el asunto?

- Juro que no. Ni quisiera. Son peleas que se dan demasiado arriba. No es saludable asomarse ni por error.

- ¿Valía la pena poner una bomba para borrar un archivo?

- Parecería que sí, ya que se la pusieron, dijo García encogiéndose de hombros. Sostener una posición de poder siempre vale la pena. Acordáte de eso.

- Murió un tipo en el incendio

- Podrían haber muerto mil, que no cambia la cosa.

- ¿De veras cree que no la cambia?

- En el fondo, nada. La hace más espectacular.

- ¿Pondría usted una bomba para conservar la manija?

- ¿Vos lo pondrías?

- Yo no. Jamás.

- Porque nunca la tuviste, Ferrari. Por eso estás tan seguro.

Entonces, allí estaba el solar destruido a la vista de todos, que ya habían olvidado el fuego que lo parió con estruendo. Una ausencia en la calle. El agujero intuido, por donde escapa una parte de la realidad ascendiendo hasta las nubes. Vicki lo había visto y previsto.

Quizás por eso ella descartaba el retorno. Nadie vuelve al desierto ni al infierno. O sí, ¿Quién puede saberlo? Se regresa tanto como se va, del vacío a lo lleno, de la plenitud a la ausencia. ¿Quién lo sabe? Cuando Anselmo Belloni regresó al periodismo, después de años de hospicio y psiquiatras, se habían asombrado. *¡No puede ser!*, exclamaron. *¡Belloni, el loquito trompeador!* El mismo. Más sedado, más viejo. Quizás más sabio o menos inocente. *Alguien dijo una vez que la vida es un destino que hay que cumplir, muchachos, señaló al instalarse en su escritorio. Yo vengo a seguir con el mío. No sé hacer otra cosa.*

La frase era impactante, y el tono de confidencia. Armado de una frase ajena, regresó entonces al vacío. Desde otro anterior. O quizás conoció los bordes de su mundo y se habituó a sus fronteras. Nadie sabe si con odio o alegría, pero Belloni volvió.

- A todos se nos da un margen de elección, había indicado García en uno de sus encuentros. Yo elegí ser lo que represento. Incluso, hasta cuando lo ignoraba. Simplemente hacía. Pero los haceres no son inocentes, Abel. Anudan una trama. Cuando te das cuenta de que existe, te gusta. Lo reconocés. Partes tuyas. Mi cuenta bancaria es un elemento de mi personalidad. Si ella engorda, yo también. Así sea de placer.

- Es un pensamiento de mierda. ¿Cómo puede ponerse contento sólo por tener más dinero?

- Teniéndolo. Porque el dinero es mucho más que riqueza. Es poder. Y a todos nos gusta. También a vos. Lo que pasa es que te resulta difícil juntarlo. Entonces, elegís la pureza. Desde ahí, te creés fuerte. Como yo con mi plata. En el fondo, es lo mismo. La diferencia está en que yo me jugué para conseguirlo, mientras que vos no arriesgás nada. Yo tengo más bolas que vos, Ferrari. Ésa es la verdad.

- Lo que llama tener bolas para mí significa no tener escrúpulos.

- ¡Es cierto!, se regocijó García. ¡Por una sola vez, te salió bien! Mirá, para lograr los objetivos se necesita coraje. Hasta para ser un hijo de puta hay que tener huevos. Yo los tengo.

- Eso es falso. Su pensamiento está armado para hacerle olvidar sus canalladas con el lustre de la plata. No es coraje ni virtud. Lo suyo es basura brillante, Alberto.

- Así será. Pero la tuya ni siquiera brilla.

Entró en el Bidou y descubrió a Fantin leyendo una revista. Se sentó junto a él, iniciando una conversación morosa.

- García recomendó que compre acciones de Papelera del Sur. Dijo que será un gran negocio. Que están baratas. ¿Vos qué creés?

- Baratas, están baratas. Pero no sé si valen mucho. Habría que estudiar los balances.

- Hoy es imposible. En la biblioteca de la Bolsa no están. Tampoco en su Gerencia Técnica. Se los llevaron.

- ¡¿Cómo?! , se asombró el otro.

- Lo que oís. No están en la Bolsa. Los sacaron.

- ¡Qué raro!

- Muy raro, coincidió Abel. Ahora, decíme qué sabés de Papelera.

- Lo que cualquiera, dijo Fantin. Es una empresa grande. Muchos contactos. Buenos activos. Varias plantas. Tiene mucho y debe más. La controla un grupo ligado a las finanzas. Desde hace unos años atrás que viene con problemas. El presidente se llama Aguirre Nágera, un cajetilla. ¿Qué más te puedo contar? Su acción es de las que mueven el mercado.

- No entiendo, confesó Abel. Hay algún dato que falta. No sirve de mucho lo que trajiste, Fantin.

- No creas que con lo que me contás hago una tapa. ¿Qué te resulta raro?

- García aseguró que estaba ante un negocio increíble. Incluso llegó a pedir que publique el rumor. Cuando le pregunté si eso no se lo arruinaría, dijo que un alza consolidaría la acción y había tanto para ganar con ella que podían entrar todos.

- ¿Si?, se animó Fantin. ¡Flaco, ese es un buen dato!

Abel hizo una mueca.

- No. Si García pide que lo publique, es posible que sea perro.

- ¿Otras veces te pasó?

- No, García sabe que nunca le publicaré un chivo.

Se quedaron absortos.

- Yo creo que el dato es bueno, concluyó Fantin. Con tu permiso, me lo llevo.

- Hacé lo que quieras. No sé por qué se te ocurre que vale.

- Muy simple, explicó el otro mientras pagaba las cafés. García te dio el dato sabiendo que no lo ibas a usar. Conoce qué clase de gil sos.

- Es una idea, dijo Abel blandamente.

Se quedó en el bar, mirando la calle desde el ventanal. Recordó que en unos días vencía el alquiler del departamento, y eso lo incomodó. Se dejó estar un largo rato, hasta que decidió ir a su casa. Una cuadra antes, compró un paquete de hamburguesas.

Cuando abrió la puerta, un áspero olor a tabaco frió le hizo saber que no había ventilado. Sin sacarse el saco, fue abriendo las ventanas mientras rociaba el ambiente con desodorante. El tufo disminuyó. Encendió la radio y se dirigió a la cocina. Estaba allí cuando sonó el teléfono.

- ¡Por fin te encuentro!, se alivió el Cacho. Te estoy buscando desde hace una hora. Llamó García y pidió que le hables urgente. Dejó su tubo. ¿Sabes de qué se trata?

- No. Ni me lo imagino, se sorprendió Abel. Dame el número.

- Estás sobre algo bueno, dijo el Cacho con una risita, mientras iba dictando. Metéle para adelante.

Metéle para adelante. Se quedó con la frase mientras volvía a la cocina. Las hamburguesas estaban listas. Lavó un tomate, se sentó a la mesa y comió preguntándose que hacer. Finalmente llamó.

- Estás armando despelote, Ferrari, lo retó García. ¿A qué fuiste a la Bolsa?

- ¿Me está haciendo seguir?

- No lo necesito. Tengo gente que me informa sin que se lo pida. ¿Qué hacés esta noche?

- Dormiré.

- ¿Por qué no venís a casa y charlamos?

- ¿Sobre?

- Sobre Papelera. Necesitara que aclarásemos algunas cosas. ¿Te espero?

- ¿Adónde es?

La dirección correspondía a un edificio de entrada lujosa y guardia permanente. García le abrió a través del portero eléctrico. Ingresó a un hall de espejos. Una mezcla de

sereno y policía lo miró como para recordar su cara. Entró en el ascensor sintiendo los ojos del otro en su nuca. García lo esperaba en su palier privado. Serio.

- Me está haciendo trabajar horas extras, Alberto.

- Nos estoy cuidando, eso es todo.

Atravesaron un living amplio hasta un pequeño estudio de paredes cubiertas de madera. García ofreció asiento, indicándole un sillón.

- Ponéte cómodo. ¿Tomás algo?

- Lo que usted. ¿Qué pasa? Es la primera vez que llama a la redacción.

- Al mismo infierno te hubiera telefonado, dijo el otro. Mirá, no quiero entretenerte, Abel. Necesito que dejes quieto lo de Papelera. Olvidáte de lo que hablamos.

- ¿Y por qué este cambio?

El otro dio un largo trago y, dejando su vaso sobre la mesa ratona, lo miró fijo.

- A veces meto la pata. Hablo mucho y al pedo. Quizá porque me divierte escandalizar. Me encontraste en un momento de euforia y hablé cosas que no tienen que saberse. Esa información en tus manos, es tan peligrosa como una ametralladora en poder de un mono. Me equivoqué y necesito que pares. No sé qué estás haciendo, pero pusiste nerviosa a cierta gente. Haceme el favor y dejá todo como está.

-¿Otero le informó?

- No sé quién habló. Me enteré indirectamente. Olvidáte del asunto. Lo que sigue en pie es nuestro trato.

- ¿Trato? ¿Qué trato?

- El de la compra de acciones a tu nombre. Lo mantengo. Incluso duplico la cantidad. Pero dejá todo tranquilo. No hablés con nadie más del asunto.

- Eso no es un trato. Es un soborno.

- Me cago en lo que te parezca. No juegues con fuego.

- No me puede pedir eso. Si tengo un dato, debo seguirlo.

- No digas tonterías. Podés o no. Dejálo, que nos conviene.

- Creo que ya es tarde. Se lo vendí a mi jefe. Quiere que profundice.

- Le decís que es un bluff. Parálo.

- ¿Y si no puedo?

García aspiró hondo. Abel pudo escuchar el aire entrándole en los pulmones.

- Lo importante es que quieras hacerlo.

- ¿Y si no quiero?

- ¿Por qué no habrías de querer?, se asombró García. Si te da lo mismo, hombre. ¿De qué la vas?

- Me da y no me da igual, dijo Abel.

Lo suyo fue un murmullo. Veía al otro incómodo en la intimidad de su casa, ofreciéndole su whisky y su sillón, intentando ganarse un favor. ¿Dónde estaba aquel poder del que se ufanó? ¿Su capacidad de comprar todo? Se lo notaba ansioso, apesadumbrado.

- ¿Y por qué no te daría igual?, preguntó García.

- Porque no me gusta ser forro de nadie, Alberto. Lo hemos hablado otras veces, y siempre descartó mis pruritos. Pero existen. No tengo compromisos que respetar. Si me dio vía libre con una información, no me la puede sacar tan fácil.

- Hacerlo por nuestra amistad, entonces, protestó García. Por nuestra relación. Si seguís, me vas a complicar la vida.

- No lo creo. Usted es demasiado rico y poderoso para que un periodista de tercera se la complique. Déme otra razón más valedera. Tal vez así lo acepte.

- Tengo compromisos, suspiró García. Muchos. Y vos no sos confiable. Te movés sin objetivos. Por tu inconciencia, podés arruinar un negocio de millones. Son buenos argumentos, ¿no te parece? Si seguís, pondrás loquitos a los que me acompañan. Hay mucha plata de por medio como para que se queden tranquilos mientras jugás al detective. Pará, entonces. Quedáte quieto. Esto es demasiado grande para dejarlo en manos de amateurs. No lo tolerarán.

- Tendrán que aguantarse, decidió Abel. No voy a parar. Lo siento por usted, créamelo. Pero éstas fueron nuestras reglas. Usted las fijó, no yo. Ahora no las puede cambiar.

- No te metas con lo que no conocés, Abel. Te van a romper el culo.

- Trataré de evitar que me suceda eso.

- Me podés perjudicar si lo hacés.

- Ése fue su riesgo, indicó Abel cada vez más entusiasmado. Se equivocó conmigo, reconózcalo.

- Hacés de esto una cuestión de principios o de amor propio. Si fueras vivo, abandonarías. Pensálo esta noche, pidió mientras lo acompañaba a la salida. Cualquier cosa, avisáme. Todavía estamos a tiempo. No te rifes. Podemos ayudarte muchísimo si das una mano.

- Está decidido.

- Si es así, que Dios te proteja, Ferrari. Lo vas a necesitar.

Salió a la calle, entre eufórico y asustado. García lo había mirado con tristeza.

- Pensalo, insistió antes de cerrar la puerta.

Haré un farol para esta mujer que escapa, musitó Abdul Assam restregándose los ojos. Haré un farol como los que se usan en la Fiesta de la Cera, en Saléh. Para que le alumbre el camino y le dé la buenaventura. Un farol de cera que se derrita con el fulgor de su luz. Que le traiga la protección de Sidi Abdallah ben Assun, santo patrón de corsarios y bajeles. Eso hubiera necesitado la hembra en fuga: un bajel que ponga proa a Tánger, llevándola hasta una amarra segura.

Dejó los papeles sobre la mesa y puso una pava al fuego. Mientras aguardaba el hervor del agua, se acercó Suleiman, bostezando.

- Podrías dejar dormir a los creyentes, reprochó. ¿Qué estas haciendo?
- Té a la menta con piñones.
- Me place, se regocijó el viejo. ¿Qué hiciste con esos papeles?
- Trato de leerlos. Cuentan una historia
- ¿Y valdrán algo?
- No en moneda. Pero me atrae.

Curiosidad. No existe otra explicación. Curiosidad por saber cómo se persigue y se es perseguido en otro mundo, en distinta lengua. ¿Suenan diferentes los gritos? El dolor ¿necesita ser traducido? ¿O es siempre el mismo para todos, simplemente dolor, dolor a secas?

- La muerte siempre es igual, murmuró Abdul. Todos la temen aunque se la respete distinto. Es malo el dolor en cualquier lugar del cuerpo o del mundo, y el miedo huele hediondo en todas partes. Y siempre, siempre, hay alguien que pregunta por los muertos.

Con el cabo Gutiérrez no había sido de otra manera. Su madre había recibido la noticia impasible. Agradeció al mensajero y se internó en la tienda para cambiarse la ropa, poniéndose una fouta de rayas negras.

- ¿Cómo murió?, preguntaron algunos.
- ¿Qué decir, entonces? Una bala lo tumbó sobre el Sahara y allí quedó, con los brazos en cruz y maldiciendo al cielo.

- Quedamos nosotros, para quienes el cabo Gutiérrez sólo era una visita, un aparecido de temporadas, recordó Abdul. Era natural pensar que podía seguir vivo cuando ya estaba muerto. ¿En qué cambiaban los días? Sólo los del cabo variaban. Y quizá los de sus compañeros de guerra. Nada más. El sol seguía brotando como siempre, calentando la

tierra de Casablanca y el Magreb. La única diferencia estaba en el saber que el cabo Gutiérrez ya no marchaba por el Sahara con la Legión Española. Era un dato, un murmullo.

- Paz a los muertos, dijo la madre. Que Sidi Abdallah lo proteja. En el fondo, el cabo Gutiérrez también era un corsario.

Y ahora, de esos papeles sacados de una valija sin nombre ni destino venía una canción de muertos y dolores. Pero nada cambiaba, y el sol seguirá calentando la tierra de Casablanca y el Magreb.

Abdul retoma la lectura. Tiene la idea de que reinicia el texto por cualquier parte:

Ella se removía nerviosa. La plaza le pareció un desierto donde los únicos seres vivos eran ella, las palomas y el hombre que se aproximaba. Oía los ruidos amortiguados. Miró al gordo, comenzando a distinguir sus rasgos transpirados, sus pequeños ojos. El avanzó con pasos rápidos hasta detenerse ante ella. Pese al calor, mantenía un aspecto pulcro.

- Necesito que hablemos, anunció. Es importante

Ella lo observaba, sorprendida de su propia tranquilidad. Como si la plaza la defendiera.

- ¿Usted quién es?

- Natalio Rosenberg. El padre de Abel. ¿Recuerda, Cristina?

Tenía un aire compungido. Transpiraba, achicharrado por el sol que hervía su espalda enfundada en poliéster.

- Oí de usted, señor Rosenberg. Y me acuerdo de Abel.

- Quisiera hablarle.

- ¿De qué?

- De Abel.

- ¿Para qué?

- Lo estoy buscando.

- Se acordó tarde.

- ¡Por favor! ¡Nunca lo es!

- A veces sí, afirmó ella mirando el reloj. Como ahora, por ejemplo. Debo volver al trabajo.

El hombre se acercó con un gesto manso.

- Estoy buscando a Abel, repitió. Quiero saber que le pasó. Quisiera que me cuente lo que sepa.

- Después de tantos años, murmuró ella. Después de tanta ausencia, ¿ahora le interesa?

- Tengo derecho, protestó el gordo. Creo que tengo derecho, ¿no?

- *No lo sé, confesó ella. Debo irme, en serio. Se me hace tarde.*

- *¿Y cuándo podría?*

- *Estése aquí a las seis.*

- *¿Vendrá?, preguntó él con una mueca ansiosa.*

- *Casi seguro. No es necesario que me acompañe, avisó despidiéndose.*

El hombre se quedó bajo el sol, mirándola irse. Sacó el pañuelo del bolsillo para secarse el sudor.

A las seis de la tarde seguía en el mismo lugar. Como si no se hubiera movido.

- *Gracias por venir, la saludó con una sonrisa.*

Ella se dirigió a un banco, sentándose.

- *Estuve toda la tarde preguntándome para qué esto - le confió.*

El hombre pareció sorprendido.

- *No tiene sentido, Rosenberg. No va a conseguir nada más que lastimarse. Deje las cosas como están.*

- *No, la interrumpió. Tengo derechos, ¿no cree?*

Discutamos eso, Rosenberg. Hagamos aquí un mano a mano y polemiquemos. ¿Quién tiene derechos sobre Abel? ¿Y quien de nosotros tiene más derechos sobre Abel? ¿Quién está mejor habilitado para ser custodio de su recuerdo?

Discutamos. Tal vez lleguemos a pelear. En el fragor de las palabras y de sus heridas, lo tendremos entre nosotros una vez más.

Discutamos. Será mirarse en un espejo. Será buscar el rescate de la propia inocencia y salvarse. Vamos, Rosenberg, ¿eh?

Pero no abrió la boca y lo miró.

- *Soy su padre, recordó para volver a callar.*

Permanecieron ensimismados, uno junto al otro.

Será mirarse en un espejo, pensó ella-. Será buscar el rescate de la inocencia y salvarse.

- *¿Qué pasó con Abel?, preguntó Rosenberg.*

Habrán llegado de madrugada a la casa en dos coches, taponando las salidas, todos los escapes. Habrán derrumbado la puerta o quizá tocaron el timbre. Lo habrán sacado desnudo, a trompadas y empujones, o primero lo dejaron vestir. Lo habrán arreado a culatazos en la cabeza y en los riñones o lo arrastraron de los pelos. Lo habrán vendado o le pusieron una capucha. Le habrán dado electricidad en los genitales o le quemaron la piel con cigarrillos. Lo habrán matado de un tiro en la nuca o lo tuvieron engrillado en un sótano sin luz. Lo habrán...

- *No sé que pasó, musitó ella. Estaba solo cuando se lo llevaron.*

- *¿Usted dónde estaba?*

- *¿Y qué le importa? ¡Déjeme en paz! ¡Déjelo en paz!*

- *Abel está muerto, ¿no?, interrogó Rosenberg con suavidad.*

Ella se fue encogiéndose lentamente como papel al fuego.

- *No lo sé, dijo. Puedo suponerlo, pero no lo sé.*

Aun hoy, pasados los años, me sigo sobresaltando en cualquiera calle. Espío las caras y los ojos de la gente con la ilusión de encontrarlo. Me parece verlo en mil momentos que se desvanecen como espejismos. Camino buscando un fantasma para secuestrárselo a la muerte. Para que descansa. En la paz de los vivos o en la de los muertos. Ninguna de ellas existe. Pero exploro a mí alrededor para darle alguna.

- *Está muerto, afirmó Rosenberg, carraspeando. Cuando llegué, me dijeron que lo habían secuestrado en plena calle. Que lo habían metido en el baúl de un coche, a la vista de todos. Sentía que cada dato me aproximaba a él, susurró Rosenberg, jugando con el pedregullo. Cada nuevo informe, era un paso más. Me iba acercando a mi hijo, a lo que fue, corrigió. Y cuando no quedaban más pistas ni antecedentes por revistar, cuando ya creí haberlo encontrado, resultó ser otro Abel. Otro muerto. Entonces, estoy empezando la búsqueda de nuevo, confió con una mueca resignada.*

Rosenberg tenía un puñado de pedregullo en la mano. Tiraba las piedritas rojas que se perdían en el suelo con un chasquido, como gotas quebradas. Caían una a una junto a sus zapatos, como si estuviera desangrándose o despiedrándose en medio de la plaza.

- *Abel estaba escondido en una casa prestada. Por Mataderos, murmuró ella.*

- *¿Por qué usted no estaba con él? ¿dónde estaba?*

- *No es cosa suya.*

- *Desde que llegué al país he visto infinidad de personas, murmuró el hombre. Y en todos los casos, más allá de lo que me dijeron, no encontré nadie que no tuviera un motivo para callar, sacudió la cabeza como ahuyentando una pena. Tengo la impresión de que hablamos más con los silencios.*

- *Después que Abel consiguió esa casa, nos separamos. Yo fui a lo de mi madre.*

- *Mejor te vas, había dicho él, acariciándole una mejilla. Estarás más segura. Ellos no te ubican.*

Había protestado. No. Tenés que obligarme a dejarte. Forzarme. Tenés que liberarme de culpa.

- *Te vas a lo de tu vieja, repitió Abel con voz cansada. Esperarás a que me ponga en contacto. Estando solo, podré moverme mejor.*

En aquel momento, casi la había convencido. Se dieron un beso y muchas recomendaciones. Cuidáte. Cuidáte mucho, se dijeron, le dijo Abel. Mirá que sos lo único que tengo.

Lo vio bajo la llovizna dándose vuelta para tirarle un beso. Sentía el agua mojándole el pelo y veía a Abel camino a su refugio. Se iba para mi angustia. Se iba para mi alivio. Se iba para mi terror.

-Lo encontraron pronto, observó Rosenberg.

Ella le echó un vistazo y tuvo bronca.

-Usted también es responsable de esa rapidez, mordió. Estaba en Dallas, ¿no?, preocupándose por su mujer y sus hijos americanos, metido en sus negocios, ¿no? ¿Qué sucedió para que volviera? ¿Crecieron sus chicos yankis? ¿Se divorció de su blondi? ¿Por qué le interesa ahora el destino de su hijo subdesarrollado?

Rosenberg la encaró furioso. Era extraño verlo enojado. Parecía ser una novedad hasta para él mismo.

-¿Por qué dice esas cosas? ¿Por qué insiste con eso?, gritó. ¡Yo estaba haciendo mi vida, como Abel la suya! ¡Guarde sus reproches! ¡Déjeme tranquilo!

Será mirarse en un espejo. Será buscar el rescate de la inocencia y salvarse.

- Usted quiso saber, puntualizó ella. Su lejanía, su desinterés, es parte de esta historia. Las pocas alternativas que tuvo Abel es en parte, resultado de su manera de haber hecho su vida en Norteamérica.

- Pues obvie sus opiniones, se irritó Rosenberg. No pedí que me juzgue ni que fuera mi memoria. No es quién para hacerlo,

Volvieron al silencio. Un pelotón de granaderos venía desde la Casa de Gobierno en dirección al mástil donde ondeaba la bandera. Redoblando el paso, los sables a los costados, marchaban lentamente.

- ¿Cómo ubicaron la casa?

Ella contemplaba a los soldados, abstraída.

- ¿No me escuchó?

Mama abrió la puerta, sobresaltada por los timbrazos y las voces. Ellos la empujaron a un lado, poniéndola cara a la pared, mientras dos entraban al dormitorio agitando sus armas. Revolvieron todo. Abrieron los placares y tiraron al piso su contenido. Vaciaron cajones y bolsillo, desfondaron muebles, rasgaron cuadros. Uno de ellos iba seleccionado las cosas de valor, que guardaba en bolsos. Nosotras estábamos en un rincón, cubiertas por una metralleta.

- ¿Dónde está Abel Rosenberg?

- No sé. No sé nada.

- ¡Ah! ¡Ya te vas a acordar de dónde está!

Dijeron que me vistiera. Me pusieron una venda y me sacaron de casa, junto al bolso, la radio y el televisor de mamá. Más tarde, supe que habían tapado las mirillas de los vecinos con cinta aisladora. Bloquearon al ascensor y no dejaron asomar a nadie. A empujones me llevaron a algún lado.

- ¿Dónde está ese hijo de puta?, me preguntaron entre cachetada y cachetada.

La mano que golpeaba era grande. La voz era dura. La mano tenía ritmo y experiencia. La voz era monótona.

-No me obligues a más, pedía con tono fatigado. Sos joven y linda. Podrías tener la vida por delante, chiquita. Mirá que te puedo hacer más daño, chiquita, dijo la voz cuando se convirtió en puño. Vos sabés. Mejor decílo. La voz se crispa con la mano que me golpea la cabeza. ¡Tenés que decírmelo, turra! ¡Mejor que lo digas!

No se cuanto tiempo pasó. Después de los golpes, vino la electricidad. Y después el silencio. El tipo jadeaba del esfuerzo. A veces, se acercaba tanto que podía sentir su aliento pesado, el olor a su transpiración. A ciegas, entre los pinchazos y palpitaciones de mi cuerpo, escuchaba sus bufidos y el manipuleo de elementos ignorados. Pendiente en hallar los significados de los sonidos, descubrí que más terrible que el dolor es el terror a sentirlo. Se fue y cerró la puerta, dejándome sola.

Regresó al rato y, abriéndome la boca con violencia, me introdujo algo frío y metálico hasta que me dieron arcadas y el miedo se tornó pánico.

-Es una pistola, avisó mientras sostenía mi cabeza de los pelos. Estoy cansado, chiquita. Hoy trabajé mucho, así que vamos a terminar rápido. Cuento hasta tres. Si cuando llego al tres no decís dónde se esconde ese hijo de puta, te mato. ¿Está claro? Uno. Dos... y...

- No me escucha, acusó Rosenberg.

Los granaderos estaban formando cuadro de honor a la bandera que arribaban al son de la retreta.

- He oído, murmuró ella. ¿Quiere saber cómo supieron dónde estaba Abel? ¿De veras cree que ese dato le puede servir?

- ¡Sí, sí!, apuró él. ¿Cómo fue? ¿Cómo supieron?

- A Abel lo delataron.

-¿¡Quién!? ¿Quién fue, Cristina?

Veía al hombre inclinado para no perder detalle. Jadeaba y tenía la frente cubierta de sudor. Ella lo miraba pero no lo advertía. Oía pero no escuchaba. El otro sobre ella, insistiendo.

- ¡Hablá! ¡Será mejor que hables!

No. No es así. Rosenberg está sobre ella, pero urge distinto. Por lo menos, las palabras son otras. El otro y Rosenberg tenían prisa. Los dos estaban cansados y olían a transpiración.

- ¿Quién fue? ¡Dígame quién fue!

Será mirarse en un espejo. Será buscar el rescate de la inocencia y salvarse.

- No le servirá de mucho, avisó, sonándose con un pañuelito. Sólo conozco su seudónimo.

- ¡Quién!, gritaba Rosenberg, sacudiéndola por los hombros. ¡Dígamelo, vamos! ¡Nombre o seudónimo, debo saberlo!

- ¡Suélteme!, ordenó ella con brusquedad. ¡Saque esas manos de encima mío!

Él obedeció.

- Perdóneme. ¿Cómo es el seudónimo?

- ¿De qué le servirá saberlo?

- Para buscarlo. Para que pague.

- Eso no traerá de vuelta a Abel.

- No, suspiró Rosenberg. Pero quedaré más tranquilo. Será una manera de hacer algo. ¿No cree?

Ella se apartó.

- ¡Siempre pensado en usted, Rosenberg! ¿Qué busca? ¿Quedar limpio a cualquier precio? Me da pena, confió. Para usted, su hijo es un pretexto. Vivo, torturado o muerto. ¡Qué le importa! Lo que le preocupa es dormir tranquilo.

- No es cierto. Y si lo fuera, no es cosa suya. Quiero el nombre, dijo con una urgencia que podía ser amenazante. ¡El nombre, vamos!

¿Será mirarse en un espejo? ¿Será buscar el rescate de la inocencia y salvarse?

Ella ríe con amargura. No le servirá, Rosenberg.

- El nombre. ¡Vamos! El nombre.

- Es sólo un seudónimo, le recordó. ¡Ande! Búsquelo y vacíe su culpa en un alcahuete. Eso no devolverá a Abel. ¡Vamos!, desafió. ¿Sabe cómo llamaban al delator? ¡Veinticinco!, gritó. ¡Encuéntrelo! Él lo entregó. Mátelo y no se preocupe más por su hijo. Tampoco se pregunte por qué lo secuestraron ni lo que usted hizo de él. Ya tiene a su culpable y puede seguir su siesta. ¡Busque a Veinticinco! ¡Quiébrelo! ¡Rómpalo! Es su presa. ¡Vaya tras ella!

- Tenga la seguridad de que lo haré, auguró Rosenberg con voz oscura. Aunque me lleve un siglo.

Ella había quedado mirándolo con la respiración alborotada. Algo debió pasarle, porque una máscara desesperada le cubrió el rostro, dándole una expresión de furia que hizo titubear al hombre. Achicó los ojos, y pareció que tomaba impulso hacia delante.

-¡Hijo de puta!, estalló golpeándole el pecho. ¡Hijo de puta!

Los granaderos giraron en media vuelta. El del centro portaba la bandera plegada entre sus brazos. Se oyó una voz de mando, y las tercias comenzaron el regreso, redoblando el paso.

-Siempre hay alguien que pregunta por los muertos, suspiró Abdul Assam dando vuelta la carilla

-Entonces, hablemos de la muerte, propuso Abel.

-Es demasiado tétrico. Si querés, hablemos de la vida. De proyectos.

-Son temas abstractos. Ninguno tiene sentido. Mejor, dejémoslo.

-Porque te llevé la contra, ¿no? Si te hubiera seguido la corriente, estaríamos paseando por los cementerios.

-Juro que no, rió Abel, alzando su palma.

-No te creo...Además, ¿qué sabes de la muerte que no sean palabras? Yo te podría contar... , comenzó ella, interrumpiéndose con un suspiro.

- ¿Qué?

Se había puesto seria y una sombra le cubrió la cara. Negó con la cabeza y la giró hacia la ventana.

- No hablemos de nada, pidió. Ni que de la muerte ni de proyectos... Son cosas que no existen sin dolor.

La voz se le había enronquecido. Abel pasó su mano por encima de la mesa y la tomó de brazo.

- ¿Qué te pasa? ¿Te sentís mal?

- Pésimo. Sin quererlo, me enganché con cosas viejas.

Él no supo como seguir. Le presionó el brazo suavemente y le miró la cara, buscando una señal.

-Me pasa que he recordado, se justificó ella con una sonrisa triste. Después de un montón de tiempo, he recordado un dolor, que tiene que ver con los proyectos y con la muerte... Eso es todo.

- ¿Querés contarme?

Ella se sirvió un poco de vino. Levantó la copa, mirándola al trasluz, y la acercó mojándose los labios en borgoña. Quedó un instante viendo como el vino se aquietaba y, levantando la cabeza, le clavó los ojos.

- Hace un año, más o menos, quedé embarazada...No seguí adelante...No pude.

- ¿Por qué?

- Hay proyectos que necesitan de los otros. Éste era de esos. Cacho no quiso tenerlo... Y bueno, pues no lo tuve.

- ¿Vos querías?

Se lo preguntó en un susurro, y ella asintió con la cabeza.

- Durante tres meses anduve con él adentro. Dudaba entre mi hijo y Cacho. Finalmente, decidimos abortarlo. Yo no quería, pero tampoco podía seguir adelante con un embarazo sin pareja. Fue una cagada.

-¿Por qué?

- Tendría que haberlo peleado más. Debí defender mis ganas en vez de engancharme en las de Cacho. No salvé nada con eso. Al contrario, ahora es peor. No tengo a ninguno de los dos.

Una mañana cualquiera, Cacho me llevó a una casa donde nos atendió un medico viejo, canchero hasta la grosería. Le dio el dinero y entré al consultorio como una autómatas. Cuando salí, tuve la sensación de lo irreparable. Él me dejó la casa y se fue a trabajar, a lo suyo. A partir de allí, algo se perdió entre nosotros. Y aunque nadie lo mencione, ese bebé sigue interponiéndose. ¿Para qué lo sacrificamos? Creo que para nada. Quedé con un sentimiento de muerte, que cuando aparece me hace sentir como el culo.

Vació la copa de un trago y se la tendió para que la llenara.

- ¿Qué ganó o qué ganamos? Sólo lastimaduras. No era la primera vez que nos pasaba. Lo diferente fue que yo quería seguir adelante y él no. Y su negativa se debió a que no tenía ni tiene espacio para nadie que no sea él y sus cosas. ¿Cómo iba a entrar un bebé, o mis ganas...? Creo que por eso apareciste vos, y por lo mismo, también, me da bronca que tus proyectos se hagan mierda. Me recordás mis impotencias. Siempre habrá una frase para justificarlas, pero lo que perdura es el dolor.

Permanecieron en silencio un largo rato, y Abel se removió en su silla.

- No sé qué decir, murmuró. Hasta me avergüenza haberte hecho recordar lo que te pasó.

- La memoria duele, pero trae algo.

- A veces, sólo dolor. Como ahora, puntualizó Abel.

- Supongo que eso pasa en las vísperas, dijo ella, aligerando el tono. Esta situación no será eterna.

- ¿Qué situación?

- La mía, bobo. No te asustes, que no es con vos la cosa.

Él prefirió el silencio y quedó mirándola, pensando que a partir de esa confianza corta ella se volvía otra y cambiaba -así fuera por un momento- el sentido de la comida y el vino.

No pudo dejar de asustarse, a pesar de su advertencia, y sintió que esas vísperas eran también para él. De donde optó por callar, dejando su mano sobre la de ella, encima de la mesa, hasta que el azar se la devolviese.

- Contáme cómo empezaste con lo de Abel Rosenberg , pidió ella.

Quedó un instante con la vista suspendida de las piernas de chanco que colgaban del techo del restaurante como odres blancos, secándose a la intemperie del salón.

- Hace bastante tiempo atrás, dijo él tras un carraspeo, conocí a un periodista chileno, exiliado. Saldaña. Un buen tipo. Vivía en una pensión pagada por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados mientras aguardaba la visa para Suecia. ¿Qué puede hacer un sureño en Suecia? No lo sé. Pero Saldaña había elegido ese país entre todos los posibles, y quería ir allí. A coger rubias gigantes, decía. Una mañana fui a visitarlo y no lo encontré. Había salido. La pensión era un conventillo en San Cristóbal y funcionaba en una casa de altos. Bajaba la escalera cuando vi que de un coche brotaban unos tipos armados. Enseguida supe quiénes eran y hasta adiviné a qué venían. Era verano y yo estaba en camisa. Ellos se dirigían hacia la puerta y yo estaba a un paso de ella. Retroceder, ya no podía. ¿Qué iba decirles? ¿Cómo justificar mi presencia? No te imaginás el miedo. Fue allí que descubrí la escoba.

- ¿La escoba? ¿Una escoba de barrer?

- La misma. Junto a la entrada, contra la pared. Estaba allí, esperando que la empuñara. No me di tiempo para pensarlo. La tomé y comencé a barrer los escalones, justo cuando empujaban la puerta de mala forma. Giré para ver quién entraba. ¡Como si no supiera! El que iba adelante me estudió de arriba abajo. *¿Usted es el encargado?*, preguntó en un grito. Contesté con un gruñido. Saldaña, ¿dónde es? Los mire por encima de mi escoba. Habitación seis, dije. Ni dio las gracias. Se lanzaron escaleras arriba. Los oí por el piso alto, abalanzándose sobre su cuarto. Dejé la escoba junto a la baranda y salí a la calle con mi mejor cara de otario. El que estaba al volante del coche me pegó una ojeada que me hizo temblar. Pero seguí caminando despacio hasta la esquina. Doblé la ochava y comencé a correr. Anduve trotando un buen rato, hasta que pesqué un colectivo y me fui a la redacción. Mientras iba viajando, se me reproducía la escena y no podía menos que reír. De nervios. De alegría. De susto. ¡Salvado! No me preguntes de qué ni por qué. Pero de algo.

Ella rió echando atrás la cabeza en la carcajada.

- ¡Vos, barriendo! ¡Tiene gracia, por Dios!

- Seguro, asintió Abel. Ahora la tiene. Desde la calle y a salvo, también. Pero cuando estaba en la escalera empuñando la escoba como un náufrago el madero no era chistoso. Vieras qué caras. Y las armas. Negras, lustrosas.

- ¿Quiénes eran?

- Nunca lo supe. Podían ser cualquier cosa. ¿Cuál es la importancia? Eran hombres armados, buscando a otro. Eran la muerte. Todos se daban cuenta de eso y ellos lo sabían. Desde la redacción comencé a rastrear a Saldaña, prosiguió. Nadie supo decirme dónde estaba. Finalmente, llamé a la oficina del Alto Comisionado. Atendió una mujer y ahí nomás le dije: *Andan buscando a Saldaña, el periodista chileno. Si lo ve, que no se acerque por la pensión. ¿Quién habla?*, preguntó ella. Un amigo, contesté, colgando con miedo de que hubieran grabado la conversación. Un amigo. Alguien que es nadie.

No supe de él en mucho tiempo, hasta que un día recibí una postal desde Estocolmo. *Cojo rubias pero no gigantes*, decía Saldaña. *Me salve por un pelo y por un aviso de no sé quién. Un gran abrazo, mierda.*

- ¡Lindo! , exclamó ella. Te debiste sentir muy bien.

- Como el muchachito de la película, asintió Abel. Pero no quise escribirle que yo había sido quien dio el aviso. Imaginé que, en realidad, fue la mujer que atendió el llamado la que lo salvó. Con mejor título. Además, a qué negarlo, no quise identificarme de puño y letra diciéndole que yo había visto cómo entraban a buscarlo y de qué manera había dado la alarma. Temí que otros leyeran esa confesión. Aún recuerdo la cara de esos monos. Quizás ellos se acuerden de la mía. ¿Para qué tentar al diablo?

Eran tiempos de vivir en el silencio. Nos decían que era saludable. Miraba a la gente cercana. Compañeros de trabajo, por ejemplo. Hablábamos entre nosotros en clave. Recién cuando alguien contestaba en el mismo código, se podía tener confianza. Alguna, ¿eh?, no toda. Porque también hubo quien cruzó la calle. Nos olvidamos del pasado. Del propio y del ajeno. Nos volvimos inquisidores.

Me recuerdo perseguido por la noche, preguntándome en que cosa podría haber estado que permitiera confundirme con un activista. Buscaba, como un creyente, algún pecado cometido o soñado. Esa pesquisa era también una expiación. De algo seríamos culpables, necesariamente. Había que revisar la historia personal, requisarla. Perder la identidad. O forjarse una nueva, más pasable o inocente.

- Yo no lo viví así. La gente que conozco, tampoco. Creo que exagerás.

- Cuando te soplan la historia y te la roban, todo suena a exageración, dijo él. ¿Sabés cuántas toneladas de bombas se tiraron en Plaza de Mayo en el '55?

-¿Qué bombas?

-Cuando la Revolución Libertadora. Yo era un pibe, y vos recién habías nacido. Las tiraron desde los aviones de la Marina sobre la plaza, que estaba llena de gente. Nueve toneladas.

-Algo había oído.

-Algo, pero poco, señaló Abel. Poco pero lejano. Sin pertenencia. Ajeno. Inexplicable. Una anécdota colgada en el vacío. Bombas en la Plaza de Mayo. Podrían haber sido de estruendo. Festejando un corso o como parte de un desfile. ¿Por qué no?

- Exagerás. Esas son historias viejas. Vos te referías a una época mas reciente.

- Para mí que no cambia la cosa. Sigue igual o peor. ¿Qué te dice Orletti?

- Me suena..., de algún lugar me suena. ¿Quién era?

- ¿Ves?, se ufano Abel. Ya lo olvidaste.

- No lo olvidé, idiota. Pasa que soy muy mala para los apellidos.

- Seguro, Orletti. Pudo haber sido un cantor de tangos, un intendente o un campo de concentración de la dictadura. ¿Para que voy a mencionar más ejemplos? No tiene sentido. Si perdiste la historia, tendrás que salir a buscarla o conformarte. Creo que fue a partir de esto que empecé a señor con Abel Montaña Rosa.

Al comienzo fue una sombra. Una intuición. Aun no estaba terminada la cuestión de Saldaña. No se hablaba de él. De nadie se hablaba entonces. Todo se desenvolvía placidamente. No había huelgas. Se trabajaba, el dólar estaba barato y el mundo a nuestro alcance. Vino la televisión a color y ganamos el Mundial de fútbol.

Pero Saldaña no aparecía y tampoco lo busqué. Me quedé quieto, esperando alguna señal que contase de suerte. No tuve coraje para asomar por su pensión. Creo que hice bien. ¿Qué iba a encontrar allí? Nada. O a los monos. Había susurros, sin embargo, y de noche ululaban sirenas.

Faltaba gente. Desaparecía en el aire, y nadie la recordaba. Por lo menos, así lo viví. Solo. Amurallado en el silencio saludable, tonificándome al ver como la historia se me iba haciendo cada vez mas historia. Cosas de antes, y quien dice de antes dice de lejos. Entonces dice de nunca o de otro. Y de ausentes que no aparecen. Fue ahí que imaginé a Abel Montaña Rosa, concluyó con un suspiro. En esas noches de fatiga, empecé a inclinarme sobre la Olivetti fabricando una historia. Para rescatar lo que se estaba yendo. Y fijate lo que son las cosas, que hasta ésa me robaron.

- Exagerás - repitió ella.

- ¿Por qué? Te cuento cómo lo viví. ¿Qué pensarías si dijera que la historia de tu aborto es una exageración? ¿Cambiaría lo que sentiste?

- No exagerás, contestó después pensarlo de un rato.

¿NEGOCIACIÓN EN PUERTA?, se preguntaba Fantin con astucia elemental.

El título era bastante zozco, y Abel reconoció en el texto de la nota, rastros de la charla del día anterior. No era un comentario ni una noticia. Peor que eso, era nada, que sólo atraía por lo sugerente de sus omisiones. No se dedica gratuitamente una columna periodística para divagar en tono misterioso, si no es en busca de algo.

Era lo que Fantin había hecho, más motivado por la necesidad de llenar espacios que por certezas. Mencionaba a Papelera del Sur y un posible batacazo en su ejercicio al cierre. Especulaba con dividendos increíbles, deslizado que podían ser un espejismo. Se cubría. Pero después, hacía saber que un notorio hombre del mercado bursátil (AG, en su criptografía básica) piloteaba una operación secreta de compra de sus acciones.

- La reputa que lo parió a este idiota, murmuró Abel, tirando el diario. Con desagrado, se preguntaba cuál sería el rebote del chisme, cuando el Cacho se le acercó.

- ¿Para qué te buscaba García?

- Para pedirme que deje de meter las narices, porque había gente que se estaba poniendo nerviosa. Ofreció plata y me terminó augurando tormentas.

- ¿Qué le contestaste?

- Que no pararía.

- ¡Ah, varón!, festejó el Cacho palmeándole el brazo. ¿Viste a Fantin? Algo anda oliendo.

- Está en babia. Pescó un rumor y armó una historieta.

- A partir de ahora te callás, indicó Cacho. No hables, ¿estamos? Vamos a ver si hacemos un golazo.

Abel sonrió.

- Pues será en contra, Cacho. No sabemos de que se tarta. Estamos dando palos de ciego.

- No será la primera vez. Me interesa la noticia, no me importa si es cierta.

- Veré que consigo.

No fue lejos. Se dirigió hacia las oficinas de Papelera del Sur. Funcionaban en un edificio encristalado, alto y guarango de lujoso. Empujó las puertas de blindex y preguntó a un portero con uniforme de almirante por Aguirre Nágera.

- ¿Tiene cita?

- No, confesó Abel. Pero dígale que Ferrari, de la revista "Tiempo", quiere conversar con él unos segundos.

El almirante estaba adiestrado, y negó suavemente,

- Entonces será imposible. El presidente no atiende a la prensa, salvo entrevista convenida.

- ¿Por qué no le pregunta?

- Porque conozco mi trabajo. No insista.

Abel quedó un instante pensando alternativas.

- ¿Cómo tengo que hacer para arreglar un encuentro con él?

- Diríjase a Relaciones Publicas, respondió el uniformado. Tercer piso, a la derecha. Señor Figueroa. Pregunte por él.

Apenas asomó en el piso lo atajó un flaco con pinta de cadete militar.

- ¿Señor Ferrari? Por aquí.

Lo siguió imaginando que el almirante había alertado a la dotación sobre su abordaje. Lo hicieron pasar a una salita.

- Ya viene el señor Figueroa, indicó el guía.

Se sentó en un sillón y estudió los murales que decoraban la sala. Eran panorámicas de plantas industriales. Grandes, en verdad. Estaba en eso, cuando entró un tipo elegante, de paso elástico y piel de bronceado reciente.

- ¿Ferrari?

- ¿Figueroa?

- Exacto, contestó el otro. No se levante, che. Se dejó caer en otro sillón y suspiró. ¡Que mala suerte! Acabo de regresar de Brasil y ya me han encarajinado el día. ¿No es una desgracia?

- ¿Encontró trabajo atrasado?

- No, querido. ¡Que trabajo atrasado! Fue ese maldito chimento de hoy. ¡Que inconsciencia! ¡Que falta de profesionalidad! Me tuvieron loco toda la mañana. Y ahora viene usted. Seguro que por lo mismo. ¿Toma algo? ¿Una gaseosa? ¿Café? ¡Ah! ¡Que no daría por estar en Itaparica, mi viejo! ¿Conoce, verdad? ¡Maravilla! ¡Esas si que son playas!

Parecía una mariposa yendo de flor en flor. Saltaba de tema a otro, desplegando sus dotes de simpático profesional.

- Una gaseosa, aceptó Abel cuando el otro hizo un alto para respirar.

- ¿Y las mujeres?, interrogaba Figueroa. ¿Vio esas mujeres? No digo que sean lindas, ni sensuales ni toda esa cáscara, no. ¡Qué forma de moverse! ¡Que manejo corporal, por Dios!

- Nunca estuve.

- ¡Ah no?, se sorprendió Figueroa, mientras servía una Coca-Cola traída por un mozo. No sabe lo que se pierde. Apenas tenga unos días libres, no deje de ir.

- Lo haré, prometió Abel. Ahora dígame, ¿podré tener una entrevista con Aguirre Nágera?

- ¿Para qué?

- Estoy en la sección de Economía y Negocios, y nos interesaría una nota. Usted sabe, lo de siempre. Situación de la empresa, proyectos. Opiniones sobre la marcha de los negocios. Algo de color, también.

- ¿Habrá fotos?

- Seguro.

- ¿Y no me vendrán después a manguear un aviso?, rió Figueroa, divertido.

- Soy periodista, no corredor de publicidad.

- Pues siempre lo piden, dijo Figueroa. Pero puede hacerse. Pronto tendremos asamblea de accionistas y no vendría mal un poco de presencia periodística. A mí sobre todo, rió de nuevo. Sería una forma de seguir justificando mi sueldo, ¿no cree?

- Eso lo maneja como quiera, lo endulzó Abel. Puede decir que yo vine espontáneamente a pedir la nota o que usted la estuvo trabajando meses.

Figueroa quedó pensativo.

- Bueno, esta bien. Arreglemos para dentro de dos semanas.

- ¿Antes no podría ser?

- Imposible. Muchos compromisos. Tengo que preparar todo. Usted sabe.

Abel lo miró con más atención. Se le ocurrió que Figueroa era más vivo de lo que aparentaba.

- No sé cuál será el sumario dentro de quince días, dijo. Ahora podemos incluir la nota. Dentro de un tiempo, no sé.

- Trate de meterla. Le prometo un buen material. Incluso, podemos ir hasta la planta principal, en Misiones. Todos los gastos pagos, por supuesto.

- ¿Seguro que no puede ser antes?

- Totalmente. Y menos después de lo de hoy. Aguirre Náguera está que trina.

- ¿Qué lo enojó?

- ¡Oh, esas cosas!, desechó Figueroa. Usted sabe. No le gusta que manoseen la empresa. Se hinchó de que metan las narices por la ventana.

La entrevista iba terminando. Abel tenía una sensación de disgusto inevitable.

- Confirmaré por teléfono, entonces, prometió. Dígame, como para ir ordenando los temas. ¿No tendría algún material sobre la empresa?

- Llámame apenas se decidan, pidió Figueroa, tendiéndole una tarjeta. Con respecto al material, se los debo. No quedó nada. Es una de las cosas de las que debo ocuparme.

- ¿Ni siquiera un balance? ¿Algo?

- Ni una foto, aseguró Figueroa, levantándose.

Lo acompañó hasta el ascensor. Antes de que se cerraran sus puertas, tuvo tiempo de recomendarle que fuera a Itaparica.

Volvió a la redacción de pésimo humor.

- ¿Llegó el télex con las cotizaciones?, preguntó a Belloni.

- Dentro de un rato viene.

Estaba esperándolo cuando llamó Fantin.

- ¿Qué pasa?

- ¿Conseguiste algo más, flaquito?

- ¿De qué estás hablando?

- De Papelera, guanaco. ¿Qué más averiguaste?

- Nada. No estoy trabajando en eso.

- Creo que metimos la pata. En la plaza, nadie creyó mi columna. ¿La leíste, no? Me han dicho que estoy loco.

- ¿Quién te lo dijo?

- Gente. Bolsistas, corredores, amigos. Qué sé yo, nadie cree que pueda haber negocio allí. ¿Encontraste los balances?

- No los seguí buscando.

- ¡Mierda! Hice mal en confiar en tus datos.

- Te avisé que eran raros. ¿Qué paso en la rueda?

- Tranquila. García y su gente siguieron comprando. Pero nadie dejó de vender. Papelera empezó en alza, a 1,25 y terminó a 1,18. Si llegás a saber algo, avísame. Esto ya es una cuestión de prestigio.

- Seguro, prometió Abel. Te aviso.

Colgó con fastidio.

- ¡Cuestión de prestigio!, se burló. ¡Pero andá a cagar!

En ese momento, no hubiera imaginado que lo haría tan pronto. Y sin embargo, fue así nomás. Horas más tarde, en un recoveco de la calle Tacuarí, Fantin rendiría su prestigio en el altar del olvido.

-Me agarraron de sorpresa, contó a día siguiente. No los vi llegar. Eran tres, en un coche. Un 504 amarillo.

La calle Tacuarí es oscura y silenciosa, como lo fue después de la batalla. Vieja calle de barrio, de casas chatas y antiguas. De vestíbulos frescos, de humedades surgentes, de amplios cuartos. Casas de puertas cerradas. De cuando en cuando, una barraca. Algún portero. Un lugar feo para que a uno lo encueren contra el hueco de una pared.

-Me tomaron de atrás, contó Fantin, repasándose el cuello. Casi me asfixian.

Fue un brazo. Pasó rápido sobre su hombro, atenaceándolo, mientras una mano (otra, de otro) le aprisionaba los genitales.

- Si gritás te vas al cielo, ilustró suavemente el de la mano, presionándole los huevos a través del pantalón.

- No podía hablar, rememoró Fantin. Estaba duro de espanto, ahogándome.

Los ojos se salen de las cuencas. La respiración se vuelve difícil y uno teme. ¿Quién no? La calle Tacuarí se transforma. Su oscuridad se hace tenebrosa y la quietud de los árboles es una amenaza. La garganta duele y cuesta tragar. La boca se abre. Toma aire con cuidado, teniendo en cuenta que otro aprisiona el paquete de la entrepierna.

- Me encajaron un sopapo en la oreja, se quejó Fantin. Resonó como un estampido. Creo que allí me quebré.

Fue una certeza. Las lágrimas mojaron la manga del que lo inmovilizaba a su espalda. Y terminaron las cuestiones de prestigio profesional. El empedrado de la calle Tacuarí supo entonces, como Fantin, que el prestigio a veces paga poco, luce menos y sirve nada. Máxime cuando alguien está estrujándote los huevos con empeño.

- Creí que era para robarme. Tenía poca plata encima, y eso no me aliviaba. Me daba miedo imaginar que no les resultaría suficiente y descargarían la bronca, lastimándome. Cuando brilló la sevillana, por poco me desmayo.

Lo hizo con un chasquido que ni los gatos escucharon. En la penumbra espejeó el estilete en la diestra del que le aferraba la entrepierna.

- No hay mucho que cortar, lamentó el hombre con voz ronca. Pero alcanzará para muestra.

En aquel momento los hombres lo taparon con sus cuerpos, dejando pasar un taxi. Vio el perfil del conductor, inasible y lejano, y se desesperó.

- ¿De dónde sacaste lo de la Papelera?

Primero pensó en contestar cualquier cosa. Lo escuché por ahí, por ejemplo. O insinuar la posibilidad de una ocurrencia debida a su olfato. Pero no. Cantó hasta *La Traviatta*.

- Te deschavé, Ferrari, confió con pesadumbre. Dije que me habías pasado el dato. Me sentí un miserable. ¿Sabrás disculparme, no?

- Por supuesto, lo tranquilizó Abel con un suspiro resignado. No tenías necesidad de hacerte el mártir. Pero me estás preocupando.

- Dejé quieto lo de la Papelera, dijo el tipo apretando más. Te juro que dolía. El otro me asfixiaba.

- No te metas en lo que no te importa o vas a perder en serio, pibe.

- ¡Pibe, me dijeron! ¿Te das cuenta? ¡A mi edad! Antes de soltarme, avisaron: *Contale a Ferrari lo que te pasó. Andá y contáselo. Decíle que será el próximo, pero que con él no hablaremos. ¿Lo vas a hacer, pibe?*

- Sí. Se lo diré.

- ¡Sí, señor, pedazo de sorete!, reprochó el de atrás, golpeándole la cabeza en la pared. ¡Repetí, vamos!

- ¡Sí, señor!

Lo soltaron. Estaba tan flojo que cayó. Antes de irse, el de la sevillana le aplastó la oreja con su zapato.

- Retorcía el taco el hijo de puta, y mi oreja bailaba de dolor. Mientras tanto, otro orinó y me mojó la cara y el saco.

- ¡Sorete! , bufó el meón. ¡La próxima vez, primero te capo y después te cago! ¿Entendiste?

- ¡Sí, señor!

De recuerdo, me dieron una parada en el vientre que me dobló. Subieron al auto y se fueron. Veía las luces traseras del coche a través de las lágrimas, mientras unas arcadas me hacían vomitar el sándwich comido al cierre de la edición. Se me doblaban las piernas. Me caía. Quise pedir ayuda y toqué el timbre de una casa. De la primera que encontré a mano.

Se encendió una luz, y escuchó una voz cautelosa preguntando a través de la mirilla: "¿Quién es?".

-Soy periodista, balbuceó. Me siento mal. ¡Por favor! ¡Ayúdeme!

Entonces el otro creció detrás de su puerta.

- ¡Borracho de mierda! ¡Si no te vas, te pego un tiro!

Fantin titubeó con la advertencia, pero le sonó suficiente. Tambaleante, fue hasta el cordón de la vereda y se recostó contra un paraíso. El silencio volvió a reinstalarse en la cuadra y se dejó estar, recuperando fuerzas.

Después de un largo rato se reincorporó y despacio, muy despacio, siguió su camino.

No se tocan los timbres a la noche en la calle Tacuarí.

Ella había huido.

Después de mirarlo como a un engendro, guardó su pañuelito en la cartera y, colgándosela del hombro, se retocó el pelo con un gesto nervioso que fue también de despedida.

- Supongo que no nos volveremos a ver.

- Eso espero, confió ella, con voz dura. Quédese con sus venganzas. Son tan inhumanas como lo fue su olvido.

La vio alejarse y pensó en dejar la plaza, pero se estaba bien en ella. Un sol enrojecido caía sobre los edificios, centelleando entre las palmeras. La plaza se vaciaba, mientras las palomas picoteaban sus maíces y algunas parejas apuraban un diálogo o un mimo. Un viento suave venía del río trayendo sensaciones de frescura.

Rosenberg se sentó nuevamente en el banco de madera de la Plaza Mayor, y con ojos calmos repasó las fachadas de los edificios públicos que la rodean. Eran grandes masas de cemento y vidrio, de líneas rectas, custodiando la plaza con aire cuartelero. Y entre tanta recta, las palmeras y las palomas, y más atrás, hacia el río, la Casa del Gobierno, con sus balconadas afrancesadas y sus cúpulas.

Se asombró del colorido del conjunto, ardiente tras el soleado de la tarde. Sentado en su banco, miraba a su alrededor y se perdía en las líneas, en los colores y olores, en la sensación de estar recobrando un paisaje olvidado, sorprendiéndose al comprobar que parecía inmutable. Era él lo distinto en ese entorno, con la ropa americana de poliéster y su palidez contrastando con el verano.

-Veinticinco, murmuró tirando una piedra contra una paloma. La piedrita cayó junto al pájaro, que la curioseó por si era alimento.

- Veinticinco, repitió sabiendo que no iba a olvidar el nombre. Pero prefería reiterarlo para darle vida. Pensaba en aquél y sentía que una excitación nueva le ingresaba al cuerpo. Olió aire como venteando. ¿Cuál sería su aspecto? ¿Su nombre?

- Veinticinco también eran los años de Abel cuando desapareció, estimó. Le llamó la atención la coincidencia. ¿Eran ésos los años de su hijo? No le salía la cuenta y abandonó el intento. Podrían ser veinticinco tanto como veintisiete. Mejor dejarlo. ¿Cuántos años de hijo tenía Abel dentro suyo? Ahí el cálculo daba distinto. Se tomó la frente con la mano. “¿Qué hice con mi paternidad?”, se interrogó en silencio.

Venía Abel gateando por el césped, con sus zapatillitas Boyero desanudadas y su jardinero azul. Avanzaba, tumbando los pastos con las manitos sucias. Se sonreían. El hijo desde su gateo y él desde su asiento de plaza, mirándose en el otro. "¡Papá!", decía Abel, llamándolo. "Que te ensucias todo", le rezongaba. "Mira tus rodillas, las manos. ¡Están imposibles!"

Entonces Abel las alzaba, estudiándolas sorprendido, y él acentuaba la sonrisa. Y después no veía más. O muy poco. Fotos. Fotos. Fotos. Pasaban como relámpagos. Mudas. Fotos de Abel. Imágenes insonoras. Los fotogramas corrían por la memoria. "De estar sepiados, serían de museo. Es decir, yo también estaría muerto", murmuró. "O, más terrible aún, sería un fotograma que sueña con fotogramas en un anochecer. Es decir, seríamos los dos memoria de muerto."

- Pero estoy aquí, se recordó paladeando su presencia casi con asombro. En la plaza a la que no creí que volvería.

De alguna manera, sintió que la plaza también era suya, que la seguía portando adentro como a un carné de identidad, y el descubrimiento fue de asombro.

- ¿Qué es lo que da el arraigo?, se preguntó oteando alas palomas sobre el pedregullo. ¿Los sueños cumplidos? ¿Los hijos? ¿El tiempo? ¿Es Dallas igual a Buenos Aires, a Cracovia, a Nápoles, a Compostella? Cuentos. Nada es igual a las raíces. Cuando se pierden, falta una parte. ¿Qué raíz le di a Abel cuando me fui? ¿La del viento?

Comenzaba a oscurecer y se encendieron los faroles. Desde su lugar, Rosenberg veía las luces de la Catedral y de la Casa de Gobierno, iluminada hasta la exageración, destacando las figuras de dos granaderos ante sus portones. Atravesó la plaza para distinguirlos mejor. Los morriones les ocultaban el pelo, y un barbijo impedía ver sus perfiles. Inmóviles, con las piernas abiertas y las manos sobre sus sables desenvainados, hacían guardia mientras las cuerdas del mástil se sacudían al viento, que les arrancaba ruidos discontinuos, como chasquidos de tralla.

Calle por medio, los granaderos estaban inmóviles, reposando sus manos enguantadas sobre el pomo de sus sables desnudos.

Quedó ante ellos, mirándolos como un estúpido.

-¿Cómo podés decir que nos han robado la historia?, preguntó ella. El mismo Rosenberg no puede recordar la suya.

- Él es otra cosa, defendió él. Rosenberg padre es primera generación nacida aquí, hijo de inmigrantes. ¿De dónde viene su historia sino de la bodega de un barco? ¿Cuál es el país que mamó? Seguramente el mismo que nos contaron a nosotros. Una nueva y gloriosa nación. Cartón pintado.

Hombres así, ¿qué pueden enseñarte del mundo al que te trajeron, como no sea la fantasía que los deslumbró? Carne de cañón, ¿te podrían haber mostrado el cañón?

- Nadie nos dijo que el poder es mentiroso por necesidad, recordó Abel. Nadie nos contó tampoco que siempre fue sanguinario y ladrón. O si lo hizo, parecían cosas del tiempo de ñaupa.

- Termínala, rogó ella.

Él hizo un silencio y sonrió.

- Te pudro.

- Cuando te ponés así, llegás a hartarme.

Abel sacudió la cabeza como queriendo alejar una mala idea.

- Hací café.

Ella se desperezó. Alzó brazos y codos y, cerrando las manos en puño, echó los hombros hacia atrás dando un suspiro.

- Ya voy.

Corrió las sábanas a un lado y se levantó de la cama. Descalza, se dirigió hacia la cocina y puso agua a calentar, mientras preparaba café batido.

Él veía su contorno recortándose en el marco de la puerta. Recorrió con la vista sus piernas, sus nalgas, la curva de la espalda y rememoró la consistencia de los pechos. El pelo le caía sobre los hombros, ocultando el cuello. Ella se recostó contra los azulejos de la cocina, aguardando el primer hervor mientras giraba la cucharita en la taza, mezclando café con azúcar, con un ruidito siseante.

Si alzaba el brazo extendiendo la mano, parecía que podría tocarla. Entonces esa mujer volvería a ser piel sobre su piel y no una imagen batiendo café. Tomaría el espesor de las cosas, saliendo de la cocina como si emergiera de un cuadro. Pero no por

eso sería más suya esa mujer que batía el café instantáneo en el pocillo, abstraída, ausente a todo, menos a la cocina que habitaba, llenándola con la rotundidad de su piel, frágil sólo a la distancia.

Podría estirar la mano, tender el brazo y reconocer así la piel de ella, su suavidad o sus pelusas. Podría, pero sería inútil y quizá dañino. Su mano quedaría suspendida en un ademán imperfecto y corto, que sólo serviría para alertar a la que batía café de su intento de tocarla, y rompería así la figura recostada contra los azulejos. Quebraría el cuadro o la foto, alterando su composición al alzar la mano. Cambiaría el equilibrio de la luz sobre su piel y, ¿para qué? No por eso sería más próxima ni más suya.

Con la cabeza en la almohada, la miraba deseando grabarla en la memoria para cuando no hubiera más mujer ni más cocina, conservando ese dulce recuerdo de los pechos moviéndose suavemente con el girar de la cucharita batiendo café, recostada toda ella contra los azulejos como antes lo había estado sobre él mismo.

Imaginó el frescor de los azulejos penetrando la piel. Era una sensación ambivalente, como si la mujer se fuera volviendo pétrea con la frialdad de los azulejos o con la solidez de la pared contra la que se apoyaba al descuido. O sería la pared la que se iría tornando cálida y redonda como una mujer. Y todo perdería su sentido.

Retuvo entonces el gesto. La mano permaneció junto a su cuerpo, recogiendo un pliegue de la sábana para taparse. No estiró la mano que no tocaría nada. La dejó quieta, como si fuera un animal ajeno y desconfiado, descansando junto a su cuerpo. Miró a la mujer tan largamente como lo permite el batido de un café.

Se llevó su imagen desnuda y con el pelo cayéndole sobre los hombros. La guardó para sí casi clandestinamente, sin decir palabra, viéndola regresar hacia él con un tazón de café en la diestra, humeando como panecillo recién horneado, como sólo humea el alimento cuando es ofrecido como prenda, como obsequio o como café batido por una mujer desnuda mientras las luces de la calle recortan su silueta, la tiñen de matices, la enmascaran llenándola de colores que hasta huelen como panecillo o café caliente. Abel tomó el tazón y lo colocó a un lado.

Entonces sí, sacó la mano y la extendió hacia ella, sintiendo que era un gesto que era una llamada. Le hizo un hueco y ella se tendió a su costado, tapándose con la sábana para borrar el frío de los azulejos o sacarse lo pétreo que le pudo haber entrado con su contacto.

- Tengo miedo, reconoció Abel en voz baja.

Escuchó su propia voz un tanto ronca, desconocida. El bronco hablar de un extraño carraspeante.

- Tengo miedo, repitió después de aclarársela, mientras enredaba un mechón del pelo de la mujer alrededor de su índice.

Ella lo miró curiosa.

- ¿Miedo?

- Cascaron a Fantin. Le estrujaron los huevos en la calle, de noche y por sorpresa. Fue un apriete también dirigido a mí.

- ¿Por qué?

- Por lo de Papelera del Sur. Para pararme. Cosas de García, seguro.

- No me contaste nada. ¿Qué es Papelera del Sur? ¿Quién es García?

Abel se encogió de hombros.

- Tienen que ver con una nota que estoy investigando. Otro día te explico.

- ¿Te la encargó Cacho?

- No. La encontré solito. Lo cierto es que le pegaron a Fantin para que me asustara. Lo han conseguido.

Cuando el dolor es vicario, tiene contundencia. Entonces, los golpes que Fantin recibió a medianoche resuenan más fuertes y duelen distinto. Son más intensos que los mismos golpes. Son anuncios de dolor. La violencia se aposenta en el cuerpo de un muñeco y desde allí me trepa. Con Ferrari no hablaremos, le dijeron que diga. O sea que sólo pegarían. Es decir, que apretarán mis huevos hasta cansarse o reventarlos. Si no paro. Si no callo.

- ¿Y qué vas a hacer?

- Seguiré hasta donde pueda.

- No tiene sentido. Pará. Es mejor.

- Me gustaría. Tengo el miedo en los huesos. Pero no puedo.

- ¿Por qué no? ¿Qué te lo impide?

- No sé...

- Tu vanidad.

- No. Los restos de mi vergüenza. García cree que una amenaza me frenará. En realidad, puede hacerlo. Pero esto es distinto.

- ¿Qué tiene de distinto?

Quedó pensando un momento.

- García sabe de mis pruritos. Achicarme por su apriete equivale a bajar la cresta. ¿En qué me transformaría si me voy al mazo? ¿En un producto biodegradable?

- Pará. No hagas tonterías.

- Es tarde, bromeó Abel. Hace rato las hice. Además, ¿no querías que me comprometiera?

- ¡Tarado! Te hablé de compromiso, no de payasadas.

Abdul bostezó, restregándose los ojos

- Cuesta leer en lengua extraña, aunque sea la paterna, murmuró.

Amanecía. Un sol rojo se insinuaba por encima de la línea ondulada del horizonte, arrancándoles siluetas a las piedras, a las casas dispersas, al médano y al 3CV. La sombra del auto se recortaba como un grotesco cascarudo.

- En todas partes se cuecen habas que no comeremos, lamentó Abdul. Y los fogoneros que mantienen la llama somos los infelices de la tierra. En todas partes hay víctimas y en cualquier lugar hay un soplón. La alcahuetería también es un trabajo, no cabe duda. Como ser dentista o camellero.

O ladrón. ¿Por qué no? ¿Habría acaso policías, jueces, carceleros y botín en general, de no existir el robo?

- ¿A cuántos mantengo con mi existencia?, se preguntó Abdul risueño.

Era un purrete cuando la primera vez. Fue de arrebató. La mujer era vieja y huesuda y caminaba con otros yanquis que fotografiaban todo, hablando entre risas. Llevaban tarjetas plastificadas en las solapas, con el nombre de cada uno y el membrete de una Holly Church, en viaje al Santo Sepulcro.

Él estaba callejeando cuando lo alertaron sus voceos excitados ante tanta mugre colorida, mirando a los tragasables y come fuegos que, en las ochavas y por monedas, ofrecían su espectáculo. Escuchó las risas de las mujeres y le ardió la sangre al suponer que el jolgorio era por todos ellos. Se sintió capturado por las kodak, robada su imagen por esa gente que comentaba en un idioma inentendible sus características más salientes y, quizá, hasta reconociendo su innata simpatía de pobres.

Sintió que el enojo le iba subiendo desde el pecho como un fuego o una serpiente que le encantaba el brazo. Miró a los yanquis y se tentó con tirarles un puntazo. Iba su mano en busca de su navaja, cuando vio a la mujer.

- De nada sirve el odio sin provecho, recordó en un rezo.

La idea lo reconfortó. La mujer se iba rezagando con las ofertas de los tenduchos. Tenía su cámara y su tarjeta de identidad, y una cartera que se le ocurrió succulenta. Inflada como odre de piel de asno. Rebozaría de cosméticos y, con suerte, también habría dólares.

Miró a su alrededor planeando rutas de escape, mientras se ajustaba el kefiye sobre la cara. Le temblaban las piernas de emoción, como hasta hacía un momento tremolaban de rabia. Supo que saquearía a esa mujer desde que puso sus ojos sobre la cartera.

- Puedo hacerlo, se animó. Seguro que puedo. Y salir bien.

Necesitaba del envión inicial. Lo demás vendría por añadidura. Saldría la mano a aferrar la cartera. Tiraría de la correa con el peso de su cuerpo. Alguien gritaría un alerta mientras él surcaría el zoco zigzagueando entre callejuelas.

Se contaba Abdul la acción cuando reparó que sus pies martilleaban el empedrado. No vio su mano hecha una garra, pero sintió el correaje incrustándose en su palma, en un acoplamiento que pareció el reencuentro de dos extraviados. Vibró la correa y oyó que la mujer chillaba antes de caer. En un sueño brumoso, las callejuelas se abrieron ante él como flores. Corrió con la respiración sacudiéndole el pecho, mientras cobijaba la cartera bajo el brazo. Evitó mirar hacia atrás, temeroso de descubrir que era perseguido. Hubiera sido inútil. Sólo su miedo galopaba con él, que se perdió entre el dédalo de callecitas hasta encontrar un umbral profundo, donde hizo un alto para abrir su odre de piel de asno y vaciar el contenido en el piso. Con gestos nerviosos, se apoderó de monedas y billetes y hurgó en los bolsillos interiores. Todavía recuerda que el botín se le ocurrió escaso comparado con la dimensión de su aventura.

Guardó el dinero y dejó los desechos donde habían caído. Antes de retirarse, recogió una cajita de fósforos y otra de maquillaje, sintiendo que era una manera más de amortizar el riesgo. Se destapó la cara y, dejando el refugio, caminó con paso normal. Atrás quedó el odio por las risas. Al fin y al cabo, no había sido para tanto. Pudo hacer negocio con los americanos, que no debían ser mala gente.

Ésa fue la primera vez y por eso la rememora.

Resultó ser el descubrimiento de un mundo, una bisagra que abrió horizontes. Equiparaba su miseria con la abundancia de otros. Su seriedad con las risitas. Paz, entonces. Estamos a mano. Salam.

- ¿A qué vienen estos recuerdos de rapiñas?, quiso saber ella.

- A partir de ahí, la vida cotidiana se transformó para este tipo. El pillaje lo insertó en el mundo, integrándolo. Y descubrió algunas reglas de juego.

Ocurrió cuando lo detuvieron. Abdul había sido tan ingenuo que no contó con los policías. Creía que se desplazaban en otra órbita y que jamás se encontrarían.

Se equivocó.

Coincidían hasta la superposición, y el equilibrio era cierto, pero no como lo entendía.

La clase fue breve, pero la enseñanza intensa.

Se inició mientras peleaba con un bolso de mano que encontró en el baúl de un coche. Era pesado y su volumen permitía mil ilusiones. Lo llevaba a la rastra, parando de tanto en tanto para secarse el sudor. Aspiraba hondo y reiniciaba la marcha hacia el cubil. Allí abriría el bolso para maravillarse con la contemplación del botín. ¿Qué sería que pesaba tanto? Lingotes de oro, imaginó. Oro fino sellado en Amsterdam. Planchuelas de Johannesburgo. Sólo el mineral podía pesar así. Se acabaría la miseria por un buen tiempo. ¡Vamos, Abdul! ¡Levanta el bolso! Con su venta compraría saco y pantalón blanco. Un terno, como diría papá Gutiérrez. Su blancura resaltaría la oscuridad de la piel. Un reloj de oro, brillante. Un revólver, también, para defenderse de los colegas. Y un pasaporte, aunque fuera tunecino. Después, iría al mejor hotel de la ciudad. Al "Morocco", por nombrar uno. Tomaría una suite y pediría champaña en balde de plata. Y una mujer. Una europea joven. Probaría las delicias de la vida, y Abdul quedaría atrás, atrás y afuera, en el frío de la noche marroquí, mientras él estaría entre sábanas perfumadas, largando burbujas de oro hacia el techo, con una mujer rubia a su lado.

Pero, mientras tanto, estaba el bolso pesando un infierno y el camino no tenía piedad. Suspiraba de rabia y codicia, pensando en la europea achampañada esperándolo tan pronto como descubriera el oro en planchas o en barritas ante sus ojos.

Ella lo estaba aguardando en el recodo de su vida, y él -miserable- no terminaba de arribar a su covacha.

Nunca llegaría. Le cayeron encima y no ofreció resistencia. Cansado como un perro, sintió un rencor agradecido hacia esos hombres que lo esposaron, metiéndolo en el patrullero junto con el bolso.

En otra vuelta se juntaría con la europea del Morocco. Ojalá el maitre del hotel se diera cuenta de su demora y ordenase al camarero que retirara el balde de champaña, que se enfriaba en la penumbra de la suite sin estrenar.

Recorrieron las calles de la ciudad en un sueño. Abdul sentía los brazos extenuados, y miraba con tristeza el bolso a sus pies. Nunca sabré su contenido, se lamentó.

Otra vez se equivocaba.

Ni bien arribaron al cuartel de policía, lo metieron en una pequeña habitación junto al bolso, que depositaron sobre una mesa. Una lámpara alumbraba su superficie. La luz permitía advertir el contorno de un hombre obeso fumando. El olor a tabaco egipcio se esparcía por el ambiente, impregnándolo de un aroma picante y dulzón.

-¿Éste es el héroe?, preguntó el hombre.

Ellos asintieron.

- Muéstrenle el tesoro que robó.

Abdul vio la brasa encenderse en la oscuridad y supuso la pitada complacida del otro. Uno de sus captores abrió el bolso y con gesto seco volcó su contenido sobre la mesa. Gruesas piedras del desierto chocaron entre sí con un ruido sordo. Una cayó al suelo con un chasquido.

Miró los guijarros entre las carcajadas de los policías. El hombre del cigarrillo egipcio se atoró con la risa y tosió copiosamente. Las lágrimas le debieron saltar porque sacó un pañuelo mientras trataba de serenarse.

- Robaste plata mientras quisimos, Abdul, señaló el hombre. Cuando se nos ocurrió, manoteaste piedras. Cuando querramos que robes mierda, mierda robarás, ¿está claro?

- Ellos sabían de mí, madre, contó Abdul más tarde. Conocían mis raterías. Las permitieron hasta decidir que yo tenía que robar piedras. También lo hice. Anduve por el zoco con un bolso lleno de piedras.

La madre lo escuchó en silencio mientras le aplicaba paños fríos en la espalda. Son poderosos, Abdul, murmuró. Siempre lo fueron.

Él asentía entre quejidos. Nunca más habló de lo sucedido en aquella habitación impregnada con tabaco egipcio. Guardó para sí el secreto y la vergüenza, pero le cambió la vida. Ya no miraba de frente. Su cara adquirió una máscara de hosca desconfianza, mientras comenzó a demostrar más interés por las cosas que pasaban a su alrededor.

De vez en cuando, solía encontrarse con el hombre de los cigarrillos egipcios en un café de los suburbios. Conversaban en voz baja y el hombre anotaba en papelitos.

De tanto en tanto, se detenía gente en el zoco, o la madrugada se quebraba con estampidos de disparos, y un hombre caía sobre el polvo de las callejuelas, mientras los perros aullaban.

El trabajo de los rapiñadores y traficantes se hizo más cuidadoso por un tiempo. Pero la policía llegaba cuando quería. Tanta coincidencia, más algunos mensajes venidos desde la prisión de El Jadida, hicieron que Abdul comenzara a ser mirado con recelo. Él se daba cuenta. Entraba a los lupanares y un breve silencio saludaba su ingreso, para reinstalarse un bochinche que le parecía prefabricado. Cuando se le achicó el mundo, y tras algunas dudas, el hombre del cigarrillo egipcio le consiguió trabajo en el aeropuerto de El Nuasser, como peón de limpieza de aviones y alcahuete.

Como la paga no era mucha, en compensación, lo dejaron seguir con sus rapiñas a un nivel tolerable.

Nunca pudo visitar a la europea del Morocco. El champaña se añejaba en la bodega, aguardándolo inútilmente para esa noche inaugural. La mujer envejecía mientras Abdul limpiaba con su aspiradora los pasillos de los Boeing de la Royal Air Maroc.

Y, sin embargo, entre tanta desdicha, el hombre de los cigarrillos egipcios le pertenecía, pensó Abdul. Era él quien abonaba los ascensos de Sidi ben Akbar en el escalafón. Aquel hombre le pertenecía a él, era suyo, y era así y no como le habían dicho en la habitación del cuartel mientras le señalaban las piedras.

- Si callo no logrará más capturas exitosas y no tendrá de fumar, se regocijaba Abdul. Deberá salir disfrazado de beduino a buscar otros aprendices de Abdul a quienes engañar con sus manoplas. Y si no llega a encontrarlos, ¡ah!, se le acabarían los cigarrillos egipcios, el hashish de regalo, los artículos de contrabando y el poder.

- No te engañes, Abdul, le advertía Sidi ben Akbar como si leyera el pensamiento. No sos el único ni el último. Vivís libre porque quiero.

Ahora descubría también que la europea joven no había esperado. Harta de tanto plantón, había cruzado el océano recriminándole sus sueños. Vacía entonces la suite del "Morocco". Inútil el champaña envejeciendo en la bodega del maitre. Su desertión debió causarle a ella alguna que otra contrariedad.

- Es una verdadera lástima, se dijo, porque en el fondo no éramos tan distintos.

Pero ella no había pensado lo mismo, y se había ido. Quizá tomó cualquiera de esos aviones que decolan desde El Nuasser hacia el norte, rumbo a España.

O tal vez su europea era como esa mujer de la que contaban los papeles que había leído hasta hacía un rato. La memoria de un afecto muerto o abandonado o perdido entre la bruma. Abel como Abdul, y siempre un tipo de traje o temo, pidiendo saber un nombre, como si el conocimiento del otro a través de la indicación de un tercero significara la apropiación de un destino.

Reverdecía el hombre del cigarrillo egipcio cuando se apoderaba de un nombre mientras sorbían té a la menta o café moka en los suburbios de Casablanca. Transpiraba de excitación Sidi ben Akbar, y daba ansiosas pitadas a su cigarrillo, encendiéndose de placer ante cada nueva presa.

Como sucedía en esos papeles venidos de otras latitudes, de otras gentes que se hacían comprensibles desde el dolor o la furia, desde ese sentido impalpable de pureza que permanecía entre la escoria y la bosta que arrojaba el mundo como bocanada de tabaco egipcio.

Recordó que García había dicho que el Banco Interamericano de Desarrollo estaba por darle un crédito a Papelera y decidió buscar por ese lado.

Conocía al BID desde que tuvo que hacerle un reportaje a Díaz Mena, un economista peruano que se había insertado en la burocracia internacional hasta encumbrarse en su Junta de Gobernadores. Esa vuelta estaba de visita por pocos días.

- Regreso a Washington en setenta y dos horas, se excusó al recibirlo. Perdóneme si debemos ser breves.

Abel lo había disculpado. En realidad, con unos minutos creía que sería suficiente.

Y sin embargo, no alcanzaron. Díaz Mena era inteligente, buen expositor y tenía un aire de franqueza que seducía.

- Lástima que no dio el tiempo, lamentó Abel recogiendo su grabador.

Lo había dicho de veras, para su propia sorpresa, porque el hombre le había caído bien. A lo largo del encuentro, Abel sintió cómo sus prevenciones iban declinando, y un interés real por la conversación reemplazaba su escucha prejuiciosa.

- Véngase conmigo y seguimos el reportaje, ofreció Díaz Mena. Mañana voy a Río Grande, en un avión de YPF. Volveríamos a la noche.

Cacho le había insistido en que fuera, pero él rechazó el convite. Al día siguiente tenía franco y no quería trabajar. Menos, colado en una comitiva oficial.

- Otra vez será, sonrió Díaz Mena al despedirse. Mándeme una copia de lo que publique.

No pudo hacerlo. Al mediodía siguiente, escuchó por radio que el avión se había precipitado en el mar. No hubo sobrevivientes.

Ventajas de la pereza, reconoció el Cacho en cuanto lo vio regresar del franco. Como periodista no vas a llegar a nada, pero seguro que morirás de viejo.

Entró en el BID y pidió hablar con algún funcionario. Apareció un hombre bien trajeado, con aspecto centroamericano.

- Ordóñez, se presentó con acento de guaracha. Licenciado Joaquín Ordóñez Restrepo... ¿En qué puedo serle útil?

- Mucho gusto, retribuyó Abel inspeccionándolo. ¿Usted no estaba cuando Díaz Mena integraba la Junta?.

- Pos claro, asintió el otro. Yo ingresé de su mano. ¿Lo conoció?
- Le hice el último reportaje de su vida, lamentó Abel. Aquí mismo me invitó a seguirlo en el avión.
- Lo que es el destino, lo congratuló Ordóñez. ¿En qué puedo servirlo?
- Quisiera confirmar una información. Se trata de Papelera del Sur. ¿Están por darle algún crédito?
- Ordoñez se puso serio.
- Usted parece un viejo amigo de la casa, Ferrari. Debe saber que el Banco sólo informa las operaciones que concreta, no las que tiene en estudio.
- ¿Todavía está estudiándose?
- No quiera sacar información de lo que no he dicho. No le dije que se encuentre en estudio.
- ¿Quién podría informarme?
- Creo que nadie. Mucho menos después de la nota del otro día. ¿La leyó, verdad? El Banco es de por sí reservado. No, nadie le dirá nada. Olvídelo.
- Díaz Mena me hubiera contado.
- Él, menos que nadie.
- Es una lástima, dijo Abel. Anteanoche, unos matones golpearon al periodista que escribió esa nota. Lo dejaron en mala forma y con miedo. Tanto, que ni quiso hacer la denuncia. No puedo dejar de preguntarme a qué viene tanto misterio. Cuando no se tiene una respuesta, es que hay algo sucio. De lo contrario, no se justificaría la violencia.
- Nunca se justifican esas cosas, comentó Ordóñez, después de pensarlo. Es muy grave lo que dice.
- Estoy seguro de que lo es, ratificó Abel. Tanto, que para saber lo que está sucediendo es que vine a buscar esos datos.
- Lo siento mucho, se disculpó el otro. Yo soy un funcionario, ¿me entiende, verdad? Debo cumplir los reglamentos.
- Por supuesto, aclaró Abel. Le conté lo sucedido para que vea que no me mueve sólo la curiosidad, digamos, profesional en el asunto. Me han amenazado a mí también.
- ¡Increíble!, exclamó Ordóñez. ¿Y qué hará usted? ¿Debe cuidarse!
- En la medida de lo posible, lo estoy tratando de hacer.
- Regresó a la redacción desanimado.
- No consigo nada, confió a Cacho. Hay silencio por todos lados.
- Cacho levantó la vista con un gesto de cansancio.
- ¿Por qué no dejás esto y trabajás en algo firme?, propuso. Faltan dos días para el cierre, Abel. Ponéte a laburar en lo del mercado de capitales, hacéme el favor. Tu

aumento está pedido y Lorenzo preguntará qué hiciste para este número. ¿Qué le voy a decir? ¿Que estuviste trabajando en un imposible?

- Cascaron a Fantin por ese imposible, recordó Abel. El propio García pidió silencio, y vos y yo quedamos en que seguía. No me saques el tema ahora.

- Hay veces en que es sabio cambiar el objetivo. Si no tenemos de dónde agarrarnos, ¿a qué seguir? Dejálo, que ya volverá a sonar.

- Un día más, pidió Abel. Si no consigo nada, abandono.

- Bueno, concedió Cacho. Pero si mañana estás como hoy, lo dejamos y te ponés a trabajar en otra nota. ¿De acuerdo?

- Hecho.

Llamó a Fantin.

- ¿Cómo andás?

- Todavía me dura el susto, contestó el otro. No puedo trabajar. No puedo leer. No puedo hacer un carajo y me siento una piltrafa.

- ¿Seguís pensando en no hacer la denuncia?

- ¡Estás loco! ¿Qué denuncia? Dejo todo ahí y que se pudran. ¡Por favor! Lo que me falta es que me la vuelvan a dar por bocón.

- Podrías hacerla en el sindicato, insinuó Abel. Pensá que te pegaron por periodista. Se podría armar un poco de ruido.

- ¡No!, se espantó el otro. No quiero que nadie se meta. Menos el sindicato. ¿Qué le puede importar? Harán ruido, es cierto. Pero no por la paliza que recibí sino en resguardo de los intereses del gremio y en defensa de la libertad de trabajo y de información. Son cosas más importantes que protestar porque a un tipo lo cagaron a palos, dijo en tono hiriente. Déjame tranquilo, flaco. No me golpearon por periodista, sino por pelotudo. Y hacéme caso. Abrirte, que si seguís, la vas a ligar vos también.

-¿Olés que se está armando algo y te quedás en el molde?

-¿Y por qué no lo puedo hacer?, lo desafió. Todavía me duelen los huevos del estrujón, ¿sabés? No quiero más. Para mí fue suficiente.

- Está bien, se conformó Abel. Es tu vida.

- De eso se trata.

Colgó con desaliento.

- Pasará el tiempo y me encontrará igual, se dijo. García creerá que pudo conmigo, que arrugué por miedo y no por falta de datos.

Sintió una mano apretándole el hombro y levantó la cabeza.

- ¿Qué te anda pasando, muchacho?, lo saludó Anselmo. Se te nota en cualquier parte. ¿Tenés problemas?

- Estoy en un quilombo, anunció Abel. Y Cacho me dio un día para definirlo.
Si no traigo nada, me saca del asunto.

- Salgamos, ofreció Belloni. Te invito un café.

Aprovechó que le sobraba el tiempo para vagar por antiguos trayectos, buscando reconquistar al menos, una parte de su pasado. Anduvo por Corrientes prometiéndose un café en el Plus Ultra. Quizás encuentre a algún conocido, se ilusionó. Alguien que haga a la ciudad más humana o más propia. Cuando llegó a la esquina de Canning, comenzó a sospechar que no le sería fácil. El tiempo había transcurrido y la geografía que se presentaba fresca en su memoria no coincidía con la que tenía delante. La farmacia ya no estaba. En su lugar, una tienda. El Banco Sirio-Libanés había sido tragado por la nostalgia, al igual que el bazar Dos Mundos. Por suerte, El Cafetal permanecía. La calle Canning ya no tenía nombre de lord.

Allí, el Plus Ultra, se dijo. Seguía estando, pero transformado en perfumería. Del mercado San Miguel no quedaban rastros, y donde sabía erguirse el Victoria, con sus mesas de billar cubiertas de cicatrices producidas por tiros de massé, se alzaba un supermercado. Con el cine Rívoli, la historia no había sido más benevolente.

Rosenberg iba registrando cada cambio con desasosiego. Éste no era su barrio de entonces. Es decir, que tampoco él era quien creía ser. Ambos se habían transmutado, y hasta posiblemente muerto, diluidos en una cotidianeidad ajena. Las pérdidas del abandono. Ninguna de esas calles lo recordaba. Eran de otros sueños o de distintas nostalgias. Las suyas iban por surcos por los que circulaban tranvías y trolebuses, y los colectivos eran rectangulares. Hasta caballos había en las calles de su memoria, haciendo guardia paciente, uncidos a los mateos a la espera de un viaje. Tampoco estaban.

Se internó por las laterales y en ellas revivió. Tenían todavía un parecido con esas que conservaba como propias. El perfume de los paraísos persistía. Le reconfortó. Aspirándolo, se lanzó por esas callejuelas mal iluminadas, donde el tiempo no había corrido tanto. Por aquí vivíamos, murmuró como quien relata una vieja historia a un amigo reciente. En esa esquina estaba el almacén de don José. Hasta allí llegaba Abel haciendo los mandados cuando era chico, en busca de cien gramos de jamón cocido o de un pote de crema. La crema la traían desde el tambo, recordó Rosenberg. No como ahora. Abel salía de casa con un frasco vacío y reluciente, y don José lo ponía en la balanza, colocaba las pesas en el otro platillo y, manoteando bajo el mostrador, sacaba un tarro de latón que abría ceremonioso. Caía la crema, espesa, blanquísima, en un chorro grueso

y lento. Se movían los platillos de la balanza hasta emparejarse y don José, levantando el tarro, le limpiaba la boca con un trapo para volver a esconderlo.

Eran otros tiempos, coincidió Rosenberg con su recuerdo. En las esquinas había policías de facción, y en el cruce de avenidas existían garitas de color celeste, desde las que dirigían el tránsito. A medianoche, los que estaban de consigna se hacían señales con sus silbatos que se multiplicaban de cuadra en cuadra. A Abel lo inquietaban, como en un augurio.

Llegó Rosenberg a la calle donde había vivido. Allí estaba la casa, señaló para sí o para su amigo reciente. Tenía un patio grande al que daban las habitaciones. Mosaicos negros y blancos formaban un damero que Abel recorría con su triciclo. Los techos eran altos, y había una sala enorme, iluminada con una araña repleta de caireles que tintineaban al limpiarlos. Había muchas cosas, pensó parándose ante el solar donde había vivido. Entre tantas, estaba yo con mi hijo vivo y mi mujer, con mis años mozos y los sueños. Todo se fue, todo pasó, y ya me ves. Vuelvo y no tengo mocedad ni mujer. El hijo se esfumó como la casa. No quedó nada. Hasta ese suelo que era mío, hoy me está vedado. Hay una puerta que me impide entrar y, tras ella, no quedan huellas de mis pasos. ¿Debo quejarme por eso? Lo dejé creyendo que nunca lo extrañaría. Y ya ves: busco signos, así sean rastritos elementales. No los encuentro. Otros han construido aquí sus paredes, guardado sus bártulos y colgado cuadros. Pisando donde yo pisé. Sin saberlo. Más, sin importarles. Es así como hoy soy aquí un intruso, un ajeno, se reconoció. No me pertenece, y lo que fue ya no importa. Pero aquí nació Abel, recalcó, y creí que me continuaría. En la posesión de la tierra mínima y en la promesa. Ya lo ves, señaló. Abel no está y nadie lo recuerda.

Se recostó contra el frente tapizado en mármol y miró a su alrededor. Los árboles también son nuevos, observó. A los otros los talaron. Debían estar viejos y podridos. Los debieron talar para reiniciar un ciclo donde yo no cuento. Mi hijo tampoco. También a él lo han talado.

¿Qué hice para que nada quede en pie?, se dijo. ¿Qué dejé? Un viento de maldición sopló sobre nuestras cabezas, Abel. Todo se ha vuelto estéril, susurró. Sólo queda el recuerdo de lo perdido. Engendré un hijo que es un espectro. Su sombra no proyecta más que sombra. Don José guardó el tarro de crema bajo el mostrador, y alguien guardó a don José. He sembrado vientos y no sé cómo recogerlos. Tempestad. Tormenta. Las piedras ya no me reconocen, porque son otras, ajenas. ¿Tendré perdón por tanta herejía? ¿Saldrá don José debajo del mostrador alzando su tarro lleno de crema gorda? Sólo los paraísos huelen como entonces, pero son otros que no tienen memoria ni pasado.

Lo asaltó un ataque de llanto y se dejó llevar por él, envuelto en la sombra. Sintió que las lágrimas le resbalaban y las dejó correr. Tendió una mano hacia el mármol y le sorprendió su frialdad. Tanteó su lisura hasta encontrar sus bordes laterales.

Bloques de mármol in memoriam del patio con mosaicos en damero. Abel lo cruzaba montado en el triciclo que compré en Casa Halcón, sobre la avenida Callao. Era azul y tenía un timbre de metal. Abel pulsaba su pestaña, haciéndolo sonar mientras cruzaba el patio en todas direcciones. Ahora está el mármol tapiando la entrada de la casa, que fue demolida, al igual que talaron los árboles, al igual que se esfumó Abel.

Ya nada es mío, se lamentó Rosenberg. Sólo quedó lo que supe darle a mi hijo. O sea, el nombre que esconde a su delator. El mármol que cobija a sus asesinos. ¿Para esto lo parieron? ¿Valió tanto dolor? Planchuelas de mármol recubren mi pasado. En él, mi hijo jugaba a la rayuela en el patio. Saltaba de la Tierra al Cielo, empujando una piedrita con el pie. ¿Qué más puedo decirte? Si me hubiera quedado, ¿sería distinto? ¿Estarías? Sólo el aroma de los paraísos recuerdan viejos tiempos. No eran mejores. Pero de éstos, nadie habla. Todos callan. Disimulan. Yo no soy mejor que ellos, no te engañes.

No te engañes, Abel, repetía Rosenberg como una letanía, mientras pegaba con el puño en la superficie del mármol. No soy mejor que nadie. Ahora que me pesan los años y la culpa, me encuentro condenado a soportar esta extranjería en mi tierra y un silencio que mata.

Quedó con el puño suspendido, interrumpiendo los golpes. El mármol, de todas formas, no era un gong. Los golpes habían resonado en su muñeca, en sordina.

Ahora todos callan, se dijo Rosenberg. Nadie quiere recordar el pasado. Como si no hubiera sucedido, o fuera de otros. Miran hacia cualquier lado, pestañean con sorpresa. No te engañes, Abel, yo no hago otra cosa

¿Pero podrían engañarte hoy? ¿Alguien podría volver a ilusionarte? Te han hablado de tu maravillosa juventud y fue para robarla. Yo mismo la envidié. Desde los balcones te la señalaron. Yo estaba en Pennsylvania y lo leí en los diarios como noticia de otro mundo. En ese momento me causó gracia. ¿Lo creíste de veras? ¿De dónde, infeliz?

Alzando la cabeza, miró la luna. Tengo que encontrar a Veinticinco, murmuró. Por encima del silencio, necesito ubicarlo.

Un cascarudo caminaba sobre los balcones en dirección al cordón. Rosenberg lo vio en la penumbra. Se irguió, mirando por última vez el edificio. Los lugares valen por la gente que los habita, se dijo, no por otra cosa. Hallaré a Veinticinco, prometió. Por vos, Abel. O por mí. Pero no esperes mucho. Ninguno de los dos ocupa aquí un espacio.

Puso el taco del zapato sobre el cascarudo y muy despacio lo aplastó contra el suelo. Lo sintió crujir como un lamento. El bicho quedó incrustado contra la baldosa, quieto y deforme.

- Ahí terminaban mis papeles, contó Abel. Y después no hubo más.

- ¿Y por qué no reconstruiste la historia hasta terminarla?

Abel miró el fondo del pocillo, revolviendo el resto del café. Quedó pensativo y no contestó de inmediato. ¿Qué podría decir que ya no hubiera dicho?

- A poco de volver de Casablanca, susurró, cuando todavía estaba rumiando la pérdida de la valija, Argentina le ganó a Perú y a los pocos días salió campeón mundial. Al día siguiente, iba a la redacción atravesando la Plaza de Mayo por un costado. Tenía a mi derecha la Casa de Gobierno. Repasé su balcón central, para contar las arcadas. Siempre quiero hacerlo y no lo logro. Aparecen cosas que me distraen. Esta vez fue un grupo de gente. No eran muchos, pero me sorprendí. No era usual en esa época encontrar gente ante la Rosada. Serían un puñado de cien o doscientos o trescientos tipos. Eran hinchas de fútbol festejando el triunfo nacional. Se pusieron frente al balcón, haciendo sonar unas trompetas de plástico celeste. Algunos tenían gorros y otros agitaban banderines. Como estaba lejos, no distinguí qué decían. Pero a medida que me fui acercando, los cánticos se hicieron más claros. *¡Dale, flaco, dale, flaco!*, gritaban, haciendo mugir las cornetas. Me paré a mirarlos. Sabés a quién vivaban, ¿no?

- No.

- Vivaban a Videla y querían que saliera al balcón a recibir el reconocimiento de la barra por el triunfo conseguido. Pensé en acercarme para ver qué caras tenían. Imaginé que debían ser distintos de nosotros. Pero no me atreví. Tuve vergüenza de que me pudieran confundir con ellos. Aun así, a la distancia, pude ver que eran como cualquiera. Ahí se me fueron las ganas de rehacer la historia. ¿Para quién sería? Me sentí metido en una muchedumbre inentendible y Abel Rosenberg pasó al olvido.

- Ahora volvió.

- Sí, pero como recuerdo. Ni una lágrima por él. Lo que no resultó sólo vale como pérdida. ¿Acaso recién no te acordaste de tu aborto? ¿Volverías a pasar por lo mismo?

- ¡Idiota! No son cosas comparables.

- Es cierto, se turbó Abel. Lo que quise decir..., lo que quise decir es que lo que fue una vez, no se repite.

- No se trata de repetir. Digo que lo que no se hizo ayer volverá a plantearse mañana. Por otro lado, de distinta manera. Pero no se pierde. Las cuentas siempre se cierran. ¿Pensás que abortaría otra vez un hijo? Estoy segura de que no. Lo haría todo diferente. Pelearía de otra manera que no me hiciera sentir tan débil, tan basurita. ¿Sabés

la bronca que tuve en la camilla, con ese carnicero hurgándome las tripas? ¿Te imaginás lo que sentí hacia Cacho, que fumaba en la salita de espera, más preocupado por su trabajo que por su mujer y por un hijo? Dejé pasar una ocasión y salí lastimada. ¿Pensás que pudimos hablarlo después? ¡Ni sueñes! El silencio siempre cubre lo que más duele. Y así nos va. Nos estamos pudriendo. Más o menos como te pasa a vos con tu historia. Te sigue rondando y no conseguís sacártela de encima.

- ¿Qué tiene que ver?

- No sé, dijo ella con fastidio. Vos sabrás.

- No, lo de la historia de Abel es diferente. Sólo vale para mí, a nadie más le importa. ¿A quién le preocupa un desaparecido? Sólo a sus compañeros y familiares y a sus desaparecidos. Al resto, les chupa un huevo. Además, dijo Abel bajando la voz, te juro que sigo teniendo miedo.

- ¿Y a quién le preocupa un aborto, flaquito? Menos que menos, el mío. Al resto, incluido Cacho, también le chupa un huevo. Estoy convencida de que es cada uno quien pone el valor a los hechos.

Quedaron ensimismados, mirando la calle por el ventanal.

- La historia de Abel Rosenberg quedó como aquel cascarudo aplastado por un zapato. Sólo la puedo mover en el recuerdo -se justificó-. Me cuesta imaginar cómo podría seguir. Tengo miedo de revivir desgracias. ¡Mirá si las convoco!

(Además, una cosa es contártela y otra escribirla. Para eso hay que meter las manos, lo que resulta aquí peligroso. Los fantasmas de las nubes serruchan hasta las manos de los muertos, vos lo sabés. Entonces, déjame que cuide las mías. Las necesito y no quiero perderlas.)

- Son tus rollos.

Abdul Assam repasó los papeles con aire perplejo, para terminar dejándolos sobre la mesa. Miró a Suleiman, furioso.

El sol ya calentaba la tierra, y el viejo roncaba con la boca entreabierta, por donde le caía un hilo de baba. Tenía los músculos de la cara distendidos y parecía un niño, tapado con el perramus sacado de la valija. Abdul lo tomó del hombro y sacudió con fuerza.

- ¡Arriba, viejo, que amanece!

El otro se revolvió, intentando continuar el descanso.

- ¡Arriba, Sule! ¡Arriba, hombre!

Suleiman abrió un ojo o quizá los dos.

- Mal compañero, protestó con voz pastosa. Dejáme dormir.

- No, rechazó Abdul. Debo estar en El Nuasser dentro de una hora. Tenés que trabajar, gandul. Hay que limpiar esto. Tirar la valija, vender las cosas. ¡Tenés que moverte! ¡Vamos!

Suleiman se levantó renegando.

- No hay piedad para un viejo, se quejó. Con vos, tengo la piel más apaleada que la de un asno, pobre de mí.

Abdul acomodó los papeles y antes de guardarlos preguntó al viejo si no se quedó con ningún papel.

- ¿Y para qué los querría?, protestó Suleiman. ¿Qué haría yo con escritos de infieles en sus idiomas del diablo? Por supuesto que no. Los que estaban los tenés. No hay más.

- ¿Seguro?

- ¡Que reviente si miento!

Quedaron en silencio, mirándose indecisos. Suleiman dobló el perramus sobre el catre y continuó juntando los restos tirados en el piso.

- Hay una historia que no termina, se justificó Abdul. Faltan hojas. Se han perdido o las robaste, viejo del infierno. La cuestión es que la narración se corta.

-¿Y a mí qué me contás?, reprochó Suleiman. Quizás el viajero era tan pobre que no tuvo papel para terminarla. No me fastidies más, que bastante has hecho por hoy.

Abdul Assam se arregló la ropa, repasándose el pelo con los dedos.

- Voy al aeropuerto. Esta noche quiero verte con todo el dinero y las cuentas claras, ¿estamos? No te distraigas con los números.

- Nunca lo hice, se defendió Suleiman. Aunque sospeches de mí, soy honesto como, como, titubeó buscando una buena comparación. Al no encontrarla, dio un bufido. Soy honesto y no cambiaré, lo juro.

El otro no respondió. Se puso la campera envolviéndose el cuello con el kefiye.

- Regreso a la noche, repitió. Estate aquí con la plata que consigas.

Se subió al Citroën y tras varios intentos, consiguió ponerlo en marcha. Estuvo un rato calentando el motor, Hasta que puso la primera y echó a andar. ¡No toques los papeles!, pidió. Suleiman agitó un brazo en un saludo, y se quedó viendo cómo se alejaba entre nubes de polvo.

Esa mañana debió atender dos aviones de Air France y un cascajo de Ecuatoriana. Junto al resto de la cuadrilla pasó parte del tiempo en el bar, somnoliento. Una y otra vez le volvía a la memoria el manojito de papeles que guardara. Lamentaba que la historia estuviera trunca. Era una nueva frustración que agregar al desgraciado botín de la valija.

Al mediodía, salió del aeropuerto y, cruzando la ruta, fue hasta un parador a almorzar. Estaba en eso cuando vio el coche de Sidi ben Akbar estacionado. Salió el gordo de su automóvil refrigerado, junto a un europeo anguloso y moreno. A Abdul no le gustó. El hombre tenía rasgos demasiado duros y un gesto en la boca que parecía un desprecio congelado.

- Me avisaron que estarías aquí, explicó Sidi ben Akbar dejándose caer a su lado.

Abdul apuró unos pedazos de cordero, y con la boca llena intentó saludar.

- Comé tranquilo, dijo el Sidi. Tenemos tiempo.

Sin esperar invitación, el europeo también tomó asiento. Pidieron unas gaseosas, y mientras Abdul tragaba su almuerzo, el Sidi encendió uno de sus cigarrillos egipcios, envolviéndolos en una nube de humo.

- ¿Cómo van tus cosas, Abdul?

- A Dios gracias, bien, Sidi.

- Más que al Altísimo, sabés a quién debés tanta bonanza, recordó el otro. Le debió resultar gracioso su comentario, porque estalló en una ruidosa carcajada, acompañada de un palmoteo en la pierna. ¡Sí, señor!, rió. ¡El sabe bien a quién tiene que agradecerle!

Los tres volvieron al silencio tan pronto como el gordo recuperó la seriedad. Estuvieron un tiempo contemplando la ruta, y Abdul se preguntó qué sucedería para que el Sidi levantara su trasero del sillón de la prefectura.

- Él es François, dijo el Sidi, señalándole al europeo con un codazo. Hoy trabajarán juntos, ¿está claro?

Abdul y el otro se saludaron con un cabeceo.

- François te dirá de qué se trata. No es un trabajo normal, pero podés hacerlo.

No preguntó nada. Sin dejar de contemplar la ruta, y más allá de ella la torre de control del aeropuerto, murmuró:

- También tengo trabajo en el aeropuerto, Sidi. ¿Recordó eso?

- No hay problema. Estás relevado por hoy. Ya avisaré, no te preocupes.

- Entonces, todo está bien.

Sidi ben Akbar terminó su cigarrillo con parsimonia. Dio la última pitada y, aplastando la colilla con su zapato de cuero de cabra, se levantó.

- Los dejo, anunció. Les deseo la mejor de las suertes.

Abdul se quedó con el europeo. Ambos inmóviles, como dos esfinges. Hasta que el europeo habló.

- Esperamos a un hombre, Abdul. Viaja en el vuelo de las 17.45. Va a Rabat y no debe llegar. Yo ocuparé su lugar, ¿entendés?

- No.

- El hombre debe quedarse en Casablanca.

- ¿Querrá?

- Seguro que no. Ése es nuestro trabajo.

- El avión para treinta minutos, comentó Abdul. Con demorarlo, lo pierde y se queda.

- Puede tomar otro, señaló François. Eso no interesa. Tiene que quedarse en Casablanca.

- ¿El Sidi está de acuerdo?

- Ésas son sus órdenes.

- Entonces se quedará. ¿Qué es lo mío?

- El dinero que lleve y una bonificación que luego te dará el Sidi.

- Quisiera también sus joyas y el reloj.

- Son tuyas.

Abdul ahogó un bostezo. Día de mierda. No había dormido, y encima le salía esta tarea. El reloj marcaba las 14.10. Empezó a relajar el cuerpo. Desde las piernas, fue

ablandando músculo a músculo. El otro se levantó en algún momento y anunció que iba a reconocer el lugar.

- Después vemos cómo hacerlo, avisó. Abdul no contestó.

François tardó en volver. Cuando lo hizo, eran las 17.00. Abdul abrió los ojos, comprobando que se había dormido.

- ¿Qué se te ocurre?, preguntó François.

El hombre tenía una voz desagradable, se dijo Abdul. Demasiado ronca para su gusto.

- Es un vuelo internacional, recordó. Habrá que encontrar la manera de sacarlo. No es simple. No dejan salir a los pasajeros en tránsito. A menos que haga Aduana y cambie de avión.

- No lo hará.

Abdul se quedó pensando.

- Hay que hacerlo ir a los retretes.

- ¿Y cómo?

- Ésa es tu parte. Vos traélo, que ahí adentro yo me encargo. Pero no pidas que invente milagros.

- Escuchá, pidió Abdul tras una pausa. Puedo hacerte ingresar al espigón internacional. Podrías pasar por un pasajero más. Lo charlás y con alguna excusa lo llevás al baño. En una de ésas, va al baño sin que le digas nada. Aún así, lo acompañás. Tenés que entrar con él. Si no, no voy a saber de quién se trata.

- ¿Pistola o cuchillo?

- Usaré cordón. Es silencioso y no mancha.

- Lo dejo en tus manos.

Abdul se incorporó y llamando al mesero pidió la cuenta.

- Pagá, le indicó a François.

Cruzaron la ruta y entraron al aeropuerto. Abdul se movía con seguridad. *Vos seguíme*. Atravesaron una barrera e ingresaron a la sala de preembarque del pasaje internacional. El policía de consigna lo llamó. *¡Ey, Abdul! ¿Adónde vas?* Volvió sobre sus pasos. *Él es un primo de Sidi ben Akbar, el subprefecto*, explicó señalando a François. *Espera a una mujer que viene en el avión de las 17.45 para acompañarla hasta Rabat. ¿Tiene pasaje?*, curioseó el policía. *¿Desde cuándo sos comisario de vuelo?*, se burló. *Dejá que los del avión se ocupen de su trabajo. Vos hacé el tuyo*. Los dos rieron, y Abdul se juntó con el otro.

- Pronto anunciarán el aterrizaje, le anticipó a François. Rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar un hilo de seda rematado en cada extremo por un palito. Lo desenroscó y

tomándolo de las puntas probó su tensión. Pareció conformarlo, porque volvió a guardarlo-
. ¿Quién es el hombre?

François lo miró con burla.

- No es amigo, aclaró. Lo demás te lo dirá el Sidi.
- Está bien. ¿Cómo es de grande? ¿Es joven?
- Más o menos como yo, dijo el europeo.
- ¿También francés?
- También.
- Mejor así.

Por los altavoces ya habían anunciado el arribo de la máquina. La vieron carretear a través de los cristales.

- Debo ir a los retretes, indicó Abdul. Enseguida vendrán. Queda en tus manos. Entrarás con él, acordáte. Tratá de llevarlo al fondo.

- Perdé cuidado, dijo François, más ronco que nunca.
- El dinero, las joyas y reloj. ¿Estamos, no?
- Es el trato.

Abdul se alejó, entrando en el baño de hombres y se dirigió a la zona de los retretes. Eran media docena de boxes, divididos por mamparas de no más de dos metros de altura, que no llegaban al piso. Se metió en uno de ellos, atrancó la puerta y, sentándose en el inodoro, desplegó el cordón de seda. "Ojalá que el europeo sea. hábil y no demore", rogó.

Sin embargo, debió aguardar. Los minutos pasaban y un murmullo de voces comenzó a llegarle a través de la puerta. Se imaginó la sala repleta de viajeros. Los batientes de los baños comenzaron a chirriar en vaivén. Abdul se incorporó sobre el inodoro, y por encima del tabique pudo comprobar que François aún no había llegado. Dos hombres meaban dándole sus espaldas, y un tercero se había puesto a cagar en un box. Los hombres entraban y salían en rápido carrusel. El baño se iba vaciando y el francés no llegaba con su francés. Escuchó las voces metálicas de los altoparlantes y se imaginó que estarían llamando para el preembarque.

Fue allí que chilló la puerta y Abdul escuchó que entraba gente. Atisbó por encima de la mampara y, con alivio, descubrió que se trataba de François y un desconocido. No hablaban entre sí. François revisaba ansiosamente los retretes, buscándolo con la vista, mientras el otro enfrentaba un mingitorio. El francés recién lo descubrió cuando Abdul ya estaba lanzado. Abrió la puerta del box y como una sombra se arrojó sobre el que meaba, pasándole el cordón por el cuello mientras cruzaba los brazos con fuerza, estrangulándolo.

El hombre se sorprendió, pero ya era tarde. Había perdido hasta la vertical y así ingresó al box, dejando una huella de orín. Abdul le puso una rodilla en la espalda y apretó hasta sentir que los palitos de los extremos se le incrustaban en las palmas. El hombre tuvo un estertor y su cabeza cayó exánime dentro del inodoro.

Tenía un buen reloj. Con alegría, Abdul le sacó el Rolex y un anillo de sello. Le atrapó la billetera y también le encontró un revólver. A pesar de no integrar el trato, consideró que era parte de su botín. Guardó todo entre sus ropas y, asomándose, vio a François vomitando. Le alcanzó el pasaje y el pasaporte del otro.

- ¡Dejáte de tonterías!, increpó. ¡Vas a perder el avión!

François lo miró con los ojos enrojecidos por las arcadas. Extendió la mano y tomó los documentos.

- ¿Necesitás algo más de éste?

- El ticket de su equipaje, musitó François, secándose las comisuras.

Abdul revisó la billetera y se lo entregó.

- ¡Volá, que se te hace tarde!

François tomó los cartoncitos y lo saludó con algo parecido a un gorgoteo mientras se precipitaba hacia la salida. Abdul se encerró nuevamente con el hombre y, más tranquilo, lo sentó en el inodoro. El maldito pesaba un infierno y costaba ubicar su cuerpo desmadejado en alguna posición de equilibrio. Repasó con cuidado sus bolsillos, de donde retiró una estilográfica, una chequera, monedas y algunas balas.

- Siempre queda algo, dijo con satisfacción. Trabajar de apuro es mal negocio.

Le bajó los pantalones al finado, atrancó la puerta desde adentro y se izó sobre la mampara hasta dejarse caer en el box lindero. Ya se iba, cuando un retorcijón le hizo cambiar de ideas. Tras un titubeo, cerró la puerta de su retrete y vació su intestino. Salió con una plácida sensación de bienestar. Traspasó la barrera y fue a la playa de estacionamiento. Puso en marcha su Citroën y se dirigió a casa. Suleiman aún no había vuelto.

A solas, comprobó que el francés había valido la jornada. Su billetera rebosaba de dinero, el arma era preciosa y en buen estado, el reloj y el anillo de oro eran auténticos y la pluma de marca. Se preparó un té, sacó los papeles y los puso sobre la mesa, sentándose ante ella con una taza en la mano.

Durante un largo rato estuvo mirando la lapicera. Era, sencillamente, hermosa. Un cilindro dorado, de superficie suave, que le hizo recordar una vieja pluma que usaba su padre.

A la luz del candil y de cuclillas en la carpa, el cabo Gutiérrez destapaba el tintero y, después de calzar la pluma en la punta de un palito lustroso, la hundía hasta

empaparla de tinta, la escurría contra el borde del frasquito y luego, muy despacio y acompañándose con movimientos de lengua que le circunvalaban la boca, escribía con grandes trazos su contabilidad, sobre las páginas de una libreta de tapas de hule negro que Abdul miraba con envidia.

Peseta tras peseta, dirham tras dirham, el cabo Gutiérrez asentaba sus pagas y sus gastos en columnas desparejas. Sumaba, restaba, sacaba equivalencias, conversiones y cálculos que nunca coincidían, pero que parecían calmarlo. Contabilizaba los meses que le quedaban de contrato, especulaba con posibles ascensos, imaginaba créditos por diferencias de sueldos, para terminar guardando la pluma y sus accesorios en su morral, junto a esa libreta que nunca apareció entre sus cosas.

Repasó los papeles de la valija hasta decidirse. Tomó del armario unas cuartillas en blanco y, sacándole el capuchón a la Mont Blanc de oro del francés, empezó a escribir con pulso firme, como si estuviera dentro de la carpa y a la luz de un candil:

Sidi ben Arrighi encendió un cigarrillo mientras miraba los vidrios del cuadro de Modigliani, esparcidos sobre la moquette de su despacho. No pudo evitar una mueca de fastidio. Dio unas pitadas nerviosas a su cigarrillo egipcio y, después de un instante, pidió a su secretaria por el intercomunicador que enviara a alguien a limpiar. Ya mismo, recomendó. Cuando entró ibn Gutiérrez, hizo como si estuviera enfrascado en la lectura de un informe.

Escribía, y el rasguño de la pluma le despertaba sensaciones archivadas. Alzando la cabeza, miró hacia un rincón oscuro de la cocina, imaginando que podría tropezar con los ojos de un mocito contemplándolo con envidia.

Cuando regresó, se sentía mejor. El café con Belloni le había levantado el ánimo.

- Un día puede ser una eternidad, le recordó Anselmo. No te desmayes, que todavía la nota es tuya.

Apenas salió del ascensor, la recepcionista del piso la llamó.

- Hay un sobre para usted, dijo, entregándoselo.

Era grande y pesado. Lo abrió camino a su escritorio y lo primero fue una nota mecanografiada que decía:

Estimado señor Ferrari: Le envío copia de una documentación que le interesará. Me costó decidirme y ruego que no me haya equivocado. Le suplico la mayor de las reservas. Cualquier infidencia podría costarme más de lo que imaginamos. O. (Por la memoria de Díaz Mena).

Se puso loco. Guardando la nota en el bolsillo, entró a la oficina de Cacho. El otro le echó una mirada curiosa pero no dijo nada. Abel vació el contenido de sobre-bolsa en el escritorio. Un montón de fotocopias abrochadas quedó ante su vista. En su carátula

se leía: "BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO. Expediente número 3276. RESERVADO. Proyecto de construcción y financiamiento de un polo industrial en la Provincia de Misiones, República de Argentina. PROPONENTE: PAPELERA DEL SUR SOCIEDAD ANÓNIMA - SEPTIEMBRE 25 DE 1983".

Repasó las fotocopias sin poder leerlas de la ansiedad, constatando los membretes oficiales, sellos y rúbricas de funcionarios que habían intervenido en el trámite, prolijos informes contables y gráficos econométricos.

- ¡Milagro! ¡Milagro!, gritó extendiéndole a Cacho las copias y la notita.

El otro tomó el papel y las fotocopias, y preguntó ansioso.

- ¿Qué significa esto? ¿Quién es O?

Abel estallaba de alegría y excitación. Caminó de un extremo a otro de la piecita.

- ¿Esto? ¡Es la prueba! ¡El eslabón perdido, Cacho! ¡Una copia del expediente de la papelería en el BID! La pieza que nos faltaba. ¿Qué te parece?

- No sé. Habrá que estudiar esto. ¿Quién es "O"?

- Un amigo. No puedo decir el nombre. Digamos que es un informante. ¿Sigo con el caso, o lo dejamos?

- ¿Estás loco?, rió Cacho. Seguís adelante, hasta descifrar este mamotreto. Mañana a la tarde nos reunimos y me contás las conclusiones. Ahí decidiremos.

- Hecho, asintió Abel. Lo estudiaré en casa.

Tomó las copias y las volvió al sobre.

- ¡Pará!, dijo Cacho. No lo saques de aquí. ¡Mirá si lo perdés! Es un ejemplar único.

- No aguanto hasta mañana. Pero podemos hacer una copia, y la guardás.

Después de que fotocopiaran los folios, Abel los metió en el sobre-bolsa.

- Chau. Cuidá lo que te dejo y no lo hagas circular.

- Quedate tranquilo. Pongo todo en la caja fuerte.

Salió a la calle, apretando el sobre contra su cuerpo. Allí estaba la clave de su búsqueda. Sus palos de ciego estaban dando resultados. No había aflojado, tratando de encontrar la punta, algún hilo que lo llevara a una certeza. Ahora la tenía y era por su insistencia.

¿Qué le habrá pasado a Ordoñez para que se juegue así?, se preguntó.

Violando las normas administrativas y los reglamentos, le sirvió en bandeja lo que le venían escamoteando. Por la memoria del difunto, decía en su carta.

Tendría que destruirla, pensó. Le daba pena. Era como romper un vínculo. Pero conservarla era mantener abierta una puerta a la exoneración de Ordoñez. No puedo hacerle correr ese riesgo, dijo, rompiéndola en pequeños trozos.

Más aliviado, llegó a su departamento y dejó el sobre-bolsa en la mesa. Se cambió, poniéndose un vaquero. Preparó un mate y se sentó frente a las fotocopias dispuesto a develar sus dudas.

Como introducción, apareció un informe patrimonial. Papelera del Sur hacía llegar al Banco los balances de los tres ejercicios anteriores, aclarando que el último estaba aún sin aprobar. Los números encolumnados pasaron ante él, mareándolo. No entendía, pero a sus ojos profanos parecía que las cifras confirmaban los informes de García. Sus activos triplicaban el valor de la totalidad de sus acciones. En el último balance, esta relación se duplicaba. La cuenta de resultados era fenomenal, y demostraba que la empresa había ganado en el último año más que en los cinco anteriores, a valores constantes. También había crecido su capacidad de endeudamiento y disminuido el costo financiero global de una mayor rotación de capital operativo.

Una demanda interna sostenida y el ensanche de las oportunidades exportadoras en el marco de los convenios vigentes con América latina y Europa tornan factible y necesaria una ampliación de nuestra estructura productiva, decía la Memoria elaborada por el directorio. La solidez alcanzada, unida a la potencialidad de nuestra empresa, ha hecho posible contar con la promesa de las autoridades de avalar los emprendimientos proyectados con la garantía de la Nación.

Una carta del Banco Central a la Junta de Gobernadores del BID era coincidente con el cuadro descrito.

Papelera del Sur pedía un crédito promocional de cincuenta millones de dólares con destino a construcciones civiles e industriales, forestaciones, dragado y finalización de un puerto fluvial. Había también un informe de auditoría externa practicada por una empresa internacional, una nota del Ministro de Economía abogando por el otorgamiento del préstamo e innumerables informes técnicos internos del BID que analizaban las posibilidades de repago de la firma.

En general, eran todos optimistas. Estaba pensando que necesitaría del asesoramiento de algún contador para descifrar los datos cuando sonó el teléfono.

- ¿Ferrari? ¿Abel Ferrari?

- Él habla. ¿Quién es?

- Ordóñez. ¿Cómo le va?

- ¿Ordóñez?, se animó Abel. ¿Cómo está? Gracias por lo suyo. Estoy estudiándolo en este momento.

- Espero que le sirva. Me jugué la cabeza para conseguirlo. Aunque sea obvio, le reitero el pedido de reserva.

- Descuide.

- Gracias, descuento su discreción, interrumpió el otro. Hay otros documentos que quisiera hacerle llegar, para completar su panorama. ¿Cómo podemos hacer?

- ¿Más datos?, se regocijó Abel. ¡Véngase a mi casa! ¿Tiene para anotar la dirección?

- Ni loco. No lo tome a mal, pero su casa puede estar vigilada. ¿Podemos juntarnos ahora en algún otro lado?

- ¿Adónde está usted?

- Podríamos encontrarnos en el bar "Tolón". ¿Lo conoce? ¿Le parece bien?

- Lo ubico. Pero estoy lejos de ahí, señaló Abel. Podría llegar en casi una hora, más o menos.

- ¿Tanto? No, tiene que venir antes. Mañana debo partir a Santiago de Chile y no dispongo de mucho tiempo. Si no es ahora, queda para otra vuelta.

- Está bien, se decidió Abel. En el "Tolón", dentro de cuarenta minutos.

- No tarde. Estoy muy nervioso, ¿sabe? Véngase rápido.

- Aguante que voy.

- Rápido, por favor, se despidió el otro.

De un salto se puso una campera y salió. La voz de Ordóñez lo había alarmado. El hombre estaba con miedo y era su responsabilidad cubrirlo y calmarlo. Caminó apresuradamente hacia la avenida, buscando un taxi.

Tardó en encontrarlo y más en llegar. Cuando entró en la confitería, lo hizo por un costado. Tenía la impresión de que, si ingresaba por la puerta principal, se iba a hacer notar. Escrutó entre las mesas buscando a Ordóñez. Al no hallarlo, optó por sentarse. Pidió un café y confirmó que se había retrasado unos diez minutos.

Pasó media hora más y Ordóñez no apareció. Las colillas se amontonaron en el cenicero, y Abel oteaba la calle deseando verlo llegar. Miró a la gente de las mesas vecinas y se sintió a kilómetros de ella. En su mayoría eran parejas. Unos hombres se inclinaban sobre sus compañeras y parecían contarles cosas apasionantes o divertidas, a juzgar por la atención con la que eran escuchados. Alguna mujer reía pero, en general, todo era muy circunspecto. En la penumbra, se sintió un extraño.

Cumplida la hora, llamó al mozo y pagó. Con un suspiro emprendió la vuelta con desaliento. Algo no había funcionado y Ordóñez faltó a la cita. Podría ser una tontería o algo serio.

Emergió del ascensor, prendió la luz del palier, y enfrentó su puerta. Fue allí que se quedó en suspenso, con la llave en la mano. La puerta del departamento estaba entornada. Desde el umbral se podía adivinar un cono de sombras. El miedo le hizo volcar

el corazón. Miró la puerta fijamente, y retrocediendo se zambulló en el ascensor de un salto, yendo hasta la portería.

Tocó el timbre y debió insistir. La chicharra sonaba insolente en el silencio del descanso y lamentaba quebrarlo, pero la puerta entornada era demasiado terrible. La oscuridad que se intuía por su rendija era una promesa sórdida. Apareció el rostro malhumorado y dormido del portero.

- Discúlpeme, rogó Abel. Parece que entraron ladrones en mi departamento. ¿Podría acompañarme?

El hombre se despabiló bruscamente.

- ¿Ladrones? ¿Están adentro de su casa?

- Eso no lo sé. Recién vuelvo. Encontré la puerta abierta y todo oscuro.

El otro lo sopesó con duda.

- Espere que me visto y vamos.

Salió a los pocos minutos portando un arma. Abel lo miró con aprensión.

- ¿No será mejor llamar a la policía?

- ¿Cree que vendrán?, retrucó el portero. Mejor vayamos a ver.

Descendieron. Las luces automáticas se habían apagado y la oscuridad del pasillo era total. Tan sólo se veía el recuadro de luz del ascensor, hasta que el portero encendió la del piso. Observaron con cautela la puerta entornada.

- ¿Tocamos timbre?, sugirió Abel.

No esperó respuesta y pulsó el llamador. Se sintió ridículo al oír el timbre de su propia casa sonando para él. Un silencio absoluto invadía la estancia a oscuras. Nada pareció moverse adentro ni se inquietó con la chicharra. El portero lo animó, levantando su pistola.

- Entre y prenda la luz. Yo lo cubro.

- ¿No quiere pasar primero?, preguntó Abel.

- Es su casa.

- Pero es usted el que tiene un arma.

- Si de eso se trata, se la presto.

- No, deje.

Cubriéndose con la pared, metió la mano adentro del departamento, tanteando hasta encontrar el interruptor.

- ¡Ahora!, gritó encendiendo, al tiempo que daba un patadón a la puerta, haciéndola abrirse hasta rebotar contra su tope. El portero, entretanto, se había acuclillado en posición de tiro.

Quedó la puerta abierta, largando chorros de luz hacia el palier ahora a oscuras. Ninguno se movió, aguzando el oído para detectar cualquier rumor, algún roce que anticipara el peligro. Nada.

Animándose, Abel entró. Quiso entrar, mejor dicho, pero quedó clavado en el umbral, mirando a su alrededor con desolación.

Más tarde descubrió que los destrozos fueron escasos. Le habían arruinado la cerradura con una ganzúa de mala calidad, que se quebró trabando el pestillo. Habían vaciado en el piso el contenido del placard. Igual destino tuvieron los libros y demás cachivaches, ahora revueltos. Detrás suyo escuchó un silbido.

- ¡Qué desastre!, observó el portero.

Lo más parecido a una requisa apresurada. Abel levantó una silla y se sentó, queriendo tomar fuerzas. El portero, arma en mano, revisaba inventariando.

- No se llevaron la tele ni el tocadiscos, jefe. Tuvo suerte, lo felicitó.

- Se llevaron lo que les interesaba, dijo Abel. No eran ladrones comunes, se nota.

Fue hasta el teléfono y llamó a Cacho.

- ¿Qué te pasa a estas horas?, se quejó el otro.

- ¿Podes venir a mi casa? Tuve visitas.

- ¿Visitas? ¿Qué clase de visitas?.

- Entraron cuando yo no estaba. Forzaron la puerta y afanaron el expediente del BID. Dejaron todo patas arriba.

El otro entendió rápido.

- No toques nada. Voy apenas consiga un fotógrafo. Llamá a la cana, mientras tanto.

- Traé un cerrajero, Cacho. Arruinaron la puerta y no se cierra.

Miró a su alrededor y algo se le contrajo en el pecho. Le dieron ganas de llorar, pero la presencia del portero lo contuvo. Llamó a la policía. Cuando contó lo sucedido, le indicaron que a la mañana siguiente, temprano, fuera a hacer la denuncia personalmente.

- ¿Qué hago con la cerradura?

- Arrégla como pueda o llame a un cerrajero.

- ¿Y eso es todo?

- ¿Y qué más quiere que hagamos, ciudadano?, se encrespó el policía por el auricular. ¿Que vayamos por la calle preguntando quién fue?

Ibn Gutiérrez tuvo que arrodillarse sobre el alfombrado para recoger las astillas. Dudó, preguntándose si esa tarea le correspondía. Miró al patrón y, después de un titubeo, decidió que sí, que un ordenanza como él era el indicado para juntar las astillas del vidrio que estalló por un capricho del coso ese que se refugiaba detrás de la seriedad de su cargo, con cara de yonofuí.

- Cuidá tu puesto, se dijo entre dientes, mientras las recogía con los dedos. Cuidálo que no abunda.

- Será mejor que traiga una aspiradora, dijo Sidi ben Arrighi, dando una pitada a su cigarrillo egipcio. Así, seguro que se lastima.

Ibn Gutiérrez se incorporó, sacudiéndose las palmas contra el pantalón. Pensó que el otro no le advirtió para cuidarlo sino para proteger su alfombra. ¿Qué saldrá un metro de alfombra peluda? ¿Y cuánto el metro cuadrado de ibn Gutiérrez?

Entonces miró a ben Arrighi con ojos neutros y, después de pensarlo un poquito, dijo con voz ronca:

- No sé manejar la aspiradora, Sidi. Ése es trabajo para la gente de maestranza.

Recién allí pareció darse cuenta de que él no estaba para esa labor. Sonrió y con impaciencia pidió que dejara todo como estaba.

- Ya lo barrerán a la noche, ibn Gutiérrez. Puede irse.

Salió llevándose la pala y la escobilla. Antes de cerrar, volvió a echarle un vistazo al Sidi. Veía su cuello, y se repitió que alguna vez le enroscaría su cordón de seda y apretaría con toda el alma.

No se trataba de que el Sidi fuera un buen o un mal hombre. Era, en definitiva, buscarle un empate a la suerte. ¿Qué había hecho el Sidi para nacer rico? ¿Qué virtud especial, que él no tenía, había decidido un destino de regalo?

Su padre se lo había explicado. El cabo Gutiérrez se ponía a limpiar el máuser a la entrada de la tienda y mirando a lo lejos, más allá de los montes Atlas y quizá del mundo, le contaba en un susurro que los hombres no son iguales.

- Quien lo diga te engaña, hijo. Témele a ése, porque te estará vendiendo un espejismo. Los hombres no somos iguales, sentenciaba golpeando la culata del fusil. Mira: cuando estamos al nacer, alineados frente a Dios, él dice señalándonos: uno para

aquí, otro para allí; uno para aquí, otro para allí. Y según te toque, serás rico o pobre, sano o enfermo, blanco, amarillo, mestizo o negro. Y para morir es igual, hijo. Él sigue señalando y elige. Y aquel que es llamado, estirará la pata. No hay con qué darle a la suerte, hijo. Al final, te la encuentras siempre.

Pero a él no le convencían esas historias de legionario. Él envidiaba del otro la riqueza y la suerte. El Sidi no había tenido mérito alguno para tenerlas. Simplemente, había nacido. Y él, que hizo igual, vino jodido. Sólo un cordón de seda alrededor de los cuellos iguala a los hombres, se dijo. Pero también para eso hace falta estrella. No cualquiera pone el cuello, no cualquiera enrosca el cordón. Pero soñar es bueno, y ayuda suponer que es posible.

Guardó la escobilla con fastidio, y se dio cuenta de (que era. la hora de salida. Con alivio, se sacó la chaqueta de trabajo y el moñito, se puso la campera y fue hasta el reloj de control. Fichó su tarjeta y salió a la calle. Caminó hasta la parada de colectivos y, al llegar a ella, descubrió al hombre sentado en una mesa del café de la esquina.

El gordo miraba por la ventana con cara triste, y fue al pasar que los ojos de ambos se cruzaron. El gordo parpadeó, haciendo con la cabeza un gesto tan tímido como equívoco.

Ibn Gutiérrez respondió al saludo o a lo que hubiera querido significar ese cabeceo. Recordaba haberse cruzado con el otro a la entrada del despacho de Sidi ben Arrighi, y podía jurar que fue el gordo quien provocó que ben Arrighi quebrase los vidrios que él debió juntar arrodillado como un mono.

El otro le señaló una silla, en clara invitación.

Había duda, pero finalmente entró al bar y con aire decidido se sentó.

- ¿De dónde nos conocemos?

- De la fábrica, dijo ibn Gutiérrez. Yo vi cómo entraba a conversar con ben Arrighi.

- ¿Es su amigo?

- Soy su empleado. Quien le sirve café. Me llamo ibn Gutiérrez.

- Con razón su cara me parecía vista. Yo soy Sidi Natalio Rosenberg.

Ibn Gutiérrez frunció el ceño.

- ¿Le recuerda algo mi apellido?

- Conocí un Rosenberg, rememoró ibn Gutiérrez. Pero fue hace años. Y no se parecía. Era más joven.

- ¿Y cómo se llamaba ése?

Ibn Gutiérrez guardó silencio. Estudió al hombre con detenimiento. No era de los suyos. Más bien, era de los oíros. También un Sidi. Se notaba por la ropa, por sus gestos. Tuvo desconfianza.

"Nunca hables si no te preguntan", enseñaba el cabo Gutiérrez, corriendo el cerrojo de su fusil. "Que uno es dueño de su vida mientras no la largue en el aliento."

- No recuerdo - confesó, sorbiendo el café.

El hombre sacó su billetera y le mostró una foto. Una vieja foto de un hombre joven. ¿No sería éste el Rosenberg que conoció?

Ibn Gutiérrez la miró. "Nunca te arrepientas por mentir", había dicho el cabo Gutiérrez. "Son más los que han muerto por decir la verdad que por cambiarla."

- No recuerdo, concluyó con parsimonia bereber. ¿Quién es?

- Mi hijo, murmuró el Sidi gordo guardando su billetera. Abel Rosenberg. Es lo único que tengo de él. Trabajó para Sidi Arrighi hasta que desapareció. Estoy tratando de encontrarlo. O, por lo menos, de saber qué fue de él.

Pasaron cosas muy duras en esos tiempos, dijo Ibn Gutiérrez. Sé de gente que cuenta de gente que ya no está. Que desapareció. De un día para otro. Están muertos, Sidi. Es la única explicación. Nadie esconde gente por años. No tendría sentido. Habrá quienes se fueron por su pie. Pero éstos siempre dejan una estela.

- ¿Desde cuándo trabaja con los ben Arrighi?

- Desde hace años. Unos quince, más o menos.

- Entonces tuvo que conocer a mi hijo, Abel Rosenberg. ¿No le dice nada el nombre?

- Conocí un Abel. Era un muchacho que un día no regresó al trabajo.

- Ese era mi hijo. ¡Por favor! ¿Qué sabe de él?

- Solo eso, Sidi. Que un día no apareció más. Nadie supo qué fue de su vida. Eran tiempos bravos aquéllos. No convenía andar preguntando por los ausentes.

- ¡Pero se debió comentar! ¡Alguien tuvo que decir algo!

- Se dijo que era otro más, Sidi. ¿Sabe usted cuánta gente dejó de ir a trabajar para los ben Arrighi en aquellos tiempos? Seis en total, dos de ellos delegados.

- ¿Mi hijo era delegado? ¿Estaba en el sindicato?

- No sé. Trabajaba con ben Arrighi, arriba, en las oficinas. Todo el día haciendo pianitos, sonrió.

- No entiendo, murmuró el gordo. Entonces, ¿por qué?

Ibn Gutiérrez miró a Sidi Rosenberg con pena. Le apretó el brazo queriendo darle fuerzas.

- No se angustie más, amigo. Usted también lo vivió, ¿no? Trate de ser fuerte.

- Yo estuve afuera, en otro país. No sé lo qué pasó aquí. No termino de entenderlo. La gente sigue viviendo como si tal cosa.

- ¿Y qué tendríamos que hacer? Lo que pasó, pasó. Nosotros estamos, todavía.

El otro abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea y sólo aspiró una bocanada de aire.

- A veces, siento que yo soy responsable por la suerte de Abel. No debí dejarlo solo mientras esos hijos de puta mataban a cualquiera.

Se quedaron un largo rato en el café, acompañándose en la contemplación de la calle.

- Si sabe de algo, si averigua o escucha algo, ¿me avisará? -pidió Sidi Rosenberg dándole su dirección en un papelito.

- Descuide, lo haré. Pero es difícil. Han pasado años, y la memoria falla.

- No importa. Téngame en cuenta. A lo mejor, de pronto aparecen detalles que ahora no recuerda. Cualquier cosa puede ser importante, ¿sabe? Cualquier cosa.

- ¿Qué le dijo ben Arrighi?

- Que no sabe nada.

- ¡Ah!

- ¿Comentó algo después que me fui?

- No lo sé, rió ibn Gutiérrez. Ben Arrighi nunca comentaría nada conmigo. Para él, no existo.

- Digo. En una de esas escuchó algo.

- Sólo el ruido de un vidrio que rompió apenas usted se fue.

Salieron del café y caminaron un trecho callados. El gordo iba cabizbajo. Ibn Gutiérrez no pudo evitar sentirse solidario. Con un desconocido. Tal vez, por eso mismo.

- Sea fuerte, hermano, pidió. Fue una mala época para todos. Para algunos, fue peor.

- Gracias, reconoció Sidi Rosenberg. Pero no sé si podré. Y desconozco a qué tendría que resignarme. De saberlo, sería una ayuda. Además, ¿es así de fácil? ¿Diciendo que lo que pasó, pasó, se termina todo?

- Para usted quizá sea una novedad, señaló ibn Gutiérrez. Pero para mí y para los que son como yo, no nos quedan otros caminos.

- Es demasiado manso lo suyo.

- Puede ser que así suene. Pero, ¿es manso lo mío, Sidi? ¿De veras lo cree? No se equivoque. Recuerde lo que decía el que lo decía: "Una hormiga no puede matar un elefante, pero puede comerlo". Hay que seguir entonces, hasta que llegue el almuerzo.

Era el atardecer y caminaban por el borde de la ruta suburbana, dejando atrás las últimas construcciones.

- Su hijo no era númera, targui ni bereber ni santiagueño, indicó ibn Gutiérrez. Usted tampoco lo es. Por eso, su idea de las cosas es distinta. Nosotros venimos sacudidos desde lejos, esperando la buena. Por eso, también, sabemos callar. Quizás Abel no lo sabía y pagó por su ignorancia... Le cuento algo que me viene a la memoria. En aquellos días había un sheik en la fábrica, un tal Ochoa. Lo trajo ben Arrighi y se ubicó en Personal. Decían que era capitán o algo así. Iba y venía como una sombra por todos lados. Estuvo un tiempo. Cuando se fue, dejaron de ir a trabajar aquellos seis pobrecitos. Primero fueron dos. Los agarraron en la puerta de la fábrica, a la salida del turno. A los otros, no se conoce cómo fue, pero puede imaginarlo. Nosotros dijimos entonces que fue cosa del sheik Ochoa ése, que es como decir de Sidi ben Arrighi, que lo trajo. Han pasado años y hemos olvidado los detalles. Pero todos sabemos, Sidi, que el sheik Ochoa se habrá ido pero quien lo llamó sigue estando. En cualquier momento puede volver a traerlo.

- ¿Ochoa? ¿Y de nombre?

- ¡Qué sé yo!, dijo ibn Gutiérrez, encogiéndose de hombros. Póngale el que quiera. Ninguno de ellos usaba el verdadero.

- Usted insinúa que ben Arrighi tuvo que ver en lo de Abel, susurró sidi Rosenberg.

- Yo no insinúo nada, puntualizó ibn Gutiérrez. Yo cuento lo que se dijo. Me puedo equivocar, ¿eh? En una de ésas, ben Arrighi no trajo a Ochoa. A lo mejor, el sheik Ochoa no tuvo nada que ver con la falta de los seis.

Todo puede ser, dijo Abdul masajeándose la diestra en un descanso. Así o a la inversa. ¿En qué se modifican las cosas? François pudo haberse equivocado, y el francés que quedó sobre el inodoro del aeropuerto no era quien debía ser. Pero François viajó por él a Rabat, y se cumplió la orden del Subprefecto, que cumplía la orden o la conveniencia de otro más poderoso. A nadie le importa por qué mueren los hombres. Lo que interesa es que trascienda que se han ido de un empujón.

- ¿Qué importa, entonces, por qué se habrán llevado a Abel, preguntó ibn Gutiérrez, encogiéndose de hombros. Lo único cierto fue saber que seis ya no regresaron al trabajo, y no por su voluntad. Nosotros aprendimos en ellos, Sidi, y fue suficiente. Ésa es la pura verdad, aunque duela.

- A veces me rebela tanta resignación, estalló Sidi Rosenberg. Es como si faltara sangre en las venas. Como si todo estuviera inmóvil, aplastado.

- Habrá que ver por qué causa están quietos los quietos, Sidi. No todo es igual, ¿sabe? ¿Qué hace el perro cuando lo apalean, Sidi? Se queda inmóvil, reponiéndose.

Entonces hay que diferenciar, ya que sólo en la oscuridad los gatos son pardos. ¿Qué hará la gente, qué haremos, Sidi? Nos han pegado hasta debajo de la lengua y no sabemos para dónde correr. Cuando se ignora el rumbo, lo mejor es detenerse.

- Eso es suicidio.

- No, Sidi, se equivoca. Mejor quedarse parado. Fíjese que un reloj detenido da la hora exacta dos veces al día; mientras que uno que atrase o adelante no la dará nunca.

Sidi Rosenberg lo pensó un instante y coincidió.

- ¡Eso sí que es correcto! ¿De dónde lo sacó?

Ibn Gutiérrez dio un suspiro y se detuvo.

- Lo decía mi padre. Era la explicación que daba a su vida. Tuvo su reloj parado desde siempre, dando la hora cierta dos veces por jornada, hasta que una bala le perforó el cuadrante y terminó de filosofar.

Cacho tardó en venir. Reventó el timbre y, una vez en el departamento, lo recorrió con pasos de cazador. El fotógrafo, al que había levantado de la cama, miraba con cara de aburrimiento, mientras el cerrajero aguardaba la indicación de comenzar el trabajo.

- Quiero buenas fotos, pidió el Cacho. Usá un gran angular, así hacemos más grande esta covacha. Primeros planos. Drama, no sé si entendés.

- No te preocupes, bostezó el hombre, disponiendo su cámara.

- Comenzá por la puerta y la cerradura, así el caballero puede hacer su trabajo.

Se oían los chasquidos del flash restallando contra la puerta mientras el caballero preparaba sus limas y el taladro. Abel observaba en silencio.

- ¿Cómo va eso?, preguntó Cacho.

- Mal, gruñó Abel. ¿Cómo querés que me sienta? Es lo más parecido a una violación.

- Suerte que sólo fue de domicilio, bromeó Cacho. Hay otras más dolorosas. Tranquilo, viejo. Tenemos una copia de los documentos en la editorial.

Abel miró al cerrajero aplicado en la puerta y al fotógrafo por sus cuartos, impresionando sus placas con celeridad de ametralladora.

- ¿Para qué querés fotos?

- Vos también sos noticia, dijo Cacho. Vamos a pedirles a los chicos de los diarios que saquen algo sobre esto. ¿Te imaginás? *Roban importante documentación a periodista*. Preparamos el ambiente y después salimos con tu nota en tapa. Si no levantamos la venta, me corto un huevo.

- ¡No! ¡Déjame de joder! No quiero ruido. ¡Por favor, pará el circo!

- Ni un segundo, contestó el otro. Ese bochinche nos dará fama, mi viejo, y de paso te va a proteger. Si damos la noticia, todos estarán mirando a Abel Ferrari. Te cuidarán sin quererlo. Y saldrás del anonimato, flaquito.

- Es lo que no quiero. Déjame como estoy.

- Escúchame, hijo de puta: estoy amparando tus berretines desde hace días. Te pedí el aumento. Puse la cara por vos ante los capos. Aguanté que no trabajes en la sección. Vengo a darte una mano y salís haciéndote el florencio. ¡Estás loco si creés que voy a seguir cualquier juego que se te cante! Necesito ruido. Tengo que probar que hemos

encontrado algo. Con unas fotocopias caídas de una nube no lo logro. Debo mostrar que le rompieron el culo a un periodista y que a otro le reventaron la casa. Y conseguir que se venda mucho, flaco. Tanto si es verdad como si resulta macana. Si aumenta la venta, todo se perdona. ¡Jugáte de una vez! Si no te arriesgás, ¿por qué tendría que hacerlo yo? ¿O creés que cuando se arme me van a aplaudir?

- ¿De qué hablás?

- Del despelote que se armará apenas publiquemos una frase sobre la Papelera. Aguirre Nágera fue funcionario de cuanto gobierno hubo y habrá. Tiene amigos, conserva influencias. ¿Y tu amigo García y sus amigos? ¿Qué creés que harán éstos? Se me van a venir al humo. Entonces tengo que hacerla bien y demostrar que aquí hay cosas raras antes de largar una línea.

- Yo no te obligo, continuó Cacho, sentándose junto a la ventana. Pero te aviso que si no te metés hasta el cogote y das la cara, no pondré la mía para que me la rompan a bofetadas. Así que decidílo rápido.

- Está bien, asintió Abel. Dale. Quiero mi nota.

Con un alarido de alegría, Cacho se abalanzó sobre el teléfono y comenzó a llamar a los diarios.

- Mañana será una noticia policial, especuló. Y pasado mañana salimos con lo mismo en Economía. ¡Será un golazo, viejo! Ahora dormí, que te necesito fresco.

No quiso acostarse enseguida. A solas, se dedicó a ordenar las cosas. Acomodó libros, discos, casetes y ropa lo mejor que pudo, y barrió la viruta que el cerrajero había dejado. Antes de apagar la luz, atrancó la entrada con una silla y se tiró al suelo para verificar que bajo la cama no había ninguna sorpresa.

Recién cuando lo invadió el sueño llegó el alivio.

Cuando despertó seguía con el cansancio calándole el cuerpo. La pesadez lo inmovilizó en la cama, mirando el cielo raso.

Interrogaba al techo con preguntas inaudibles y nada había en la habitación que pudiera ponerles palabras. Era un hombre cansado y semidesnudo, amaneciendo tras una noche agitada.

-Yo no quise esto, dijo al cielorraso.

Pero no encontró ningún espejo que le devolviera la certidumbre de su no querer. El yeso del cielorraso no le devolvió otra cosa que su rasa cielitud.

Se imaginó a García, y sintió que el cuerpo se le ponía tenso. El otro quizás aguardara un telefonazo, alguna señal que permitiera anticipar el destino de la información. Miraría el aparato mudo, tentado de llamarlo. Él estaría esa noche ante su máquina de escribir, volcando datos y más datos en el papel pautado -ochenta líneas a setenta espacios, diría Cacho- con miedo de que García venciera sus pudores o su discreción fullera y rompiera la distancia que los separaba. *¿Qué estás haciendo, Ferrari?*, diría como quien no quiere la cosa. Y él, ¿qué podría decirle? *Estoy deschavando el negocio. Lo estoy cagando, Alberto, discúlpeme.* ¿Lo perdonaría el otro? ¿Habría algo que perdonarle, acaso?

A su manera había sido un buen tipo con él. Quizás un poco teatralero, pero leal. No. No fue leal. No confundamos. Fue un tramposo. Un hijo de puta. Pero conmigo siempre se portó bien. Y hoy lo cago. Le bajaré sus ganancias o lo meteré en un problema mayúsculo. Fin del bostezo. Ya nadie cuida a nadie, y eso también huele a traición. A juego desleal. No es un mal tipo, aunque sea un canalla. ¿Cómo explicarlo? Yo, Abel Ferrari, desconocido picateclas de la Sección Economía de una revista pretendidamente seria, saltaré con una nota que deschavará un enjuague. Como un infiltrado que se invita al festejo para orinar el asado por nada. ¿Vale la pena? ¿Cambiará el curso de las cosas? ¿Servirá?

- Servirá, enfatizó Anselmo. En una de esas, quizás hasta resulte pedagógico. ¡Vamos! ¡No aflojés!

-¿Está probado que los falsearon?, quiso asegurarse Cacho.

- Aquí está clarito, señaló Abel, marcando con el dedo unos párrafos:

Si bien los balances correspondientes a los dos ejercicios anteriores se adecuaron a las reglas usuales -decía la Memoria—, se omitieron involuntariamente los

revalúos de ley sobre los activos, los que de esa forma aparecían depreciados por efecto de la inflación. Esta circunstancia originó que las ganancias en ambos períodos no quedaran reflejadas con fidelidad.

Pero tal circunstancia redundó en un beneficio para la empresa, al posibilitarle un alto grado de liquidez operativa a causa de no haber abonado dividendo alguno. Esta modalidad contable fue comunicada a las autoridades de Superintendencia, a poco que fueron advertidas sus consecuencias no deseadas, habiéndose encontrado la comprensión que permite exhibir, en el último balance que se presentará a la aprobación de la masa accionaria, una cuantiosa capitalización unida a fuertes dividendos a repartir conforme se decida en la Asamblea.

- O sea que detrás de tanto palabrerío están reconociendo que durante dos años ocultaron las ganancias y así no tuvieron que repartirlas entre los accionistas, con el posible acuerdo de la Comisión de Valores o del mismo diablo, dijo Cacho subrayando el párrafo. Esa retención les habrá posibilitado especular en el mercado financiero, dando unas ganancias que nadie espera. ¿Te das cuenta de que es dinamita? Las acciones estuvieron quietas durante dos años, más o menos. García se enteró y compra, sabiendo que van a dar un salto. ¡Viejo zorro! Y los giles que durante ese tiempo estuvieron esperando, ¡a cantarle a Gardel!

Se quedaron en silencio repasando los textos.

- Esto es demasiado pesado, dictaminó Cacho. No lo podemos comer solos. Consultaré a Lorenzo.

Juntó los antecedentes en una carpeta y, poniéndose el saco, le pidió que no se fuera.

- Esperame. En una de éstas, te necesito.

Permaneció en el despachito de Cacho, tratando de ordenar la información. Las fotocopias de Ordóñez explicaban tanto la desaparición de los balances como la inquietud de García y su deseo de parar cualquier husmeo. Un buen asunto. En cuanto lo sacara a la luz, se iba a derrumbar el negocio y más de uno debería contarle a los jueces cómo fue que, durante años, no se dieron cuenta que los balances estaban mal hechos. Además, tendría que justificar qué hicieron entretanto con la plata. ¿Cómo la Bolsa no se dio cuenta? ¿Y la Inspección General de Justicia? ¿Y la Comisión de Valores? García se quedaría con una montaña de acciones invendibles hasta que se aclarase el manicomio.

Estaba en eso cuando sonó el directo. Era Fantin.

- Me enteré lo de tu casa, se preocupó el otro. ¿No te tocaron, verdad?

- No. Por suerte, no estaba. ¿Cómo supiste?

- ¿No sabés?, se asombró Fantin. Se publicó en los diarios de la mañana, con fotos y todo. ¡Sos un tipo famoso, Ferrari! En la rueda se comentó muchísimo lo del robo de los documentos de Papelera. Alguno deslizó que se probaba la existencia de ganancias monstruosas para el último ejercicio. ¿Qué hay de cierto, flaco?

- Casi todo.

- ¿Y cómo supieron que los tenías? ¿De dónde los sacaste?

- No sé cómo pudieron saberlo. Pero eran de primera.

- No te imaginás lo que pasó al mediodía, contó Fantin. Todos hablaban de Papelera, del robo, de los balances fantasmas. Subieron, ¿sabés? La acción cerró a 2,35. ¡Un disparate!

- No hay que afligirse. Pasado mañana le pinchamos el negocio. Publicaremos al detalle lo que pasó en esa empresa.

- ¿Qué pasó?

- Ya lo sabrás. Por suerte, tenía copia de lo que robaron.

Por el auricular sintió al otro saltar de ansiedad.

- ¡Dame un anticipo!, suplicó. ¡Acordáte de que fui yo quien te puso sobre la pista!

- No puedo. Después te hago llegar copia de todo. Hoy, la información es mía. Vos entendés.

- Claro que te entiendo, guanaco, envidió el otro. Una sola cosa decíme: ¿en serio que hay mucha ganancia?

- Muchísima. Pero la noticia es cómo la lograron. Es de no creerlo.

- Siempre es para no creer cómo se logran las ganancias, bromeó Fantin. Trata de ser más original. De todas formas, te leeré con placer, aseguró al colgar.

Dejó caer el tubo con aire divertido.

- Me leerá con placer, repitió con sorna. ¡Con mucho placer! Imaginándose que él podría haber dado la primicia y no pudo.

Siguió haciendo tiempo, cada vez más impaciente. Harto de la espera, se entretuvo en llamar al BID. ¿Está el licenciado Ordóñez Restrepo?, preguntó a la telefonista.

- Lo comunico, pidió la mujer, con voz impersonal.

Permaneció aguardando.

- Señor, anunció la operadora al retornar en la línea. Me avisan que el licenciado está en comisión de servicio en Chile. Regresará en una semana. ¿Quiere hablar con otro funcionario?

- No, dijo tranquilizándose. Llamo en unos días, gracias.

Por ese lado, todo estaba bien y en orden. Pronto iría mejor, se prometió.

En ese instante, Cacho lo mandó buscar por un cadete.

- Te esperan urgente en la Dirección, Ferrari.

-Arregláte la corbata, indicó Anselmo cuando pasó delante suyo.

Con gesto mecánico, se llevó la mano al nudo y comprobó que estaba flojo. Sin dejar de caminar, lo acomodó centrándolo. Cuando se dio cuenta de lo que estuvo haciendo era tarde para contestar. Anselmo había quedado atrás, viéndolo irse hacia el tercer piso como si lo hubieran convocado un grupo de ángeles.

No pudo evitar una sonrisa. Se le ocurrió que si Anselmo Belloni seguía fijándose en el nudo de la corbata, en la apostura, en la prolijidad del peinado, su historia acerca de aquella paliza de epopeya que le había dado a su editor hacía una eternidad, en realidad podría ser una fábula.

Descendió a paso vivo, acariciando el pasamanos de bronce con nerviosismo, camino a los cielos editoriales. Era la primera vez que estaría cara a cara con el mítico Lorenzo quien, de lejano figurón, adquiriría carnadura.

Cacho lo aguardaba junto al ascensor.

- Cerráte el saco, le ordenó. Hablá tranquilo y no te abatatés. Dejá que él pregunte y no lo interrumpas.

Tuvo la sensación de ser transportado a través de varios despachos. Las puertas parecían abrirse mágicamente, introduciéndolo en las entrañas del piso. Arribaron a una sala forrada en pana, y Abel se encontró frente a dos tipos, sentados ante una mesa oval cubierta de papeles y pocillos vacíos.

- Ferrari, lo presentó Cacho.

Centrada la corbata y abrochado el saco, Abel permaneció en silencio, con las manos a la espalda. Nadie lo miró. Siguieron enfrascados en la lectura de las fotocopias que él consiguió. Los hombres eran dispares. Uno tenía canas y contextura robusta. El otro era delgado y rubio, de cierto aire negligente.

- Lorenzo, se dijo Abel observando al más joven... Comandaba la editorial y la revista por mandato familiar y designio societario. Un pichón de *opinion-maker*.

Lorenzo alzó la vista y lo estudió con atención. Miraba sus ropas como si las estuviera tasando. De ellas fue hacia su cara, y de allí volvió a los papeles. Tenía ojos claros y fríos. Siéntese, Ferrari, dijo señalando una silla con el bolígrafo.

Abel se arrimó a la mesa, acomodándose en su asiento con la espalda erguida. Colocó las manos sobre el cristal y entrecruzó los dedos. Cacho se ubicó frente a él. Se oía, lejano, el sonar de una teletipo. Había tanto silencio en la sala que le pareció escuchar el sonido de la luz. De tanto en tanto, crujían los papeles en manos del otro.

-¿Y bien?, rompió Lorenzo, tirando el bolígrafo sobre las fotocopias. El objeto hizo un suave ruido al caer. Parece una batuta, imaginó Abel, mientras se removía buscando en vano la ayuda de Cacho.

Se desabrochó el saco y dejó el paquete de cigarrillos sobre la mesa, enfrentado al bolígrafo. Tomó un cigarrillo y comenzó a estirarlo, dándole pequeños golpecitos por el filtro para asentar el tabaco. Lorenzo le arrimó un cenicero sin decir palabra.

No se animó a encender. Se frotó los párpados con el pulgar y el índice de su izquierda y esbozó una sonrisa torpe.

- Lindo asunto, ¿no?

Pareció una señal. Los dos se irguieron sobre sus asientos. Lorenzo se acodó sobre la mesa y retomando el bolígrafo por uno de sus extremos, lo apuntó con él sacudiéndolo al hablar.

- No me diga que es lindo, Ferrari. Todavía no hemos cazado al oso. ¿Qué piensa de esto?

- Creo que es un tema interesante. Si se quiere, da para el escándalo.

- No sé si quiero, atajó Lorenzo. Cuénteme desde el principio.

Abel se recostó contra el respaldo y prendiendo el cigarrillo, comenzó su relato. Lo fue desgranando morosamente, deteniéndose en cada detalle, puntualizando cada averiguación, cada diligencia. De tanto en tanto, enfatizaba aquello que quería destacar con algún silencio, o dándole a su voz una inflexión particular. Cuando finalizó, tuvo la sensación de que todo era una enorme tontería. Sintió que había estado inflando un globo que comenzaba a perder aire, pinchado por el bolígrafo del otro. Fumó deseoso de salir de ahí.

- Su jefe dice que han presentado balances falsos, dijo Lorenzo. ¿Estamos seguros?

- Surge del expediente del BID, señor. Han ocultado las ganancias de dos años, manteniendo a todos engañados sobre la situación real de la empresa. Ese dinero tampoco se invirtió en la producción. Lo inyectaron en el circuito financiero. No sé si eso es falsear, pero en cualquier caso es ocultar una información de carácter público.

- Pero en el último balance que presentarán dicen que las ganancias se pondrán a disposición de los accionistas. Eso corregiría el error o la ocultación. ¿No le parece?

- No sé. Dijo que no sabía y, callando, bajó la vista.

- No creo que dé para un bochinche, concluyó Lorenzo.

- ¿Y por qué, entonces, tanto misterio?, defendió Abel, ¿Era necesario que violasen mi casa o que cascaran a Fantin? No son actos normales.

- Convenimos en eso, aceptó Lorenzo. No desmerezco su trabajo, Ferrari. Al contrario, es utilísimo. Usted ha descubierto los motivos por los cuales habrá un batacazo en la Bolsa. Ésa es la noticia. No hay otra. Olvidemos la idea de hacer un manicomio sobre maniobras que no sabemos si existieron. ¿Está de acuerdo?

Abel se encogió de hombros. Usted es el director.

- Es cierto. Pero me interesa saber qué piensa de esto que propongo.

- Creo que estamos ante la culminación de una estafa, señor. Han sacado, durante dos años, balances depreciados que hicieron que sus acciones no subieran, perjudicando a los que invirtieron en ellas. Durante ese tiempo debieron mover la plata en negro, engañando al fisco. Habrá que ver adonde fue esa ganancia, si a la empresa o a los bolsillos de los directores. Ahora intentarán blanquear esa situación con un guiño del Ministerio. Las acciones subirán como tiro, dejando una fortuna en los bolsillos de quienes las están comprando en estos días, sólo por haber tenido acceso a la información escondida. Y en el camino, la empresa utilizó esos balances para pedir créditos al Estado. ¿Cómo quiere llamar a esto? Para mí, es un negociado. Por eso intentaron que no trascendiera. De ahí las amenazas. No tengo otra explicación.

- Humm. No sé. No me parece tan claro, dijo Lorenzo. Le diré cómo saldremos con esta noticia, anunció. Quiero que haga una crónica detallada de sus investigaciones, ¿estamos? Con swing, con suspenso. No dé nombres, pero señale lo que fue averiguando. Mencione la paliza a su colega y el robo en el departamento. Y cuente lo de las ganancias capitalizadas, sin ningún adjetivo. Pero eso sí, indique que eso haría presumir que las acciones de Papelera subirían. Todo en condicional. ¿Comprendió?

- Sí, señor.

- ¿Está claro?, reiteró Lorenzo, dirigiéndose a Cacho. Nada de acusaciones, ¿eh? No quiero que nos demanden por difamación. Mucho menos Aguirre Nágera, que es primo lejano mío. Pero larguen el pronóstico, no tenemos por qué ocultarlo. Si las acciones se van para arriba, seamos nosotros los que demos la mejor explicación de sus causas. ¿Okey?

- Está bien, asintió el Cacho, recogiendo sus apuntes.

- Estamos de acuerdo, celebró Lorenzo con una sonrisa, dejando nuevamente su bolígrafo sobre la mesa. Me alegra el trabajo que hicieron. Lo digo sinceramente, y verán que no son palabras. Usted, Chocón, indicó dirigiéndose al canoso. Quiero que mañana, a primera hora, salga a comprar acciones de Papelera. Si lo necesita, gestione la ampliación

de los descubiertos bancarios. Compre lo más que pueda a nombre de alguna de nuestras empresas, no de la editorial ¿Estamos?.

El hombre de apellido hidroeléctrico asintió.

- Cuando estemos en la calle con este número, las acciones se dispararán, pronosticó Lorenzo. Ahí venda, Chocón. Es justo que si damos la primicia nos beneficiemos un poco, ¿no les parece?, se regocijó, sonriéndole a Abel. Vaya, Ferrari. Vaya a trabajar, que ésta es nota de tapa. Ya sabe cómo tiene que hacerla. Quiero un buen trabajo.

Se habían incorporado casi al mismo tiempo. Abel buscó los ojos de Cacho, pero no los encontró. Lorenzo se despidió con un gesto y se metió en su despacho, seguido de Chocón. Quedaron ellos dos, frente a frente, separados; por la mesa oval que reflejaba los rayos de los spots del techo sobre su tapa de vidrio.

- ¿Y para esto tanto quilombo?, preguntó Abel. ¿Para terminar metiéndose a comprar acciones de Papelera? ¡Pero qué clase de idiotas somos, Cacho?! ¿Jugamos de alcahuetes de Lorenzo? ¿Soy un pasador de datos?

- No te pongas loquito, pidió Cacho, tomándolo de un brazo. Él es empresario, no periodista. Está para ganar dinero y además, es pariente lejano de los papeleros.

- ¿Y nosotros para qué estamos?, se enojó Abel. ¿Querés decírmelo?

Cacho lo apretó más fuerte, temiendo que se soltara.

- Quedáte piola y no te calentés.

- No me contestaste.

El otro se sonó la nariz y comenzó a subir por la escalera.

Dejó a Cacho discutiendo diseños con los diagramadores y arregló cenar con ella.

- Yo me quedo, lo había envidiado el otro al recibir su aviso. No puedo moverme. Hoy tengo hasta cualquier hora.

- Son las consecuencias del cargo, señaló Abel. Cosas de jefe.

- Joderse y más las quisieras. Por lo menos, a principio de mes tengo mi compensación. No te demorés con la comida, que tenés que hacer la nota. ¿Estamos?

Se despidió con una sonrisa. En el fondo, le tenía aprecio a Cacho, aunque fuera por conveniencia. El trato amable y confianzudo le hacía soportable el trabajo, aunque también, al encontrarse con ella, le dejaba una sensación culpable difícil de llevar.

Mirando a la mujer, se decía que esa piel recordaba aún a las manos de Cacho. Que esos ojos, que esos pechos, que ese etcétera, ídem. Tropezaba con Cacho en más rincones y lugares que lo que hubiera deseado, y no podía dejar de sentirse en falta, por intruso y por desleal. Y en ese mismo momento encontraba el placer de imaginar que el recuerdo de sus caricias sobre la piel de ella seguía muchas veces fresco cuando Cacho la buscaba debajo de las sábanas.

La buscaba pero no debía hallarla, y ésa era su victoria y su castigo y también, la fuente de la complicidad hasta cariñosa que sentía hacia el otro. Estaban más unidos de lo que imaginaban, compartiendo una mujer y un trabajo, y sobre ella se revertía el mando que se daba en el otro, se cambiaban debilidades en fuerzas.

Ella estaba en el restaurante de siempre, rodeada de maderas y jamones serranos. Habían combinado de apuro, por lo que le resultó más grato verla, con su pelo enmarcándole el rostro tranquilo, de mujer que aguarda cenar con su amigo en una noche de mediados de semana, cuando las calles se vacían y las familias se recluyen.

La besó y se dejó caer en una silla.

- Aquí estamos bien, dijo. Se sirvió un poco de agua mineral, que apuró de un trago, refrescándose con el paso del líquido y el burbujear del gas contra el paladar.

- Esto es bueno, reconoció. Es bueno verte antes de volver al futuro.

- ¿Estás hogareño?, rió ella en un gorjeo. ¿Qué te anda pasando?

- ¿Qué me pasa?, se interrogó Abel. No lo sé. Hoy pude verle la cara a la realidad y me metió el dedo en el culo. Estuve con Lorenzo, le anunció mientras llamaba al mozo

para encargar la comida.. Descubrí que no es un sapo. Tiene forma humana, toda una sorpresa. Y me di cuenta de que yo era un simple engranaje.

(¿Qué imaginaba? ¿Qué salvaría mi virginidad por no participar del festín? ¿Estoy absuelto de pecado sólo por sentirme afuera? ¿Estoy afuera, acaso? Memeces, Abelito, decía la abuela. Jarabe de pico. Tenía razón. Soy, como dijo García mil veces, un forro. Queda para mí la fantasía de la inocencia. Pero estoy manchado. Miráme, por favor tocáme la mano, el hombro y la mejilla. Con tu mano amiga palpá mi humanidad lo más que permita el decoro de un restaurante y, por favor, traéme un poco de alivio Soy nada más que un tonto).

- ¿Qué te pasó?

- La famosa investigación de Papelera del Sur. Un trabajo de hormiga o de borracho. Se convirtió en una burla. Justo cuando aparece la explicación a tanto misterio, Lorenzo me ata las manos y se mete en el negocio a pescar ganancias. Eso me pasa por poco humilde. De última, sino creo en mi trabajo, ¿para qué lo profundizo? ¿Qué buscaba? ¿Un premio Pulitzer?

Le contó de la reunión y del epílogo en la escalera, con Cacho calmándolo.

- ¡Pero tonto! ¡Si te fue bien! Seguro que te aumentan el sueldo.

- ¿Y qué me importa eso ahora?, rabió. Voy a otra cosa. Mi periodismo de investigación se fue al diablo. Para lo único que servirá es para que Lorenzo especule exitosamente en la Bolsa.

- Eso lo puede hacer muy bien sin vos, indicó ella. No empieces con la melancolía.

- No más discursos. Pero me duele. No puedo evitarlo. Me molesta saber que mi trabajo sirva para consolidar una especulación, y me fastidia que los que cuestionan todo se terminen preocupando por el aspecto de una corbata. Me fastidia la trampa.

- ¿Sabés cuál es tu trampa?, señaló ella. Es pensar que vivís en otra dimensión que te salva. Lo que tiene que interesarte es que te aumentarán el sueldo y que seguís intacto. ¿Quién te dijo que tu destino es la pureza? ¿De dónde lo sacaste? Me parece que no aprendiste nada de esa historia con la que tanto embromás.

(Es cierto. ¿De dónde saqué que quedo afuera? Eso es soberbia. Y para peor, de vencido. Estoy limpio por no correr el riesgo de quedar encastrado. ¿Hay virtud en eso? ¿Importa? ¿Es cierto o es verso?)

- Tener que transar me ofende, reconoció con una mueca.

Ella rió.

- ¡Como si fuera la primera vez que lo harías! Date cuenta de lo que sos.

- ¿Qué soy?

- Un chanta que no quiere embarcarse en nada... Casablanca te hubiera salvado, Abdulito. Pero le tenés miedo. Te asusta.

- Casablanca queda lejísimos, dijo él, tomando un mejillón de la fuente. Casablanca es Abdul Assam. Un sueño. Palabras.

- No es sólo eso. Casablanca está todavía adentro tuyo, y más cerca que la Papelera del Sur. Abdul Assam tiene más que ver con vos que García, o Lorenzo... Te avergonzás de los ladrones que soñaste y te escandalizás de los que tratás despierto. ¿Y qué hacés vos entre tantos chorros? ¿Qué robás o qué dejás que te saquen?

- Yo... Te quiero un montón cuando te ponés peleadora.

- A veces creo que no querés a nadie. No te das cuenta de lo que sos. ¿Cómo podrías descubrir a otro?

- ¿Vos te das cuenta?, desafió Abel.

- Me basta con mirarte, flaquito. ¿Qué estoy haciendo con un tipo que no es el mío? ¿Qué hacés vos con la mujer de otro?

- No mezcles, pidió Abel. Lo nuestro no tiene nada que ver con lo que estamos hablando.

- ¿De dónde lo sacaste, Pichi?

- Lo hacés difícil. Lo nuestro tiene más que ver con el juego.

- ¡Claro!, se burló ella. ¡Por eso es santo! Le voy a pedir a Cacho que me lo ratifique, para estar seguros.

- Lo nuestro es muy tramposo, ¿no?

- Contemplado desde tu púlpito, es terrible. Deseaste a la mujer del prójimo. Violaste un mandamiento. Y no te cuento lo que significa para mí para que puedas seguir durmiendo bien.

- ¿Y no te jode?

- Ayer, muchísimo. Hoy un poco, y mañana veré, dijo ella. No me hago tantas preguntas para que no me molesten las respuestas. Además, te dije que estoy en un tiempo de vísperas... Vos sos más complicado. Renegás por tu trabajo, pero por él arriesgás a que te quiebren el cogote. Decís que te robaron la historia de Abel, pero confesaste que te alivió el robo. Entonces, ¿te saquearon o te salvaron? Te felicistaste de ser víctima. Te encantó que te sacaran el compromiso de seguirla. Llamemos pan al pan y vino al vino. Comé pensando que te aumentarán el sueldo y que seguimos siendo compañeritos de juego, ¿eh? Eso es lo concreto.

Eso es lo concreto, dije mirándolo desde el otro lado de la mesa, mientras él hacía como si estuviese torturado por su realidad, chupando un mejillón.

La imagen es absurda: ¿puede hablarse de trampas mientras se chupa la cáscara de un mejillón cenando a escondidas con una mujer ajena? Por lo que conozco, se puede.

Yo podría, por ejemplo.

Me digo que estoy en un tiempo de vísperas y, sin embargo, transito por él desde hace tanto que ya es eterno. Se volvió palabras.

Ellas me adormecen, mientras veo pasar los días.

Me digo que siempre estamos de vísperas, aguardando el arribo de lo sabroso. Así no vendrá.

Pero cuando llegue, cambiaré, lo prometo.

Palabras. Palabras al hablar del hijo abortado. Lágrimas en mis ojos de madre quebrada y clandestina. Dije que eran por él, pero fueron - en cualquier caso- también por mí. Cacho me cargó en un taxi hasta casa, donde me dejó para volver a la redacción.

Me saludó con un beso desde la puerta, y yo le sonreí. Estaba mareada, y el dormitorio daba vueltas alrededor de la cama, y me decía ya entonces que eran las vísperas, nuevamente o por fin. Habían venido llenas de sangre, y me quedaba la certeza de que seguía estando sola, con el útero vacío.

Palabras. Lo miré irse y tuve bronca. Me dio rabia que ni siquiera insinuara quedarse, aunque fuera por cumplir. Me dejó y, tomando el saco, murmuró que tenía una reunión de trabajo.

Palabras. Le tuve bronca, porque no vaciló en embarazarme, y después ni se preguntó qué otra cosa podríamos hacer con lo que me estaba creciendo, qué teníamos que ver con eso. Tampoco quiso saber qué podía pensar yo.

¿Qué podía pensar yo?

Que iba a ser madre. Que daría la teta a un crío. Que me tendría que desvelar por él. Que se me caerían los pechos con la lactancia. Que podría ir a tomar sol a la plaza empujando el cochecito, con el bebé cubierto de volados. Que seríamos una familia. Que no tendría que pensar en otra cosa que no fuera mi hijo. Que él me iba a justificar entera. Que quería tenerlo. Que no lo deseaba.

Entonces, su huida al trabajo fue la foto que quedó. Con ella me limpié.

Eso es lo concreto, le dije, mirando cómo se llevaba un mejillón a la boca y lo chupaba como si fuera mi vulva.

Palabras. Me persigno por la pérdida de mi pareja mientras la juego a las moneditas.

Me aburren las palabras. Y me aburren él y Cacho y todos. Yo, inclusive. Me aburren. Hay momentos en los que me parece que nada es cierto. Que las palabras que digo me las dictan. Yo las repito, pero son de otro.

Palabras.

Por suerte, está Cacho para cargar con la bronca de mi falta de deseo y con el miedo que me trajo el embarazo.

Por suerte, también está Abel. Con él no corro el mismo riesgo. No hay futuro por delante. No hay collares. Eso me llena de alegría y a veces me atora de fastidio.

Él toma otro mejillón y se lo lleva a la boca. Lo chupa, lo vacía y lo deja sobre el plato para agarrar otro. Le echa unas gotas de limón.

Vísperas, abortos, mejillones. Palabras. Me aburren. Me asustan. Me vacían.

Hagámosla corta. Eso sí es concreto.

El viejo Suleiman entró en la cocina con pies de humo. Con mirada huidiza ojeó la quieta humanidad de Abdul volcada en la mesa, sobre unos manuscritos. Junto a su mano derecha yacía una pluma dorada que contempló sin atreverse a tocarla.

Algo debió escuchar o intuir el otro, que despertó sobresaltado.

- ¿Qué hacés ahí, cara de mico?, gruñó.

- Miraba la pluma. Es de oro, ¿verdad?

- Tu codicia te perderá, pronosticó Abdul, guardando la lapicera. ¿Siempre andarás tasando cosas ajenas?

- No creo que vos hagas diferente. ¿De dónde la sacaste?

- Me la dio un europeo en el aeropuerto. Es un regalo.

- ¿Supo el tipo que te la estaba obsequiando?.

Abdul no pudo contener la carcajada.

- Ya lo dijo el Profeta: *En verdad, los que creyeren y obraren bien, recibirán de Dios su premio y aumentarán sus bienes...* Es lo que sucedió.

- Me voy a la ciudad, anunció Suleiman. ¿Tuviste una buena jornada?

- Dura. El Sidi pidió un trabajo que me ocupó el día.

- Es un abusador.

- Puede hacerlo. Ando suelto gracias a él.

- Le debe convenir.

- No interesa. Sigo libre, y es lo que importa. Lo demás no tiene remedio.

Salió Suleiman y quedó solo. Miró la hora en su flamante reloj y comprobó que aún no era medianoche. Se preparó unos bocados de carne de cordero y trigo y comió con la vista perdida. Repasó los papeles y sacudió la cabeza.

- Es una locura lo que intento, murmuró. Tendría que estar buscando una mujer con quien pasar unas horas en vez de continuar una historia ajena.

Pero el papel vacío lo atraía con más fuerza que una hembra.

- Ya habrá mujeres, se dijo.

Vuelve sobre sus carillas y, desenfundando la pluma, sigue su tarea como un acertijo.

Cuando Sidi ben Arrighi volvió a su casa era de noche. La avenida estaba iluminada y los coches brillaban bajo el mercurio. Desde el automóvil, y sin bajarse, accionó el comando que abría el garaje. El portón osciló un instante como camello en duda y, tras un balanceo, se abrió dejando ver las cocheras, mal iluminadas. Un coche se colocó detrás suyo y Sidi ben Arrighi aceleró. El de atrás, un Fiat azul, siguió el mismo camino. Sus faros rebotaron en el espejo retrovisor de ben Arrighi, como dos ojos mirándole la nuca. Se dirigió a su cochera, comprobando que su vecino ya maniobraba para estacionar en otra. El ronroneo de los motores se apagó, y las luces de los autos también. Escuchó el ruido de una puerta que se abría, para luego cerrarse con estrépito. Se imaginó al vecino descendiendo del coche, ansioso por llegar hasta su piso para sacarse los zapatos y contemplar el río desde el ventanal. Estaría alto, y sus aguas batirían los muretes de la costanera, en un ir y venir espumoso. Se llevaría un vaso con algo frío a la boca, sin sacar los ojos del río intuido desde su piso. El hombre, su vecino, pensaría que todo estaba bien así, sintiéndose satisfecho por el fin de la jornada.

Abrió la puerta de su automóvil y advirtió que se había equivocado. El hombre del Fiat no estaba mirando el río y, a juzgar por su cara, no era ese deseo el que lo había llevado a zambullirse en las entrañas del garaje. Parecían no interesarle el descanso ni el vaivén de las aguas. Tampoco era vecino el tipo aquel, pese a que ahora se le avecinaba. Desagradablemente.

Al reparo de una columna y en la penumbra, el del Fiat azul se había acercado. Tenía el rostro en sombras, pero Sidi ben Arrighi reconoció la calva, el contorno de la cabeza y, sobre todo, ese aire de cansancio que le había advertido antes.

- Buenas noches, saludó el otro en un susurro.

Tuvo un sobresalto. No era lógico que ese hombre estuviera en su garaje.

- ¿Qué hace aquí?, reprochó. No se permiten coches ajenos al edificio.

- Cuando me vaya lo saco, prometió el otro. Discúlpeme si no le avisé, pero tengo urgencia en hablar con usted.

Lo dijo con voz monocorde y Sidi ben Arrighi tuvo miedo. Lo sintió entrándole en el cuerpo como una sensación térmica.

- Conviene que cierre el portón. Hágalo y charlamos en su casa, ¿eh?, propuso el hombre, tomándolo del brazo.

Sidi ben Arrighi se desprendió fastidiado.

- No puedo atenderlo, dijo. Cerraré el portón cuando se vaya.

El otro negó.

- Tenemos que hablar, Arrighi. Son unos minutitos, nada más. Perdóneme la intrusión, pero enseguida terminamos. Vamos a su casa, no sea terco.

- *Lamaré al encargado si insiste, advirtió ben Arrighi. Le pido que se vaya, Rosenberg. Cuando quiera invitarlo, lo haré sin que necesite pedírmelo. Ahora retírese.*

Susurraban junto a la columna del garaje, cocinados por el calor que ascendía de los motores.

- *Cierre el portón y subamos. Esta es una discusión inútil.*

- *Lamaré al encargado.*

- *No lo haga, pidió el otro en un ruego que hubiera sido humilde de no haber existido la presión de un revólver. Ben Arrighi sintió que el miedo, ahora, era una ola embravecida.*

- *Usted me obligó, Arrighi. Cierre el portón y vamos. Sin locuras, por favor.*

El hombre había guardado el arma en el bolsillo del saco. Tomó a ben Arrighi de un brazo y juntos, como dos camaradas, se acercaron hasta la caja de controles que comandaban el portón. Ben Arrighi presionó la botonera y con un chirrido, aquél se cerró. Subieron en el ascensor de servicio.

- *Mire que hay gente en casa, avisó.*

- *¿Tiene un lugar tranquilo donde conversar?, inquirió Sidi Rosenberg.*

- *No.*

- *Entonces hablaremos en su dormitorio. Cuidado cómo se porta. La seguridad de su familia depende de su sentido común.*

Sidi ben Arrighi abrió con su llave y entraron por la cocina. En el office, los chicos terminaban de cenar. Saludaron con timidez, cortados por la presencia del extraño. Sidi ben Arrighi miró a Sidi Rosenberg y lo vio tranquilo, con la mano en el bolsillo del saco.

- *Voy a estar un ratito con el señor en la biblioteca. Díganle a mamá que nadie nos moleste.*

Pasaron por el living y se metieron en una habitación contigua. Ben Arrighi prendió las luces y abrió el ventanal.

- *Sea breve, pidió.*

Sidi Rosenberg cerró la puerta con llave y se sentó. Parecía triste.

- *Lamento haberlo amenazado, Arrighi. Pero es importante que hablemos.*

- *Entiendo que no tenemos de qué conversar.*

- *Creo que sí.*

- *Le he contado todo lo que sabía, reprochó Sidi ben Arrighi. Incluso, le di el nombre de la novia de Abel. Más no sé. ¿Qué quiere ahora?*

- *En su empresa hubo seis que desaparecieron. Uno de ellos fue Abel. Hablemos de ellos.*

Sidi ben Arrighi palideció.

- No sé de qué habla. Esas cosas son temas de la oficina de Personal.

Sidi Rosenberg volvió a suspirar y se levantó del sillón. Caminó hasta el ventanal y pareció perderse en la contemplación del río. Permaneció abstraído mientras Sidi ben Arrighi lo espiaba lanzando nerviosas miradas al teléfono. Calculaba si el otro usaría el arma en caso de hacer un intento de pedir auxilio. Medía su espalda queriendo imaginar qué sucedería en caso de lanzarse sobre él.

Sidi Rosenberg estudió los títulos de unos libros que justificaban el nombre de la pieza. Llegó hasta el estéreo y tomó un cassette, que inspeccionó con curiosidad antes de introducirlo en el aparato. Luego lo encendió y se escucharon unos acordes de piano y violín. Escuchó, marcando el ritmo con su cabeza.

- Mozart me apasiona, comentó. En eso coincidimos.

Lo veía desplazarse por la habitación, y se dijo que era una pesadilla que la dulzura del violín remarcaba. Ese tipo no existía ahí, siguiendo la música con aire plácido mientras su mano derecha continuaba sumergida en el bolsillo, aprisionando el nogal de la culata.

- Usted miente, indicó Sidi Rosenberg. Sólo conseguirá hacer esto más difícil. Dos de éstos fueron secuestrados en la puerta de su fábrica. Si yo, un recién llegado, lo supe, ¿cómo no lo iba a saber usted, nada menos que el patrón de la vereda donde pasó eso?

- No sé nada, repitió ben Arrighi con voz hueca.

Sidi Rosenberg siguió un acorde con su mano izquierda. Incluyó la cabeza hacia el aparato para captar mejor los sonidos. Una breve sonrisa se le dibujó en el rostro.

- ¿Dónde está ahora Ochoa? ¿O no sabe quién era?

- Tampoco. Se lo juro.

Sidi Rosenberg negó con la cabeza.

- Lo está haciendo pesado, Arrighi. No me gusta. Está muy mal eso, señor. Es muy feo.

Se escuchó un chasquido y finalizó el cassette. Sidi Rosenberg abrió la gaveta del estéreo y lo dio vuelta.

- Le propongo una cosa, dijo ubicándose en el sillón. No quiero dañarlo, pero tiene que ayudarme. Tenemos dos sonatas por delante. Se las doy de ventaja. Bajaremos la luz y haremos memoria. Trate de recordar a Ochoa y a esos seis infelices. ¿Le parece bien?

- ¿Qué quiere con esa payasada? Le dije que no sé de lo que habla.

- Busco dos cosas, explicó Sidi Rosenberg. La primera es que se le pase el susto y pueda recordar. Lo que pasó ya pasó. Haga memoria y cuente.

- *¿Y la segunda?*

- *La segunda, dijo el otro con un suspiro, es por si no funciona la primera. Quiero relajarme lo suficiente como para meterle una bala en la cabeza, sin odios. Si cuando termine la Sonata en Mi Menor sigue amnésico, lo mato. Pero quiero hacerlo sin rabia. ¿Me entiende?*

- *¿Y por qué me va a matar?, se indignó Sidi ben Arrighi. ¿Quién se cree usted?*

- *No importa quién me creo, respondió Sidi Rosenberg. Le estoy diciendo que si no recuerda lo que pasó en su fábrica, lo mato. Es simple. No hable ahora. Relájese y haga memoria.*

Sacó el arma y la colocó entre sus piernas. Pareció sumergirse en la música, y una sensación de paz le invadió el rostro. Sidi ben Arrighi quiso hablar pero el hombre lo cortó con un chistido.

- *Oiga y recuerde, Arrighi. Tenemos tiempo.*

Se descalzó y sólo dejó prendida la luz de la lámpara de pie. Sidi ben Arrighi lo miraba preguntándose cuánto tiempo aguantaría así, con Mozart desovillando desde el estéreo el tiempo que le restaba.

¿Cómo? ¿Cuándo fue que empezó esto? Miro al gordo escuchando mi música y siento que estos años no han pasado. Parece que fue ayer cuando me avisaron que al día siguiente sonarían a Hussaín y a Ibn Seúd. "Vuélvase antes a su casa", me aconsejó Ochoa.

Hice más que eso. No fui. Era un viernes y hacía sol. Preferí tomarme hasta el martes, y me encerré en el country. Aun así, las noticias llegaron.

No conocía a esos dos. Sabía que Ibn Seúd era saudita o paraguayo, algo así. Por eso su apellido se escribía con acento. Los agarraron a la salida del turno. Fueron tres coches y una pick-up. Iban caminando hacia la parada de colectivos cuando aparecieron los autos. El saudita debió oler algo feo, porque tenía experiencia en esas cosas, según parece. Fue el que dio más trabajo. Pegó un salto sobre el capot del Falcón y comenzó a correr tirando el bolso con la muda de recambio hacia cualquier parte. Lo cazaron los de la pick-up. A cara descubierta y delante de la gente. 'Una salvajada', me quejé. 'Hubiera preferido algo más discreto.' 'No crea que fue malo', indicó Ochoa. 'Sirve de escarmiento.'

Mozart suena con dulzura y yo recuerdo que esa noche no toqué la comida.

- *¿Era necesario, Ochoa?*

- *Era imprescindible, señaló él.*

Un desaforado dispuesto a todo.

- *¿Le gustaría que lo secuestraran, Arrighi? ¿Que lo metan en un pozo, en un sótano, y le hagan uno de esos llamados juicios populares, donde está condenado de*

entrada? Sin jueces ni abogados ni códigos. Lo único que tendrá a su disposición serán verdugos, Arrighi. ¿Lo entiende, verdad? Gente dispuesta a meterle una bala en la cabeza por ser patrón. O propondrán canjearlo, a tanto el kilo. ¿Le gusta la perspectiva? ¿Quiere nombres de algunos colegas suyos que la pasaron así?

- No, no es necesario.

- Esto es una guerra, definió el otro. Y en una guerra lo que importa es la victoria. ¿Comprende? A cualquier precio.

Mozart sigue y Rosenberg me mira fijo.

- ¿Vale la pena su silencio? ¿Continuar como si estuviera en babia?, susurra el hombre. ¡Vamos, hable!

Sigo callando. Pero es una defensa débil que sé que no durará mucho. Pero aún resisto.

- Hable, me propone. ¿Quién es Ochoa? ¿Dónde está? ¿A qué se dedica?

Saco un cigarrillo egipcio y le pido permiso para fumar. Él asiente. Prendo el cigarrillo y el picor del tabaco me resulta grato. Él acerca un cenicero. Lo tiende con un gesto de urbanidad con su mano izquierda mientras que, con la otra, me cubre con su revólver. A su modo, es caballeresco. Él también parece estar en guerra.

Trato de adivinar cuánto falta para que termine el cassette y no lo logro. Pero finalizará, y el gordo me meterá un tiro en la cabeza si no hablo. Lo hará sin odio, prometió, pero suena a frase hecha. ¿Qué me importará lo que sienta al apretar el gatillo?

Sidi ben Arrighi fuma a grandes pitadas, aspirando el cigarrillo como quien chupa una naranja. Mozart continúa sonando y la culata del revólver está empapada de sudor.

- Para esa época, vino a verme el Ejército, dijo ben Arrighi de improviso. Me informaron que en la fábrica funcionaba una célula de activistas y debían desbaratarla. Para eso asignarían a un oficial de inteligencia que se infiltraría en la empresa. Así apareció Ochoa. Él hizo todo. No dependía de nosotros. Hacía y deshacía según sus ganas. No tuvimos nada que ver, créalo.

- ¿Abel era de esa célula?

- No lo supe, nunca lo hablamos. Estuvieron un tiempo y cuando se fueron faltaban seis. Entre ellos su hijo.

- ¿Y no pidió por Abel? ¿No intercedió por él?

- Me dijeron de entrada que no me metiera.

- ¿Y usted?

- Yo, ¿qué?

- ¿Qué hizo?

- *Nada. No me metí.*
- *¿Sabiendo que lo habían chupado?*
- *Sabiéndolo.*

Mozart continúa en el estéreo y Sidi ben Arrighi está desparramado en su sillón, indiferente al hecho de que el otro lo observa con un revólver en la mano. El río, abajo, sigue calmo, pero nadie parece advertirlo.

La colilla del cigarrillo egipcio humea todavía en el cenicero y ben Arrighi gime como si lo hubieran golpeado

- *¿Qué podría haber hecho?, se defiende.*
- *No me interesa imaginarlo. ¿Qué fue de Ochoa?*
- *No lo vi más.*

Sidi Rosenberg contempla a ben Arrighi con aire de duda.

- *¿Está diciendo la verdad?*
- *Se lo juro. No lo volví a tratar. Sólo tengo un teléfono. Alguna vez lo llamé.*
- *¿Ochoa sabe de mí?, preguntó Sidi Rosenberg.*

El otro titubea.

- *¡Vamos! ¡No lo esconda, que no hay motivos!*
- *Sí, murmura ben Arrighi. Le avisé de su aparición.*
- *¿Adónde lo llamé?*
- *A su oficina.*
- *¿En algún cargo militar? ¿Actúa todavía?*
- *Creo que no, lo han retirado. Ya era impresentable. Ahora tiene una oficina*

en el microcentro, cerca del puerto.

- *¿Tiene la dirección?*
- *No, sólo el teléfono.*
- *Démelo.*

Sidi ben Arrighi le dictó el número, que el otro anotó en su agenda.

- *No le avise, advirtió Rosenberg. Le pesará si lo hace, ¿estamos?*
 - *No diré nada.*
 - *¿Cuál es el nombre completo?*
 - *¿De quién?*
 - *De Ochoa. ¿Realmente se llama así?*
 - *En esa época era el mayor Ochoa. Ahora se mueve con otro nombre. Pero no sé*
- cuál es el verdadero.*
- *¿Cómo se hace llamar hoy?*
 - *García. Alberto García.*

En ese instante se escuchó un chasquido y saltó el play del estéreo, dando por terminada la Sonata. Mozart quedó silencioso y Sidi Rosenberg dio la impresión de salir de un letargo.

- Eso es todo, Arrighi, dijo guardando el arma-. Indíqueme la salida.

Sidi ben Arrighi lo hizo pasar por la cocina y abrió la puerta de servicio. Cuando llegaron al palier, no pudo evitar preguntarle:

- ¿De veras me hubiese matado?

El gordo montó en el ascensor y cerró las puertas, mirándolo a través de ellas. Pareció dudar.

- No sé. No creo, contestó. ¿Qué importancia tiene ahora? Siempre entendí que terminaría hablando.

- ¿Y de dónde sacó esa seguridad?

- De su cobardía, respondió Sidi Rosenberg, pulsando el botón y perdiéndose por el hueco. De su asquerosa cobardía, enfatizó.

El otro se aferró a la puerta tijera, viendo el techo del ascensor recortándose contra las paredes del foso.

- ¡Hijo de puta!, aulló. ¡Judío de mierda!

Nadie le contestó.

Con un bostezo, Abdul Assam guardó los papeles y su lapicera de oro y, masajeándose los riñones, decidió irse a dormir.

Era pasada la medianoche cuando llegaron las pizzas. En la redacción se apiñaba una muchedumbre, en su mayoría ya desocupada, aguardando la repartija. Anselmo acomodó las cajas sobre la mesa grande y comenzó a destapar las cervezas. En segundos, se generó una arrebatija de porciones mal cortadas de muzzarella y anchoas, mientras las risotadas iban subiendo de tono.

Abel dejó de teclear y, acercándose, capturó entre el tumulto un vaso de cerveza y volvió a su asiento. Corrió la máquina a un lado y con un suspiro leyó las líneas que había escrito.

Ésa tendría que haber sido su gran noche de consagración. Pero la taba había caído de culo. Para más, ya había cenado y tampoco tenía el consuelo de saciar la voracidad que asaltaba a todos a cada cierre.

En esos momentos, la hambruna parecía invadir la sala. Redactores, prosecretarios, informantes y cronistas se abalanzaban sobre los círculos de queso y tomate como fieras, tragando a dos carrillos. Pese al ambiente de jolgorio, nunca llegaba a ser un festejo.

Finalizada la comilona, la cuadra se vaciaba quedando pedazos de papel, trocitos de pizza y vasos tirados, entre las puteadas de Belloni ante el estropicio y el cansino retorno de los rezagados a sus máquinas de escribir. Los diagramadores, en su pecera, sentados ante los tableros con sus reglas milimetradas, contabilizaban espacios dibujando titulares, mientras una somnolencia se apoderaba del resto.

Entonces la redacción cambiaba el pulso. Apagado el último barullo, una gaseosa tranquilidad se enseñoreaba del lugar. Los hombres se desplazaban lentos, con la serenidad del que ya ha jugado la noche y el tiempo que resta tiene la dimensión del infinito. De tanto en tanto sonaba un teléfono y alguien hablaba en susurros.

Como siempre, entonces, quedaron pocos hombres en mucho espacio desordenado, como tripulantes de un barco fantasma. Sin apuro y con sueño viejo. Conversando entre ellos mientras aguardaban el termo de café prometido por Anselmo.

- ¿Te falta mucho?, le preguntó Cacho, en un bostezo.

Abel lo miró por encima del carro de la Olivetti y encendió un cigarrillo, poniendo los codos sobre el escritorio. Aspiró una bocanada, mirando a su jefe con

cansancio. Contó las marcas verticales del papel, sacó cuentas con un lápiz y, finalmente, pudo decirle que quedaban quince líneas por llenar.

- Metéle, apuró Cacho. Lorenzo quiere leerla antes que vaya a diagramación. Hará correcciones, seguro. Este cierre se hará interminable.

- No me entretengas que tengo que ponerle el moño y no sé cómo, rogó.

- Avísame cuando esté lista.

Lo dejó tipeando, ajeno a todo. Las palabras iban cubriendo el papel con dificultad. Setenta espacios hacen una línea, y quince líneas tienen mil cincuenta espacios, lo que implica más de cien palabras antes del asterisco del final.

Las líneas se iban formando en una agonía pausada, redactando un final que tenía que ser atractivo y entendible y si encerraba alguna comicidad, una moraleja insulsa o una referencia literaria, mucho mejor.

Demasiada exigencia. El reloj avanzaba con rapidez. Ya sólo quedaban Abel, Anselmo y el redactor de Internacionales haciendo los copetes de su sección.

Con alivio, Abel sacó el papel de la máquina y lo juntó con las otras hojas. Hizo un lugar en el escritorio y leyó el artículo. Ahí estaba. Éramos hermosos y pudimos ser felices, pero no nos dejaron. Nos quitaron la posibilidad de ponerle pimienta a esta cotidianidad de envasar la noticia para el probable paladar del lector tipo, ese desconocido que se supone más idiota que un babuino. La historia de las acciones de Papelera del Sur se ha ido transformando, y de un thriller ha devenido en un análisis sobre la nada.

¿GRAN ALZA EN PUERTA? ¡UNA INVESTIGACIÓN FUERA DE SERIE! ESFUERZO PERIODÍSTICO. LOS DATOS DEL SECRETO MEJOR PROTEGIDO. LOS INTERROGANTES. ¿HAY UNA MANO NEGRA?

Hizo unas correcciones de ortografía y fue adonde Cacho repasaba unos artículos de la sección.

- Terminé. No doy más, anunció tendiéndole los papeles. El otro los tomó y salió corriendo hacia el tercer piso.

- ¡Esperáme!, le gritó antes de desaparecer por el pasillo.

Quedó derrumbado en el sillón de Cacho, mirando el parpadeo de los tubos fluorescentes. Vacío. Harto. Así lo encontró el otro a su vuelta.

- ¡A casita, Abel!, ordenó, exultante. No tocó ni una coma. ¡Buen trabajo, flaco! Andá a descansar, que esta vuelta te lo ganaste.

Se puso el saco despacito.

- Esta vuelta volvimos a perder, se quejó. Ese artículo es pura mierda, acusó.

- Nos pagan para cocinar esta bosta. Si a Lorenzo le gustó, bien ganada la paga. No jodas y andate, hacéme el favor. Sos ácido como limón verde.

Y a pesar de todo, era un buen artículo. Dentro de su cortedad, era bueno. Eso le dolía más aún.

Iba en dirección a la terminal de colectivos, y se le ocurrió que a Ordóñez no le gustaría. Se había alzado contra los reglamentos hasta caer en la infidencia, para que su coraje sirviera para dar color a un artículo pusilánime.

- ¿Y, campeón? ¿Deschavaste todo el negocio?, lo sorprendió Belloni a mitad de camino, mientras trotaba junto a él abriendo un paquete de pastillas.

- ¿Querés una?, ofreció.

- ¿De dónde saliste?

- Voy a casa. Te vi y me apuré. Podemos viajar juntos.

Llegaron a la parada en silencio, chupando sus pastillas de limón.

- ¿Qué tal la nota? ¿La aprobó Lorenzo?

- Le gustó, contó Abel. Está hecha a su medida, ¿sabés? Como la pidió. No me salí ni un milímetro de la huella.

- ¿Y deschavaste el negocio?

- ¿No te digo que la hice como pidió Lorenzo? Es una nota lavadita, inofensiva. ¿Sabés qué hará mañana?

- Ni idea.

- Comprará de incógnito, acciones de Papelera. Dio orden a Chocón de empeñar hasta la camiseta.

Anselmo lo miró en silencio y Abel sintió que allí había un reproche.

- ¿Qué querés que hiciera?, se defendió. Es su plata y su revista.

- Es la historia de siempre, que se repite una vez más, suspiró Anselmo apesadumbrado. Esta vez te tocó a vos.

- No me des el pésame, viejo. No seas jodido.

- No te enojés, que no te estoy haciendo un reproche.

- ¿Y qué querés que hiciera?, estalló Abel. ¡Decíme! ¿Qué tendría que haber hecho?

- Nada. Tu trabajo ya lo hiciste. Mirá: es como el caso de los obreros que arman bombas. ¿Son los culpables de las guerras donde las usan? No. Bueno, esto es igual.

- ¿Sabés que no? No es igual. Yo podría trabajar en una fábrica. Pero un obrero, ¿puede escribir una nota así? ¿Ganamos lo mismo?

- Si empezás con eso, largá la revista y dedicáte a otra cosa.

- ¿A qué? ¿A trabajar de obrero y armar bombas en una fábrica? ¡No me jodas!

Que reconozca como viene el juego no significa que me quede tranquilo.

- ¿Se te ocurre alguna alternativa?

- No, y me desespera.

- A todos nos sucedió. Ya se te va a pasar.

- Es lo que también me asusta.

Se quedaron en silencio aguardando el colectivo.

Entró al hotel y el conserje le dedicó un saludo untuoso. Sidi Rosenberg lo devolvió en un inglés cantarino y cerrado, propio de su condición de texano adoptivo. Mientras le daba la llave de su habitación, le avisó que tenía una visita aguardándolo en el snack-bar. Con curiosidad, se dejó llevar hasta allí por el conserje, que le señaló a un tipo sentado junto al ventanal.

Le agradeció la molestia y se dirigió hacia la mesa.

El otro era un desconocido. Sidi Rosenberg se ubicó frente a él, tomando asiento.

-¿Usted preguntó por mí?

Se sintió estudiado minuciosamente.

- ¿Rosenberg? ¿Nathaniel Rosenberg, de Dallas?

- Nathaniel Rosenberg, de Dallas, o Natalio Rosenberg de Villa Crespo. Como prefiera. ¿Quién es usted?

- Yo también tengo dos nombres. ¿Cuál quiere que use?

- ¿Ochoa?, musitó Sidi Rosenberg. ¿Mayor Ochoa? ¿Alberto García?

- El mismo. Es usted rápido.

Un camarero se acercó a tomar el pedido.

- Café, pidió Sidi Rosenberg con gesto seco, sin dejar de mirar al otro.

- Lo imaginé distinto, le aclaró.

- Yo, a usted, también.

- ¿Cómo supo que lo buscaba?

- El idiota de Arrighi me avisó... No se camina amenazando a la gente con un revólver, Rosenberg. Me dijo que le había dado mi nombre y mi teléfono. Vengo entonces. Quiero evitar que me sorprenda en un garaje.

- ¿Tiene miedo?

- Prevención, nada más. Yo no soy Arrighi.

- Lo imagino. De todos modos, no hay peligro conmigo. Soy hombre de paz.

- Curiosa confesión en quien visitó a otro con un revólver en el bolsillo.

- Pura parada. No iba a hacerle ningún daño.

- *Usted lo amenazó con volarle la cabeza.*

- *Es cierto. Pero era imposible, dijo Sidi Rosenberg, interrumpiéndose para que el camarero colocara el pocillo de café-. El revólver era de juguete.*

El otro abrió los ojos como platos y rió hasta terminar en una carcajada..

- *¡No puede ser! ¡Si me lo cuenta otro no lo creo! ¡De juguete! ¡Un revólver de juguete!. Se secó las lágrimas y contempló a Sidi Rosenberg. Me resulta insólito.*

- *¿Qué tengo de raro? ¿Que esté buscando a mi hijo?*

- *No. Lo insólito es hacerlo con un revólver de juguete. ¿Y si Arrighi estaba armado?*

- *Lo descarté. Tipos como él no tienen huevos para tanto. Prefieren usarlos a ustedes.*

-*¿Y a usted le dan los huevos?*

- *No sé. No creo, reconoció Sidi Rosenberg. Nunca disparé contra nadie. Además, puedo estar mintiendo. El revólver podría haber sido de verdad.*

- *¿Suele mentir, Rosenberg?*

- *Yo sí. ¿Y usted?*

- *También.*

Quedaron observándose.

- *No le gusto, ¿verdad?, descubrió el otro.*

- *Los tipos como usted me disgustan, Ochoa. Es una sorpresa que estemos tomando café como si nada.*

- *Llámeme García, por favor. Ochoa ya no existe. Fue un nombre de guerra. Porque aquí hubo una guerra, ¿sabe?*

- *No, no lo sé, dijo Sidi Rosenberg con fastidio. Pero tampoco quiero polemizar. Usted sabe lo que busco. ¿Qué puede decirme de eso?*

- *Si gusta, lo invito a cenar y hablamos.*

- *No, atajó Sidi Rosenberg con una mueca-. Si quiere contarme algo, hágalo. Y después, cada uno por su lado. No me es agradable hablar con usted.*

- *No se confunda, Rosenberg. No soy un asesino ni un apestado. Soy un tipo que hizo una guerra y triunfó. Vengo a verlo movido por la piedad de vencedor.*

- *No le creo. Vino por miedo, para anticiparse.*

- *¿Miedo, se asombró el otro. Yo no tengo miedo.*

- *Lo tiene o lo tuvo. ¿Cómo explicar lo que pasó? Por una vez ustedes morían en las calles. Para tranquilizarse, hicieron una masacre. Pero no discutamos. No podremos ponernos de acuerdo. Seamos prácticos. ¿Qué sabe de Abel?*

- Yo hice el trabajo de inteligencia que permitió detenerlo. A partir de allí, lo pierdo de vista.

- ¿Qué trabajo de inteligencia, García? ¿Qué detención? Abel fue secuestrado, no detenido. ¿De qué está hablando?

- De su hijo, Abel Rosenberg, detenido por las fuerzas legales por su vinculación con elementos subversivos. ¿Tanto lo conocía como para negarlo? Escúcheme. Tuvimos una guerra, ¿no es cierto?

- Son fantasías tuyas. Lo que hubo fue un enfrentamiento de bandas, y en donde unas actuaron al amparo de un estado perverso.

- Ésa es una opinión, se exaltó Sidi García. Repite como un loro la propaganda sinárquica. Debe saber que estamos en guerra contra el Oriente. Desde hace décadas. Es una confrontación que no ha terminado y que tiene amplitud mundial. Se ha desplazado de territorio. En algún momento, una de sus batallas tuvo lugar entre nosotros y participé del combate. Con la bandera de Occidente.

Sidi Rosenberg colocó el pocillo vacío en el centro del platito y, tras un instante, preguntó:

- ¿Qué pasó con Abel?

- Su hijo estaba del otro lado. Y cayó por eso.

- ¿Cómo puede hablar de una guerra que no existió? ¿De dónde sacó que pertenecía a las fuerzas legales? ¡Por favor! ¿Dónde estaba el ejército contrario? ¿Dónde están las batallas? ¿Cómo supo que Abel estaba en esa guerra, que era parte? ¿Le dijeron su nombre en una sesión de tortura?

El otro lo miró como si lo radiografiara.

- ¿De veras lo quiere saber?

- Sí.

- Su nombre apareció en una lista que llevaba un subversivo. Lo tenía agendado como contacto de fábrica.

- ¿Esa pavada resultó suficiente para secuestrarlo?

Sidi García miró por el ventanal y asintió.

- Teníamos que movernos rápido, antes de que se esfumaran los contactos. La orden era ésa: detenerlos dentro de las veinticuatro horas. Si no, los sospechosos desaparecían. Se mudaban, se cambiaban la identidad, escapaban.

- Abel no era de esos. Estoy seguro.

- Yo no tanto. Lamentablemente, fue imposible confirmarlo.

- Si no lo pudo confirmar, era inocente y usted posibilitó su asesinato.

- ¿Cree que todos ellos eran inocentes?

- *Me importa un carajo si lo eran. El que me interesa es mi hijo.*

- *Se trata de casos idénticos.*

- *Dígaselo a ellos. Si eran iguales, los asesinaron a todos.*

- *El que llevaba la agenda murió en un tiroteo. ¿Cree que era una dama de compañía armada con metralleta?*

- *Usted me asusta, dijo Sidi Rosenberg. Los que piensan como usted me dan pánico. Están locos. Me aterra que sigan impunes. No entiendo cómo lo han conseguido, no me entra en la cabeza.*

- *¿Quién tiene la culpa, Rosenberg? ¿El cuchillo o la mano que lo empuña? Ustedes nos han llamado a la batalla. Los que ahora nos dan la espalda antes nos animaban a la represión. ¿O no lo sabe? ¿Nunca lo imaginó? ¿Eh, Rosenberg? Escúcheme: hombres como yo o como su hijo siempre existiremos. Somos los que nos desplazamos por el borde. Pero ellos, ustedes -señaló al mundo, abarcándolo con un gesto-, ¿no nos convocaron? ¿No fueron los que nos daban los nombres, las direcciones, las pistas? ¿A qué viene tanto escándalo?*

- *No tuve nada que ver con eso ni los llamé jamás. No sé a quién menciona con el ustedes. A mí no me incluye.*

- *Me refiero a ustedes, repitió Sidi García. ¿O cree que me colé en la fábrica? ¡No, Rosenberg! Los Arrighi nos llamaron. Movieron influencias, hicieron donaciones, ¿sabe? En retribución por la limpieza, pagaron la refacción de los baños de mi cuartel. ¿Piensa que fue un caso único? ¡No! Usted putea porque le tocó a su hijo. Los otros le importan un pito.*

- *Son macanas, rechazó Sidi Rosenberg. Justificaciones de la masacre.*

- *Yo no tengo nada que ocultar. Cumplí órdenes. Arriesgué mi vida por la victoria. Y fíjese, nadie la niega. Nos reprochan los medios. Con los fines, estamos todos de acuerdo.*

Sidi García hizo un alto y quedó mirando a su interlocutor.

- *Usted me aterra.*

- *Nadie quiere ver la verdad del combate, insistió Sidi García. Nos llamaron para una guerra que tratan de convertir en una cuestión de policía. Nos ayudaron. Y los que no colaboraron se hicieron los distraídos, mientras otros preferían esconderse. Los muertos que hubo no tienen nombre ni dueño. Nadie los reivindica. Nadie dice: son nuestros.*

- *Yo digo que Abel es mío, musitó Sidi Rosenberg.*

- Me refiero a que no hay una reivindicación política, aclaró Sidi García. Esos muertos fastidian porque recuerdan que hubo una matanza de la que nadie se quiere hacer cargo. De no haberle tocado a su hijo, ¿qué estaría haciendo? ¿Me diría todo esto?

- Si no hubieran asesinado a Abel, yo no lo hubiese conocido; délo por seguro. Tampoco hubiera ido detrás de esa mierda de ben Arrighi. Pero estaría diciendo lo mismo.

- A sus amigos de Dallas.

- ¿Y qué hay con eso? ¿En qué lo invalidaría? Además, ¿dónde está su propia humanidad? La existencia de un poder canalla no justifica la propia miseria. ¿Es guerra el secuestro, el robo, el asesinato?

- Ésa es su versión. Hágase cargo de lo suyo y sinceremos los hechos.

- Dejémoslo. ¿Quién fue Veinticinco, García?

- ¿Quién?

- Veinticinco. Así se hacía llamar quien delató a mi hijo.

- No lo sé, se asombró Sidi García.

- ¿Cómo supieron dónde se escondía?

Ahí Sidi García pareció entender.

- ¡Ah! Era eso.

- ¿Cómo fue?

- Fue la chica, su novia. Ella nos dio el dato.

- ¿Navarro? ¿Cristina Navarro?

- ¡La misma! Fue ella quien lo contó.

- ¡Imposible!, estalló Sidi Rosenberg. ¿Está seguro? Ella me dijo que fue un delator que se hacía llamar Veinticinco.

- ¡Si se lo estaba confesando, hombre! Veinticinco debió ser el número que tenía en el centro de detención. Ella lo entregó para salvarse.

- ¡No puede ser!, exclamó Sidi Rosenberg. ¿Qué se hizo aquí de la gente? ¿Qué han hecho con ella?

Sidi García lo miró.

- Fue una guerra.

- ¿Qué perversión lo engendró? Usted también está muerto, García. ¡Muerto! ¡Muerto!, insistió en un susurro.

Sidi García se levantó, arrimando la silla a la mesa.

- Adiós, Rosenberg. Ya sabe lo que quería. ¿Cuándo vuelve a Dallas?

- ¡Muerto!, pareció escupirle Sidi Rosenberg en respuesta. ¡Todo en usted está muerto, García! Yo no hablo con los muertos.

- Vuélvase a Dallas, viejo, susurró suavemente. Si sigue por aquí, quizá termine hablando con ellos. Y aléjese de los garajes. Se lo digo por su salud.

Sidi García se retiró y Sidi Rosenberg quedó a solas. Con un gesto indicó al camarero que cargara las consumiciones a su cuenta y se dirigió a su cuarto.

Todo se reduce a rondar alrededor del cuerpo ausente de Abel, reconstruyendo su desamparo, se dijo. Ese hombre me asusta. Sus ojos brillaban con el recuerdo de sus andanzas. Resonarían en sus oídos los disparos, las voces y los gritos. El sudor de los cuerpos. La alegría de la muerte ajena. Debería sentirse venciendo a la propia ante cada baja. Comprobaba que no era él y crecía de estatura, aupándose sobre los caídos. Se adueñaba de ellos. Los robaba de noche, a oscuras, enfundándolos en una capucha.

Ese tipo me horroriza con su versión de la masacre. Me espanta que pueda encontrar heroísmo en una pretendida gesta que reconoce sucia.

También dijo que éramos nosotros quienes los convocamos. Lo mencionó con una sonrisa. La cara del horror. Tempestad. Tormenta. La gente transita como si nada. En ningún lugar hay un símbolo que rememore la matanza. Todos la saben cierta y ninguno la nombra.

Dijo que la quisimos. Y también, que esos muertos son de nadie. Que nadie los reclama. O sea, que los olvidamos, nos fastidian. Se da el espanto de que los muertos sólo valen para sus asesinos. Ellos los recuerdan. Se ciñen sus cabezas de los cinturones en señal de guerra y victoria. Al hacerlo, les vuelven a dar vida y se hermanan otra vez en la muerte que ayer los unió. Triste destino.

Una niebla pesada viene avanzando desde el río. En cualquier momento tapaná la ciudad. Y en ella estaremos los que olvidamos los muertos que supimos conseguir, sin gloria alguna, olvidamos, sombras esquivas, fantasmas, fragores en la oscuridad, tempestad, tormenta. ¿Quién cuenta las bajas después de la batalla? Nadie. Ningún furriel asienta sus nombres en un parte y no hay lápida que las recuerde. Dulce es morir por la patria, decían los romanos a sus legiones. En la celda donde Abel acabó su vida, ¿habrá sentido que era dulce? ¿O habrá maldecido su suerte perra, que lo aherrojaba únicamente en el recuerdo sus verdugos? ¿Es dulce morir así? Escarnecido después de haber sido alabado como juventud maravillosa. Se perdió en la niebla, llevando una tormenta en el corazón.

Mirando a aquel tipo musitando sus delirios como un zafarrancho, me interrogo sin respuestas en medio de esta realidad de ausentes, de banderas que no tremolan, de consignas que se olvidan. He tardado años en volver. ¿Hasta dónde soy ajeno?, me pregunto. Tempestad. Tormenta. Dulce es la tierra que da frutos al hombre. ¿Dónde está, Dios? Abonada con sangre de desconocidos que nadie nombra, olvidados como un mal

sueño. Los sobrevivientes cuentan las monedas que quedaron o se mixturan con los matarifes. Y yo, mientras tanto, ¿dónde estuve? Mirando las autopistas de Dallas, como podría haber mirado el Obelisco, mientras destrozaban a Abel en un sótano. Él no estaba en mi agenda. Un sollozo le rompió el pecho mientras observaba el río desde su cuarto del Sheraton Morocco. ¿A quién odiar entonces?, dijo en un grito. ¿Odiaré a los Arrighi, a los Ochoa, a los García, a los Veinticinco? ¿Me odiaré en la noche, cuando Abel me salude en sueños?

¿Cuál es la parte que me toca?, decía restregándose las manos en un gesto nervioso.

Encendió la luz del velador y, hurgando en sus bolsillos, buscó un número que dictó a la telefonista. En cuanto atendieron, preguntó con tono brusco:

-¿Cristina? ¿Puedo verla? Necesito verla. Tiene que ser ahora.

La respuesta debió ser afirmativa, ya que salió corriendo mientras la niebla tapaba la ciudad.

Suleiman parpadeó tratando de acostumbrar sus ojos a la penumbra del bar. Traspasó la cortina que cubría la entrada a los reservados y hurgó en las caras de los parroquianos. Sidi ben Akbar alzó su mano regordeta y la sacudió en aviso. Las lucecitas azules se reflejaron en sus anillos. Con torpeza, Suleiman se sentó ante el Sidi, que le sonrió paternalmente.

-Años sin vernos, se asombró el Sidi palmoteándole el antebrazo. Me alegro de encontrarte bien.

- Lo mismo digo, Sidi. Que el Altísimo te conserve sabio y robusto. Me llamaste. ¿En qué puedo servirte?

Sidi ben Akbar escanció anís en una copa y la empujó hacia el otro.

- Echate un trago a mi salud y hablemos.

El viejo no se hizo rogar. Vació la copa en un envión y permaneció con los ojos fijos en su fondo.

- ¿Otra?

-Si no es abuso.

- No lo es, lo tranquilizó el Sidi. Tomá y después llévate la botella.

- Alah premie tu generosidad, pidió el viejo llenando su copa.

Sidi ben Akbar lo contempló a través del humo de su cigarrillo egipcio.

- ¿Cómo te va con Abdul?

Suleiman titubeó antes de contestar.

- No puedo quejarme. Es un buen muchacho. Un poco atolondrado, pero no es mal tipo.

- ¿Te parece?

El otro se removió en su asiento pensando que algo no andaba bien.

- No tengo queja contra él, Sidi.

- Pues yo sí, reconoció el otro, dando un manotazo sobre la mesa. ¿Sabés qué hizo tu amiguito?

- No, no sé nada.

- Pues ni más ni menos que asesinar a un europeo en el aeropuerto. Lo mató en el baño. ¿Y para qué? Para robarle. No le dejó nada encima. Y para peor, a la vista del mundo. ¿Qué te parece?

Suleiman guardó silencio.

- Me ha puesto en un compromiso, declaró el Subprefecto. He protegido a Abdul más allá de la prudencia, pero no permitiré que enturbie mi reputación ni que un crimen quede impune en mi zona. Caerá el asesino. ¡Y también sus cómplices, no lo dudes! ¿No tendrás algo que ver en esto?, preguntó con desconfianza.

- No tengo que ver con nada, sollozó Suleiman. Tampoco sé de la muerte de nadie. ¡Soy un pobre servidor tuyo, lo sabés!

- ¿Lo viste raro en estos días? ¿Te comentó algo?

- Dijo que estuvo haciendo un trabajo para vos...

- ¡Trabajo para mí!, se enojó el Subprefecto. ¡Pero vean cómo me quiere ensuciar ese perro español! ¿Anda con dinero, con joyas?

Suleiman desvió los ojos hacia otro lado.

- Pensá antes de contestar, le advirtió el Sidi. Una mentira sería prueba de tu complicidad. No caigas en el encubrimiento.

- El chico es bueno. No puedo creer que haya hecho algo malo.

- Pues lo hizo. Está perdido. No te ilusiones. Estoy tratando de averiguar si estás complicado o no. Sabés cómo se castiga el asesinato, ¿no?

- No tuve nada que ver, Sidi. ¡Te lo juro por lo más querido! ¡No sé qué habrá hecho Abdul, pero yo fui ajeno!

- Quiero creerte. Pero no me contestaste.

- Tiene un reloj, Sidi, dijo el viejo con un hipido. Un reloj y una lapicera de oro. Más no he visto.

- ¿Compartió con vos algún botín?

- Nada, lo juro.

- ¿Y la valija y el impermeable que vendiste, ¿eran tuyos?, preguntó el Sidi con insidia. Suleiman se sintió perdido.

- No maté, Sidi. No ayudé a matar, créeme.

- Te creo, pero no sé si convencerás a los jueces. Tendré que mandarte a la cárcel y seguir investigando. Lo siento, Suleiman.

Dos policías vestidos de paisano se ubicaron cerca. Suleiman vio que uno de ellos agitaba unas esposas haciéndolas tintinear.

- No me castigues, Sidi. En la cárcel me matarán la humedad y la tristeza. Soy inocente, te lo juro.

- Ojalá puedas probarlo, Suleiman, deseó el Subprefecto. Pero sabemos que Abdul comparte sus botines con vos. Después de matar al europeo fue a tu casa. ¿Habría ido si no tuvieras nada que ver? Te veo mal.

- Pasó la noche escribiendo. Con esa lapicera de oro. Me dijo que se la habían regalado. No podía imaginar que la robó.

- ¿Y qué escribe?

- Lo ignoro. Pero lo hace como si estuviera endemoniado

- A lo mejor lo está. Solo así se explica el asesinato. ¡Tagot se lo inspiró!

- Será, Sidi. No lo sé.

- Nos metió en un problema, Suleiman. Yo estoy en mala posición. Se sabe que es mi protegido. Y vos, bueno, estás peor. Dirán que fuiste su cómplice.

- Tiene que haber una salida, se desesperó Suleiman. No puede ser que bailemos todos.

- Pero es así, Suleiman. No hay escape. La solución sería que Abdul muriese. No creo que él quiera.

- ¡Abdul muerto!, gimió Suleiman. ¿No hay otra manera?

- De haber otra, te la diría. Acordáte que también tengo interés en resolver esto. ¡Dejémoslo! Lo que tenga que pasar, que pase. Podés traerte la botella, le recordó mientras llamaba a sus hombres con un gesto. Ellos se encaminaron hacia su mesa. Suleiman los miró asustado.

- ¡Vamos!, invitó Sidi ben Akbar. ¡Hagámoslo fácil!

- ¡No me lleves!, suplicó Suleiman, aferrándose a su brazo. ¡Sabés que me condenarán! ¡Dejáme ir!

-No puedo, se excusó el Subprefecto. Si te dejo ir, quedaré más comprometido todavía.

- ¡Un día! ¡Un día y te daré una solución, Sidi! Dámelo y acabaré con el demonio.

Sidi ben Akbar lo miró ceñudo, sopesándolo.

-¡Sea! ¡Te lo doy! Pero como me engañes, aunque te escondas bajo tierra, igual te hallaré, Suleiman. ¡Acordáte de lo que digo!, advirtió mientras se dirigía hacia la salida.

Pasó las cuarenta y ocho horas siguientes encerrado en su casa, negándose a salir para otra cosa que no fuera buscar comida. Y diarios. También eran parte de su dieta.

Desde su dormitorio, Abel observó cómo la ola iba creciendo a fuerza de ilusión. Cuando apareció la revista, las acciones de Papelera del Sur registraron una leve alza. De 2,35 pasaron a 2,42.

Imaginó a Lorenzo revisando los télex con las cotizaciones, mientras interrogaba a Chocón cuánto había comprado.

Los vespertinos se hicieron eco de la noticia. La levantaron de la revista, mencionando su origen.

A la mañana siguiente los diarios la reprodujeron, y no faltó quien la agrandara. Fantin, desde su columna, recordó que él había sido quien primero lo había anunciado.

Esa tarde, las acciones de Papelera cerraron a 3,80 en alza. En los noticieros de la noche los cronistas remarcaron la fiebre de los operadores. Abel imaginó los corrillos y los gritos en el recinto, las ansiedades de los corredores, los comentarios. Varias veces sonó su teléfono con llamadas de colegas que pedían mayores informes.

- Estoy enfermo, se disculpaba. Pregúntenle a Cacho.

¿Qué podría decir que no fueran excusas? Lo fue invadiendo una incómoda sensación de pudor. Y también la depresión. Inútil le resultó imaginar subterfugios y consuelos. Se representaba la voz de Ordóñez, con su acento de cantante de salsa, reprochándole el artículo mientras veía a Lorenzo dándole directivas con su bolígrafo.

- ¿Hoy venís, no es cierto?, lo urgió Cacho a la mañana siguiente.

- Preferiría que no. Hacéme el favor, pasáme otro día de enfermedad.

- ¿Se puede saber qué carajo te pasa?

- Sería muy largo. Después te cuento.

Almorzó liviano y se acostó a dormir la siesta. La única satisfacción era sentirse disfrutando de un franco logrado a horcajadas de la nota, del incremento de ventas de la revista y de la expectativa de ganancias de Lorenzo. Todo eso era posible gracias a la ilusión. De no existir ésta, ya estaría el médico de la empresa revisándolo para determinar el por qué de sus faltas. Pero hoy sus ausencias eran consentidas como una travesura.

Despertó con el sonar del timbre sonando con insistencia. Abrió, encontrándose con un mensajero que le tendía un sobre.

- De parte del señor García. Pidió que lo llamara ahora mismo.

Él asintió, todavía en babia, y cerró la puerta con el sobre en la mano. Lo miró como si fuera un cuerpo extraño que le hubiera crecido durante el descanso.

Reconoció su nombre manuscrito en el frente. Abriéndolo, encontró un cheque con talón. Una fortuna. Lo miró, silbando admirado. La suma representaba, más o menos, un año de sueldos. Sonrió con amargura. *Llamáme a casa*, le pedían en un papelito. Dejó todo sobre la mesa y, como quien cumple un mandato, tomó el teléfono.

- ¿Recibiste eso, no es así?, preguntó García.

- Lo tengo aquí, pero no lo acepto.

- Lo ganaste en buena ley, mi viejo. Hiciste lo que tu conciencia te dictó, ¿no es así? Usálo tranquilo, que es tuyo. Hoy cerró a 4,22 por acción, Abel. Vendimos hasta la última.

- Me alegro por usted, pero no creo que cobre el cheque.

- De vos lo creo todo, rió García. Hasta que decidas qué hacer con él, guardálo. Tenés un mes para cobrarlo. Yo lo haría mañana mismo. Pero no es por eso que quería que hablemos. Quisiera que aclarásemos lo sucedido. En una de esas, te anima a pasar tranquilo por ventanilla. ¿Te espero?

Tuvo ganas de negarse y, sin embargo, ahí estaba. Todo se fue desarrollando como la vez anterior: la subida en el ascensor, García introduciéndolo en su casa y en su estudio, tendiéndole un vaso de whisky con una sonrisa en los labios. La diferencia radicaba en el clima. Ahora, el otro se veía satisfecho.

- Por nosotros, propuso, levantando el vaso.

Él saludó con el suyo sin decir palabra.

- Fue un batacazo, se entusiasmó García. ¡Imposible contar lo que pasó en la rueda! Me sacaban las acciones de las manos. Por miles. De ahí la cifra del cheque. Te propuse veinte mil a 1,20. Vendí a 4,22, así que coinciden los números. Nada me debés. Es tu plata, tu ganancia.

- A cambio de algo que no acepté.

- Igual sirvió todo lo que hiciste y lo que dejaste de hacer. No measte fuera del tarro. Temí que hicieras escándalo. Pero tanta cordura de tu parte puede ser el comienzo de muchos negocios. ¿Qué te convenció para actuar así?

- Nadie. La verdad es otra, Alberto. Por eso no debo aceptar su cheque.

- La verdad siempre es otra. Y vos ni la sospechás. Pero que aceptes o no el cheque no la cambiará. Tan sólo te dejará donde estás o mejor. Hacé lo que quieras.

- Estoy tan harto de este asunto que no quiero discutir sobre él. En realidad, yo quería el escándalo. Fue Lorenzo quien me paró. Lo hizo de tal manera que ni debió pelear conmigo. Le bastó con mostrar de quién es la revista. Me di cuenta de que lo demás era cotillón. Entonces no hice mi nota. Redacté la de él, murmuró dando un largo trago. Cumplí sus instrucciones, y él salió a comprar acciones de Papelera gracias a la información que junté. No, no puedo recibir esa plata. Sería una inmoralidad.

- ¿Tanto te preocupa la moral?

- A mi modo, me importa.

- Entonces, quedáte tranquilo. No estoy comprando nada. Te avisé que nadie publicaría en tu revista algo que hiciera temblar el tablero. Te diré algo más, y no te ofendas, pidió. Siempre confié en tu honestidad. Aposté a ella y siento que hice bien. ¡Llévate la plata, flaco! Está bien ganada.

- No. Si de mí hubiera dependido, habría denunciado hasta el último detalle de la maniobra.

- ¡Es lo que hiciste, Abel! ¿O se la ocultaste a Lorenzo? ¡Por eso salió redondo!

Había algo que no encajaba. Abel intuía que las congratulaciones partían de implícitos desconocidos.

- Es más, anunció García. Como te aprecio, quiero darte una primicia para que la anticipes y, de paso, te cubras.

- ¿Cubrirme de qué? No entiendo.

- Papelera del Sur va directo a una convocatoria de acreedores o a la quiebra. Esto que pasó fue sólo un espejismo. Tomá tus medidas. Cuando se evapore el efecto, alguien puede pensar que vos lo sabías y te prestaste al juego.

Sintió un vahído.

-¿Cómo que va a una convocatoria de acreedores o a la quiebra? ¡Imposible! ¡Vi sus balances! No trate de engañarme.

- Ni lo intento. Esos balances que viste son falsos. ¡Totalmente falsos!

Él lo miró con ojos turbios.

- ¿De nuevo fraguaron papeles?

- Nunca hubo ese fraude del que hablás. Los balances que te pasó Ordóñez son dibujos. Esa fue la información falsa, ¿entendés?

Ahí se le hizo la luz.

- ¿Qué sabe de Ordóñez? ¿Cómo se enteró?

- ¡A ver si te avivás, pajarón! Necesitábamos que alguien corriera el rumor. Tenía que ser un tipo insospechable. Vos, por ejemplo.

- ¿Usted me engañó?, se sobresaltó Abel. ¿Y por qué? ¿Para qué ese teatro?

- Era fundamental que lo creyeras. Si no, no funcionaría. ¡Lo logré y anduvo!
¡Caramba si anduvo!

- ¡¿Pero qué hizo, animal?!

- No te enojés. Te conté un cuento sobre Papelera. Habíamos sacado los balances. Nadie podía cotejar ningún dato. Te llenaste de sospechas y viste conspiraciones donde no había nada. Después, te mandamos un expediente fabricado para la ocasión, como si fuese un envío de Ordóñez.

- ¡Pero me lo quisieron robar! ¡Reventaron mi casa para conseguirlo!

- Fue para avalar la autenticidad de la carpeta.

- ¡Pero se la llevaron!

- Lo hicimos cuando nos dimos cuenta de que era fotocopia de la copia. Nunca creímos que serías tan loco de llevarte el material a tu casa. Pronto empezarán a salir solicitudes en los diarios. Se probará que esos documentos son apócrifos. Te ofrezco destapar el enjuague. Incluso ya tenes un culpable: es uno que se hace pasar por funcionario internacional.

- ¡Jamás haré nada por el estilo! ¡Debe ser una trampa más! ¡Usted está loco!
¡Loco!

- No es trampa. Cuando hablabas por teléfono con Ordóñez, el verdadero estaba en Chile. Si querés, confirmálo.

Cerró los ojos con fuerza y aspiró hondo.

- ¡Usted es un hijo de puta!, dijo con desesperación. ¿Todo fraguado? ¿Las ganancias, los créditos, las ocultaciones? ¿Todo trucho?

- Todo.

- ¿La paliza a Fantin?

- No fue para tanto. Él exagera de susto. Fue un toque artístico.

- ¡Grandísimo turro! ¿Qué le hice para que me destruya?

- Nadie pensó en vos hasta que apareciste preguntando por Papelera. Entraste solo. Nuestro objetivo era Fantin. Y no te quise destruir, lo juro. Tampoco creo haberlo hecho. Lorenzo debe estar aún contando billetes. Pero fijate lo que son las cosas: ¿Quién encuentra sombras en todos lados, vos o yo? Ves conspiraciones por cualquier parte y lo considerás normal. Y cuando estás en medio de una, no la ves. ¿Qué sabés de negocios, decime? Absolutamente nada. Hasta hoy, por lo menos.

Abel paseaba de un lado al otro, lanzando furiosas miradas a García.

- ¡Usted es una basura, Alberto!

- No me ofendas, rogó García. Te cuento todo esto porque quiero protegerte. Sos un buen tipo, pero te metiste en un juego que te queda grande. Entrás en serio o te vas.

En cualquiera de esas alternativas, siempre habrá quien te señale. Pero así como estás, paradito en una nube, te van a marcar todos.

- ¡No vacilé en mentirme!

- Te di la posibilidad de que estés de otra forma. Quise comprarte. ¿Recordás? Te ofrecí soborno y lo rechazaste. Yo habré macaneado, pero quien te metió el dedo en el orto fue Lorenzo.

- Usted es un dañino, dijo Abel en un murmullo.

- Soy parte de todo esto, afirmó García. Que te quede claro. Dinero y manija pueden ser cualquier cosa menos ingenuos. Enterate.

- Usted es un dañino, insistió Abel.

- Puede ser. ¿Interesa? ¿A quién? Los tipos de tu generación han vivido comprando buzones, tragando sapos y escupiendo sangre. Es hora de que despiertes, nene. Si no, te van a pasar por encima otra vez.

Un dolor seco le destrozaba la garganta.

Quedaron un instante en silencio y García volvió a saludarlo levantando su copa.

- Créeme que te estimo.

- No quiero pensar qué hubiese pasado de no ser así, comentó Abel dirigiéndose hacia la puerta.

- Pues te lo digo.

- No, deje.

- De no estimarte, mi buen Abel, en vez de avisarte te barro.

Suleiman espiaba a Abdul aplicarse a su tarea, cubriendo las carillas con su escritura desapareja. Sólo el roce de la pluma quebraba el silencio.

- ¿Cuánto valdrá esa lapicera?, preguntó de pronto. El otro reaccionó con enojo.

- ¡Viejo de mierda! ¡Metéte en tus asuntos! ¡No tases lo que es de otros!

- Es oro, Abdul, se justificó. Atrae.

- ¡Dejáme tranquilo!

Suleiman se repasó los labios con la lengua. Habría querido tener ese cilindro entre sus manos. Morderlo para ver si los dientes le dejaban marcas; limpiarla hasta que brillase como una centella.

La veía danzar en la mano de Abdul, garabateando palabras inentendibles, y sentía pena. Debería valer una fortuna, y venderla era asegurarse hashish por largo tiempo. O conseguirse una chica, de esas que en los burdeles del zoco atienden a los turistas por monedas. Ella abriría su boca para que él le depositase allí su antigua virilidad. La trabajaría como obrera, sacándole chispas para su asombro. Y aún le sobraría dinero. Podría escapar a Riff o a Marrakesh, evitando las iras del Subprefecto y la locura de Abdul.

Pero son sueños vanos. Es Abdul quien la tiene. Se aferra a ella como un poseído. Parece Zaith ibn Thabit transcribiendo las suras del Libro. ¡Imbécil! En vez de gozar los bienes que el Altísimo puso a su alcance, allí está, perdido entre esas palabras extrañas que vomita como un maleficio. Mientras tanto, las pupilas ocupan sus bocas con otros, y Sidi ben Akbar controla el paso de las horas, agitando sus grilletes de hierro. ¿Y para eso mató al europeo? ¿Para tener una pluma con la que escribir sus delirios? Si hubiera compartido el botín, él estaría dispuesto a compartir la suerte. Pero así no. Es una injusticia que deberá reparar.

Abdul alza la cabeza y lo mira de reojo. Se restrega la frente y con un suspiro vuelve a sus cosas.

- Hemos pasado por tantas vicisitudes, recordó Suleiman con nostalgia, que es un castigo del cielo que terminemos enfrentados. ¿Vale la pena separarse para vivir? ¿Tiene sentido morir por algo que me es ajeno? Sólo por sospechas, coincidencias, fatalidades. Mi vida se hará moco en la cárcel. Sin sol, sin oro ni hashish ni mujeres. Tampoco quedará el consuelo de la solidaridad de Abdul, tan muerto como yo en otra celda o cadalso. ¡Inspiración de Tagot! ¿Qué necesidad tuvo de matar al europeo por una lapicera? ¡Maleficio! ¡Maldición sobre nosotros!

Abdul, mientras tanto, sigue escribiendo:

Oyó el timbre y dudó en abrir. Tendría que haberse negado cuando llamó pidiendo verla. Pero fue débil o curiosa, y aceptó. Nunca sabrá por qué. Debía rechazarlo, pero eso habría sido renunciar a lo poco que quedaba de Abel. Entonces, consintió que fuera a su casa, sabedora de que podía ser un desastre. ¿Pero qué era su vida, sino el resto de un naufragio?

Llegó el hombre con su andar cansino. Arribó como si fuera natural encontrarse allí, en su living y a medianoche. Entró despacio, pero no tímido.

- Discúlpeme la hora, dijo.

-¿Qué lo trae por aquí? ¿Qué quiere?

Pareció que él también se hacía la misma pregunta, tratando de encontrar una respuesta.

- ¿Qué quiero?, interrogó en voz alta. ¿Qué quiero, Dios mío?, gritó quebrándose en un gemido.

Ella no dijo nada. Tampoco la conmovió la desesperación que exhalaba el hombre. Demasiado había tenido de la propia para que le enterneciera la ajena.

- Estuve con Ochoa, anunció Sidi Rosenberg, escrutándole la cara.

Una señal. Un signo. Un parpadeo. Algo que indicara un reconocimiento, una vergüenza o un insulto. Pero nada. La mujer sigue ahí. Lo mira como si no entendiera.

- ¿Quién es?

- ¿De veras que no lo conoce? ¿No le dice nada ese nombre?

- Absolutamente nada. No sé quién es. Estaba allí, impávida.

- ¡A mí no me va a engañar, desgraciada!, explotó Sidi Rosenberg. ¡Ochoa es el militar que decidió el secuestro de Abel! ¡Él la recuerda! ¡Así que Veinticinco, eh?, la zamarreó de los brazos. ¿Y quién era, Cristina? ¿Nunca pudo averiguarlo? ¡Alcahueta! ¡Delatora!

A ella le relampaguearon los ojos mientras comenzó a estremecerse, y un aullido brotó de sus labios. Como si fuera una loba a la luz de la luna y no una mujer en la mitad del living y de la noche.

Sidi Rosenberg la veía haciendo visajes de dolor o de locura, tapándose los oídos con las manos en puño, y un sollozo pugnó por salirle del pecho. Como una oleada rompiendo contra el espigón, iba y venía el sollozo recorriéndole las entretelas, fisurándolas hasta que salió rompiéndole el esternón como si quebrara una piedra.

Estaban en la penumbra, uno frente a otro, cada uno en su dolor, inundando al otro con su desesperanza.

Ella fue la primera en intentar serenarse. Comenzó a hipar mientras sacaba un pañuelito de algún lado y se sonó la nariz, secándose ojos y mejillas.

Miró a Sidi Rosenberg, todavía estremecido por el llanto, y estiró la mano hacia él. Salió la mano hacia el hombre, pero se detuvo a mitad de camino para caer exhausta. Volvió a subir, y tras un instante de duda, se apoyó en la mejilla del hombre y pareció dar una caricia. Se posó la mano sobre la mejilla sintiendo su calor y humedad, sin apretar, como una gasa. Una mano acariciando la mejilla desesperada de un extraño que lloraba en medio de un living ajeno. ¡Tan poca cosa! ¡Tan poca cosa como es una mano apoyándose sobre una lágrima, evitando que caiga la mejilla con el espasmo del llanto!

Sidi Rosenberg cruzó un brazo sobre su pecho y buscó la mano de ella sobre su propia mejilla. Con su mano y su brazo encontró los de ella, asiéndolos para no perder ese momento, o queriendo evitar que se fugara la humedad o la mejilla o la soledad que desterró la mano de ella cuando se apoyó como una gasa sobre su lágrima.

Ella sintió la mano del hombre sobre su brazo y sobre su mano, y puso la otra mano sobre el hombro de él, que la recibió bajando su calva hasta que su frente tocó la de ella y así se sostuvieron, mano sobre mano, hombro bajo mano, brazo sobre pecho, cabeza con cabeza, mientras descubrían la angustia del otro como si fuera un continente o un país o una comarca o, más humildemente, una pradera o un solar o, más humildemente, un retazo de piel o un pedazo de afecto o, más humildemente, un dolor compartido desde las entrañas del dolor o, más humildemente, una vergüenza vieja que ascendía incontenible y desnuda en el living en medio de la noche, mientras la niebla del río se esparcía sobre la ciudad, y ellos, frente con frente y mano con mano, lloraban en silencio.

Permanecieron así una eternidad y despacio, fueron saliendo del pozo dónde se habían sumergido.

- ¿Cómo? ¿Cómo pudo hacerlo, Cristina?, musitó Sidi Rosenberg. Más que una pregunta parecía una queja, un asombro o una condena.

Ella pareció juntar fuerzas, o se dio cuenta de que no era necesario fingir.

- Me golpearon, murmuró casi sin voz. Me torturaron y, por último, me dijeron que me iban a matar. Parece simple: con los ojos sumidos en la oscuridad de una capucha, en un lugar que no existe, le meten el caño de un arma en la boca y una voz dice que cuenta hasta tres y dispara. ¿Sabe cómo resuena?

- ¿No pudo aguantar? ¿Decir cualquier cosa?

- Resistí hasta donde pude. Más allá, también.

- Más allá, no. Al final, habló.

- Más allá, sí. Pero no dio para llegar al límite y sobrepasarlo. No, hasta ahí no llegué, es cierto.

- ¿Y no se dio cuenta de que, al hacerlo, Abel moría?

Ella se quedó repasando la pregunta.

- Me di cuenta. Y también supe que yo no quería eso. ¡Yo no deseaba que Abel muriera! ¡Él era mi hombre, mi compañero! ¿Entiende lo que digo? Yo hubiese querido otra cosa para los dos, y no esta tortura que nos destrozó. Pero mi vida pendía de un dato. Rompía el silencio o se quebraba. ¿Tan importante era el silencio, Rosenberg? ¿Más que mi vida?

- Era más importante. Otra vida dependía de él.

- *¿Y de dónde esa otra vida tenía más valor que la mía, que se estaba yendo en ese momento y no después ni mañana, sino ahí?*

El hombre guardó silencio.

- *¡Contésteme, por favor!, apuró ella. ¡Necesito que responda! Años pasé haciéndome esa pregunta y no terminé de contestarla. Vida por vida, me dijeron. A cada golpe, a cada amenaza, a cada ráfaga de electricidad. Vida por vida. ¡Pero la mía se estaba yendo en ese momento, y yo tenía que decidir ahí y para siempre! ¿Cómo se lo hace en esas condiciones? ¡Dígamelo!*

- *No lo sé. No puedo contestarle. Ignoro qué hubiera hecho yo mismo.*

- *Lo mío no fue una bajeza. También fue un acto de amor a la vida. A la mía. Abel murió, continuó tras una pausa. Pero tuvo su oportunidad. Cuando se está ahí, en la tortura, se piensa que el otro tendrá tiempo de escapar. Que aún puede hacerlo, mientras que una está en manos de ellos, que la destrozan sin que nadie grite ni sienta culpa. Ahora usted, como venido desde una nube, me lo reprocha y después no sabe qué decirme. ¿No es terrible, Rosenberg? ¿Está seguro, totalmente seguro, de que no tiene nada que decirme?*

- *No sabría qué decirle, confesó el otro. Usted habrá tenido sus motivos. Pero causaron la muerte de Abel. Quisiera decirle algo que la tranquilizara. Pero no puedo. Créame que no puedo.*

- *¡Qué dura trampa es ésta en la que estoy metida! ¡Fíjese qué vueltas tiene! Yo no abandoné a Abel como hizo usted, ¡no me interrumpa! Menos le mentí. Estuve con él hasta el último momento, a todo riesgo. Y sin embargo, debo cargar la culpa de su muerte. ¿Preguntó a ese Ochoa por qué lo secuestró? ¿Lo mató en venganza, acaso? Los que mandaron a Ochoa, ¿sintieron su castigo, Rosenberg? Estoy segura que no. Viene pedirme cuentas a mí. ¡A mí, la única que lo amparó hasta que le aguantó el cuerpo! ¿Yo, la culpable de su muerte? ¿No quienes lo abandonaron? ¿No quienes lo usaron? ¿No sus ídolos? ¿No sus asesinos? ¿Sólo yo?*

- *No es eso lo que quise decir.*

Pero lo pensó. No lo niegue. Porque usted, como ellos, adora a la muerte. Veneraría mi nombre si yo hubiese muerto por no decir dónde estaba Abel. Ahí sí, sería una heroína. Habría cumplido con honor. Una Juana de Arco de barrio, con los sesos reventados de un balazo. Eso sonaría épico. Nobilísimo. Pero no fue así. Elegí defender mi vida. No soy una heroína. ¡Soy más que eso, Rosenberg! ¡Soy una víctima y nadie me lo reconoce! ¿No es horrible? ¿No es terrible?

Se frotaba las manos con angustia.

- Yo lo quería, confió ella. ¿Cree que no me dolió delatarlo? ¿Piensa que no maldigo a sus asesinos? Han jugado conmigo, sollozó. Ellos con sus torturas, los otros con sus silencios y disimulos, usted con su reproche.

- No le reprocho nada, Cristina.

- ¡Sí que lo hace! ¿Sino, a qué vino? ¿A consolarme? ¿A llorar mi dolor, acaso? Porque mi dolor también es el de Abel, no se engañe. ¿Le interesa ese dolor?

- Yo quería saber, dijo Sidi Rosenberg, dejándose caer en un sofá. Quise conocer qué había pasado.

- Ahora lo sabe: estando bajo tortura, delaté su escondite a los militares. Lo secuestraron y mataron, e hicieron desaparecer su cuerpo. ¿Le basta? ¿Se siente mejor?

- Sé mucho más que eso. Conozco quién lo entregó. Estuve con el que lo secuestró y me habló de sus motivos.

- ¿Y qué hizo, qué hará con esa sabiduría?

- Nada, confesó Sidi Rosenberg. No hice nada. No sé qué hacer. Es la pura verdad. ¿Los mataré? ¿Limpiarán algo dos muertes más? ¿Me limpiaré? ¿Qué monstruo hemos engendrado, Cristina?, se desesperó. ¿Qué espanto?

- No sé, dijo ella. Yo defendí mi vida como pude.

Se quedaron sin decir palabra. Sidi Rosenberg miró su reloj y se incorporó.

- Es tarde. Debo irme.

Fueron hasta la puerta.

- ¿Y qué hará usted, Rosenberg, ahora que ya sabe todo?

- Vuelvo a Dallas, anticipó con voz ronca. Si puedo, mañana mismo.

Estaba abriendo el ascensor cuando se volvió hacia ella.

- Cristina.

- ¿Qué?

Dejó la puerta abierta y se acercó. La tomó de los hombros y la besó en la frente.

- Trate de vivir tranquila, chiquita, murmuró. Usted no es culpable de nada, ¿me entiende? De nada.

Ella recomenzó su llanto, apoyándose en el marco de la puerta de su casa.

- Siento muchísimo lo que le sucedió, carraspeó Sidi Rosenberg. Lo que le hicieron me duele tanto como el asesinato de mi hijo. Usted no tuvo la culpa, créame, repitió metiéndose en el ascensor como corrido por la prisa.

Ella permaneció quieta, con los brazos cruzados sobre su pecho, las manos sobre los hombros y la cabeza gacha, con los párpados entrecerrados, por donde se desgajaban lágrimas mansas que abrían surcos en su piel.

Inmóvil en la oscuridad del palier parecía la imagen de un cuadro. Como aquel de una mujer que pintó Modigliani, posiblemente después de hacerle el amor.

-¡Suleiman!, llamó Abdul, tirando la lapicera de oro sobre la hoja. ¿Cómo decía el Libro en la Sura Segunda, al hablar del talión?

El viejo sacó un manoseado ejemplar del Corán. Recorrió sus páginas, humedeciéndose el índice y, tras una breve búsqueda, recitó con voz cascada:

¡Oh, creyentes, la pena del talión está escrita para el crimen! Un hombre libre será condenado a muerte por un hombre libre, un esclavo por un esclavo, una mujer por una mujer. Aquel que perdona al matador de su hermano tendrá derecho a exigir una indemnización razonable, que le será pagada con gratitud.

Suleiman se revolvió inquieto, cerrando el libro, mientras Abdul, con un suspiro, retomaba la escritura:

Todo parece una jugarreta del destino, se dijo Sidi Rosenberg, repasando sus últimas horas. Me voy vencido. Nada habla ya de Abel, pero todo cuenta de su muerte. ¿Quién podrá juntar sus huesos quebrados? ¿Quién querrá hacerlo? Ni yo me atrevo. ¿Qué debí hacer? ¿Qué podría haber hecho? ¿Tendría que haber matado a sus asesinos? ¿Se venga así una muerte?, me pregunto. ¿Si perdono, se me pagará con gratitud una indemnización razonable?

En el cartel electrónico corrieron, entre chasquidos, los avisos de preembarque. Sidi Rosenberg leyó en ellos que era hora de irse. Cuando buscó su equipaje para despacharlo comprobó con rabia que le habían robado una valija.

- ¡La puta madre que lo parió!, reflexionó cuando el avión alzaba vuelo, mirando la verde inmensidad de la tierra extendiéndose a sus pies como una vieja obsesión. El país se alejaba, con el aplomo de lo que permanece.

- ¿Qué harás con ese papelerío cuando termines?, preguntó Suleiman.

- Lo guardaré.

- ¿Y, entonces, para qué escribís?

- No sé. Debo hacerlo.

- ¿Y cuando se agote la tinta?

- Cargaré más.

-¿Nunca vas a dejar esa lapicera?

- No, la tendré conmigo hasta mi muerte, prometió Abdul, guardándola en la camisa.

- ¿Y para escribir con ella mataste?

Abdul Assam sonrió.

- Digamos que fue así.

Suleiman agachó la cabeza. Abdul había enloquecido. Debía ser eso. El fino cilindro de oro estaba embrujado. Traía la desgracia, cuando podría haber endulzado con su oro. Llevaba la muerte en su interior. Sidi ben Akbar tenía razón. Sólo había una salida. ¡Inspiración de Tagot! ¡Lo veía claro!

Miró las espaldas de Abdul, entretenido en calentar agua para preparar té a la menta, y se imaginó el cilindro dorado brillando en el bolsillo de la camisa de aquél, como una llamada. ¡Maleficio, maleficio!

Lo que trae la muerte, la muerte lo lleva. Esa pluma era una condena. Debía evitar más daño. Romper el embrujo. Si lo hacía, detendría el oscilar de los grilletes de Sidi ben Akbar, traería la paz en el alma, vendría el premio del hashish, los labios de las muchachas y el cantar del vino. Se conjuraría el mal. Era evidente, aunque Abdul no lo viese. Pero su ceguera era fruto de la centella de oro. Por ella había matado. Por ella, ya era muerto. El Sidi lo anticipó. ¡Inspiración de Tagot! ¡Lo veía claro!

Dando un salto sobre la espalda del otro, Suleiman hundió en ella su cuchillo hasta el mango. Con un alarido, Abdul se desplomó, arrastrando algunas tazas.

Afanosamente, Suleiman hurgó en el bolsillo de la camisa hasta encontrar la centella de oro, que alzó en señal de victoria. ¡Inspiración de Tagot! Lo veía claro.

Con un gesto furioso recuperó su cuchillo y el otro lanzó un estertor. Suleiman miró la cara exánime de Abdul, y las lágrimas se le agolparon.

-¡Hermanito!, aulló, arrojándose sobre su cadáver. ¡Perdonáme tu muerte! Pero era necesaria, Abdul. Estabas condenado. ¡No se pueden violar los mandatos, hermanito! ¡Estabas embrujado! ¡Embrujado! ¡Embrujado!, gritó casi con enojo. Por tener una lapicera de oro, ¿creíste que torcerías el destino? ¡Eran sueños, Abdul! ¡Fantasías de la desesperación!

- ¡Ahí estás ahora! ¡Muerto! ¿De qué te valió tanto sueño, hermanito? ¿Cambiaste tu vida? Sólo hiciste peor la mía. Me condenaste a vivir con el peso de tu muerte. ¿No podías limitarte a tus robos inocentes? ¿Necesitabas mezclarte en el juego de Sidi ben Akbar? ¿Para qué? ¿Para escribir historias imposibles en idiomas del demonio? Estrujó un manojito de manuscritos y se lo mostró al finado. ¿Qué lograste, Abdul?, gritó. ¡Sólo sumergirme en la mierda! ¡Mirá lo que hago con tus papeles!

Juntó las carillas que estaban sobre la mesa y, abriendo la puerta, las lanzó a la inmensidad del desierto.

Las hojas volaron por el aire, dando brincos y planeos, hasta que un vientito las dispersó en mil direcciones.

- ¡Inspiración de Tagot! ¡Lo veía claro!#